

***ESE GRITO QUE NO ES
TODO EL GRITO***

Chalo

Vinimos todos y todos somos uno

Los Piojos

La vida sin problemas es

matar el tiempo a lo bobo

Luzbelito y las Sirenas

VIERNES

1

El Hueso giraba la picadora de queso y veía caer la cascada de mozzarella sobre la bandeja de plástico. Por el parlante empezó a sonar una canción de Pink Floyd. Se acordó de la parodia del programa de Todo por Dos Pesos.

—Ey Chiche, limpia este salón, falta un celular y un tetra brick de Wolf —cantó.

Se rio de la ocurrencia de los guionistas. Tenían un ranking musical muy bueno. Le dieron ganas de escuchar varias de esas canciones. Recordó el videoclip oficial con los chicos que marchan como zombies hacia una picadora humana. Le dio cada vez más rápido a la manivela, con la mirada fija en los gusanos de queso. Más rápido. Pensó en que debería estar con sus amigos saliendo para el recital del Indio en Olavarría. También pensó en el alquiler, en la moto, en las maquetas de arquitectura...

—¿Qué haces pibe? ¡Vas a romper la máquina! —le gritó Roberto. La burbuja hizo plop y el brazo se frenó—. ¿Terminaste la salsa? ¿La masa ya levó? Metele que estamos hasta las bolas de pedidos.

El Hueso iba a responder que con sus veintiséis años ya no era un pibe y que le chupaba un huevo todos los pedidos, pero al final dijo lo que su jefe esperaba oír:

—Sí, ya tengo todo encaminado.

—Bueno, dale, no cuelgues, acordáte que el impresentable de tu compañero no viene hoy —dijo Roberto mientras se iba al mostrador en la parte de delante del local.

—Cómo olvidarlo —respondió el Hueso en voz baja.

Su compañero iba a cubrirlo hoy y le salió con una excusa a último momento. La canción de Pink Floyd había terminado. Le dio bronca haberse distraído y no escucharla. Empujó la bandeja con los rulos de queso. Se sacó el delantal y la cofia. Activó el celular y vio el mensaje de Pomelo. Apretó los dientes y le respondió:

—Estoy complicado en el laburo. Banquenmé. No se vayan.

Encaró hacia el mostrador para hablar con Roberto, que sostenía el teléfono entre el hombro y la oreja y con una mano anotaba un pedido. Cortó y, sin dejar de escribir, preguntó:

—¿Ahora qué pasa?

El Hueso tomó aire y no anduvo con vueltas:

—Me voy.

El viejo canoso se giró y lo miró.

—Dejáte de joder y ponéte a doblar las cajas que estamos hasta las manos.

—Me tengo que ir. Te dejé todos los quesos rallados, el relleno de los fatay y la salsa lista.

—¿Me estás jodiendo, pendejo?

—Hace tiempo avisé que hoy me tomaba el franco que me debían. Y, hablando de deber, necesitaría que me pagues lo del mes pasado.

Roberto alzó las cejas y se rio.

—Ah boe, qué cojones los tuyos. ¿Te querés ir y encima manguéas guita?

—No manguéo nada, pido lo que me corresponde por el trabajo que hice.

—No te hagas el gallito y volvé para la cocina. Cuando pueda juntar esa plata, te la pago. Ahora dale, mové el culo y seguí con lo tuyo.

Una clienta abrió la puerta y entró junto con el frío de Marzo.

—Hola, buenas tardes. Quisiera hacer un pedido para la noche.

Roberto le dio la espalda al Hueso y puso su mejor sonrisa falsa para atender a la señora.

—Buenas tardes, Mabel, ¿cómo le va? Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—¿Me puede mostrar el menú?

—Sí, cómo no, aquí lo tiene.

El Hueso seguía parado, mirando las pelotitas de grasa en la nuca de su jefe.

—De verdad Roberto, necesito la plata y tengo que irme. Me están esperando unos amigos.

—Esperá un poco que estoy atendiendo a la señora, por favor, andá a la cocina.

Mabel: ¿va a querer pizzas o empanadas?

—Quisiera dos pizzas. ¿Se pueden pedir mitades?

—Sí, claro, lo que quiera.

El Hueso negó con la cabeza y se fue hasta el fondo del local. Agarró un puñado de gusanos de mozzarella y los masticó apretando fuerte la mandíbula. Tragó y manoteó más y también los comió. Agarró algunos más, les pasó la lengua y los volvió a dejar en la bandeja. Juntó su mochila, la campera y unos fainas. Chequeó si tenía todo: entrada, billetera, encendedor, sedas y las flores. Pispeó desde atrás de la puerta plegable de policarbonato. Esperó a que Roberto se alejara del mostrador y se acercó a la caja registradora, la tapó con la campera para que amortigüe el sonido delator y la abrió en cámara lenta. Agarró los billetes de tres cifras y la cerró con cuidado. El viejo no escuchó ni un resorte. Salió por la puerta principal, con el pecho inflado. El Hueso subió

a su moto y le dio una patada para encenderla. Pero no arrancó. Probó de nuevo y nada.

Roberto salió a la calle a las corridas. Agarró el volante con sus dedos anchos y peludos.

—¿A dónde vas? No podés irte. Quedáte y mañana te doy el franco para que vayas al recital.

—Es que el amigo que me lleva a Olavarría viaja hoy.

—Si te quedas, te pago lo que te debo.

—Ah, ¿ahora sí me lo podés pagar? Hace un rato dijiste que no.

—Hice cálculos y podría pagarte casi todo.

—¿Cuándo lo calculaste, mientras te chamuyabas a la vieja de las pizzas?

—¿Con qué que te vas a bancar todas esas maquetas de mierda?

—Ya veré. Soltá la moto.

—¿Dónde vas a conseguir otro trabajo como este?

—Hay un montón de pizzerías en la ciudad.

—Si te vas, no voy a dejar que labures en ninguna otra pizzería.

—Por suerte, dentro de poco, me recibo de Arquitecto. Ahora tengo otros asuntos más urgentes.

El Hueso pateó de nuevo y, esta vez, la moto arrancó. Puso primera y aceleró.

—¡La concha de tu madre pendejo! ¡No vuelvas nunca más! —Roberto se corrió para que no lo pise. Las explosiones del escape taparon los gritos de las puteadas.

El Hueso atravesó las calles con el casco en un codo y la campera flameando como un estandarte. Se reía con la sonrisa de los que se animan a saltar al vacío.

—¡Este asunto está ahora y para siempre en tus manos, neneee! —gritó contra el viento.

2

El Comandante estacionó el Clio frente al departamento de Pomelo. Mandó un mensaje con la palabra afuera y se rascó la barba.

A los minutos, aparecieron Pomelo y el Vasco, cada uno con su mochila. Pomelo, un vikingo de barba colorada y anteojos, salió con el equipo de mate. El Vasco caminaba con su guitarra enfundada y sus rulos, bigotito y chiva, como una especie de Frank Zappa rioplatense. Los tres eran amigos desde el curso de ingreso a la carrera de arquitectura. El Comandante salió del auto y se abrazaron.

—Por fin llegó el viernes, compañeros. Vamos a revolucionar Olavarría. Dejen, yo acomodo, no quiero quilombos —dijo abriendo el baúl.

—Ya lo tenés al pollera —dijo el Vasco tirando la mochila adentro.

—Relajá pajero, que el recital del Indio recién es mañana —dijo Pomelo—. A la vuelta pagamos un lavadero entre todos.

—Estoy relajado, solo les pido que seamos cuidadosos, si no Sofi me mata.

—Tranquilo, se lo devolvemos sano y salvo. ¿Compraste facturas?

—Sí, y chipas también —dijo el Comandante levantando la bolsa con las bolitas de mandioca y queso— ¿Calentaron agua?

—Claro, qué te pensá —dijo Pomelo subiendo sus anteojos por la nariz.

—Yo no quiero mate. Necesito una birra.

—Aguantá Vasco, no empieces a romper las bolas.

—¿Che, alguien sabe algo del Hueso? —preguntó el Comandante acomodando los espejos.

—Ese siempre cae tarde —opinó desde el asiento de atrás el Vasco.

—Me pidió que lo banquemos. Le mando otro whatsapp. Si no responde o no viene en un rato, nos vamos —propuso Pomelo.

Unos minutos después, el Hueso dobló en la esquina a contramano y frenó la moto justo antes de chocar contra el paragolpe del Clio.

—¡Hijo de yuta, casi me infartás! —dijo el Comandante agarrándose la cabeza.

Los otros se rieron y bajaron a saludarlo.

—Ya lo veía a este contándole a Sofi que no llegó a salir y lo chocaron —dijo el Vasco.

El Hueso guardó la moto en el departamento de Pomelo. Se lavó las axilas y se cambió la remera. Subieron al auto y la odisea puso primera.

—Qué bueno que te sumaste —dijo el Comandante.

—La manija pudo más.

—Siempre tarde. Seguro le estabas tirando la goma a Don Roberto —agregó Pomelo limpiando sus lentes con la remera.

—Si ese viejo no se encuentra ni la pija. Y llegué tarde, pero con fainá.

—Uh que rico eso. Tenemos de todo: facturas, chipas, faina —dijo el Comandante relamiéndose.

—Y unas ricas flores —acotó el Vasco.

—¿Y quieren saber la frutilla del postre? Mi hermano les consiguió pepas —dijo el Comandante.

—Listooo. Sale bicicleteada en Olavarría —festejó el Hueso levantando las manos.

—Que grande el Tío Hofmann, se puso la diez —dijo el Vasco.

—Lo único que viaja mañana después del mediodía.

—Con que llegue antes del recital, me sirve —dijo el Vasco.

Pomelo iba de copiloto porque era el que más conocía la ruta de tanto ir y venir a su ciudad natal. Atrás estaban el Vasco y el Hueso. Pusieron un pen drive con la discografía de los Redondos y los Fundamentalistas.

—Prepará un mate, copi-choto —dijo el Hueso y le dio una cachetada en la nuca a Pomelo.

—No hinchen las bolas los nenes de atrás. Salimos de la ciudad y armo uno.

—Yo ya tengo uno armado acá —dijo el Vasco sacando un faso del bolsillo.

—¡Dale mecha, guachín! —gritó el Hueso.

—No, acá en el auto no, a ver si queman algo.

—No se ponga la gorra, Comandante. ¿Cuántas veces fumamos y nunca quemamos nada? —preguntó el Hueso.

—Sofi es re pesada con su auto y el viejo no sabe que me lo prestó para el viaje.

El Comandante y Sofía eran pareja hacía dos años. El Comandante militaba en el centro universitario y en un partido trotskista. Se conocieron una tarde que él le repartió unos folletos para una asamblea. Se cruzaron en el bufet un par de veces y en una fiesta chaparon. Él le propuso una relación abierta, pero con el paso de los meses se convirtieron en una pareja monogámica tradicional. Sofía también estudiaba arquitectura. Estaba a punto de recibirse. Los resúmenes de ella le habían servido a él y a sus amigos para aprobar más de una materia. Al Comandante le daba vergüenza decir que en los exámenes le iba mejor que a su compañera porque ella se ponía nerviosa. En cambio,

dibujando era mejor Sofía. La familia de ella era de La Plata: padre abogado y madre contadora, enemistados con cualquier apreciación del término zurdo.

El Clio se alejó del casco urbano de La Plata. El paisaje devino en casas bajas y quintas, invernaderos de nylon y campos sembrados. Pomelo le indicó al Comandante que tome el camino hacia Coronel Brandsen.

—Seguimos por esta como una hora hasta San Miguel del Monte y ahí ya agarramos la ruta 3.

Pomelo se puso un repasador sobre el jean, volcó yerba dentro del porongo, después lo dio vuelta contra el repasador y lo sacudió para sacarle el polvo. Quedó la huella en la tela. Hizo un pocito con la bombilla, la acomodó en diagonal y regó la yerba, que empezó a inflarse hasta que algunas burbujas aparecieron en la superficie y chupó la bombilla.

—Ahh, un poema este mate. Ahora le toca al conductor. No empiecen a marear la bombilla y disculpen las burbujas, se me cayó detergente.

—No te hagas el gaucho que en el bufet te pedís un capuchino —buchoneó el Comandante.

—Soy una persona de gustos amplios.

Pomelo sacó la bolsa de los chipas, morfó uno y los pasó para atrás. El Vasco probó:

—Uh qué buenos están. Son un vicio estos cosas.

—Para vos, todo es un vicio —dijo el Comandante con una mano en el volante y otra con el mate.

—Todo no. Pero algunas cosas se me pegan. Menos la plata.

—Entonces vas a ser un croto toda tu vida —dijo Pomelo.

—Nunca fue un listo de pesos, siempre un listo de centavos —entonó el Hueso.

—Mientras tenga una guitarra, para fumar y dibujar, me basta.

El Vasco había dejado de estudiar hacía un año. Igual iba a la facultad todas las noches a trabajar como sereno. Era plata fácil, solo tenía que estar despierto y mirar las cámaras de seguridad. Se pasaba la jornada laboral tocando la guitarra, fumando y dibujando en hojas de oficio que sacaba del aula de los profesores. Le gustaba dibujar animales mitológicos y retratos de Maradona. En la secundaria dibujaba garabatos terapéuticos en los bancos. Una parte de él anhelaba trabajar como tatuador, pero no tenía ni la plata ni la energía para emprender un proyecto como ese. Sacó un cigarro armado del atado de Marlboro. Hizo rodar la piedra del encendedor y aspiró. El perfume a cogollo quemado inundó el espacio.

—¿Qué hacés, compañero? Te pedí que acá no fumes —dijo el piloto inquieto en su asiento.

—No estoy fumando.

—¿Y ese olor qué es?

—Prendí un sahumero. Para las malas vibras.

—Te veo fumar por el espejo, salame.

—Tranquilo, chofi, respirá: nada está bajo control —dijo el Vasco aspirando.

—Guarda, boludo, estás quemando el asiento —dijo el Hueso guiñando un ojo.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó el Comandante girando la cabeza.

Los pibes del fondo rieron mientras hacían un trueque de mate y porro.

—Hijos de yuta. Si nos para la cana, se hacen cargo.

—¿No vas a fumar vos? —preguntó el Hueso y dio la primera pitada como quien besa a una mujer por primera vez.

—No, tengo que manejar. Además, hace un tiempo que ya no fumo.

—¿Por? ¿Tuviste un mal viaje? —quiso saber el Hueso.

—No, no quiero distraerme en mi lucha contra el capitalismo.

—Bajá de la palmera y disfrutá de los placeres que te quedan sin dañar —dijo el Hueso.

—Lo hago, a mi forma. Las drogas atentan contra las fuerzas revolucionarias. El capitalismo masificó la marihuana para mantener a la juventud pasiva y distraída.

—El mismo capitalismo la prohibió después —agregó Pomelo.

—Esas son políticas de negocios.

—Vos te comiste el mambo de la plusvalía marxista y la revolución bolchevique. Todo bien con esas teorías, pero esos mundos ya murieron —comentó Pomelo y siguió—. El capitalismo evolucionó, ahora te culea y vos pagas por eso con una sonrisa. Ya nadie quiere una revolución, todos quieren bitcoins y porno gratis.

Pomelo era parte de un estudio de arquitectura. Su alto promedio en la facultad le había conseguido becas y acceso laboral en las grandes ligas de las constructoras. Su viejo era un laburante del campo que le había inculcado que el único progreso era el económico. Su mamá era bailarina de folclore y tango, devenida en ama de casa y niñera de su hermana que tenía síndrome de down. Unos meses atrás, había saltado una historia del padre con otra mina y la cosa estaba tensa en su casa. Pomelo no iba a Olavarría hace tiempo y no sabía con qué escenario podía encontrarse.

—Algo de razón puede que tengas —reconoció el chofer—. Pero el socialismo también crece, evoluciona y se expande.

—Digan lo que digan, yo voy a seguir fumando. Es la revolución del ocio contra el productivismo. Ahora suban el volumen y dejen que la música hable —dijo el Vasco.

Los acordes de los Fundamentalistas saturaban los parlantes del Clio y la voz del Indio decía que hay ceremonia en la tormenta.

—¿Trajeron sus entradas? —preguntó Pomelo antes de pitar.

Se escucharon tres sí y un no. Todos miraron al Vasco.

—Me estas jodiendo, ¿por qué no? —Pomelo se giró y lo miró de frente al Vasco.

—El pelado ese no necesita de mi plata, ya tiene de sobra.

—¿Y si no te dejan pasar? —preguntó el Comandante.

—No se preocupen por mí. Voy a entrar de alguna forma. Y si no puedo, lo escucho desde afuera tomando una birra.

—Si se te complicaba pagarla, te daba una mano —dijo el Hueso.

—Parece que nunca fueron a un recital de los Redondos. Todo el mundo sabe que la entrada no importa. Si elegís comprarla, bien, si no entrás igual. Es parte de la resistencia, de la contracultura.

—Eso no es parte de la misa ricotera. Ni el Indio ni Skay lo propusieron nunca. Es una cosa que se les fue de las manos y ahora no saben cómo pararlo —reflexionó Pomelo.

—Puede ser, no sé. Yo voy a entrar igual —dijo el Vasco, que recibió el faso y aspiró de forma sostenida. Retuvo el humo. Lo largó de a poco. El interior del auto se nubló.

—Se levantó niebla, che... —Pomelo aprovechó la humareda para rajarse un pedo estruendoso.

El Comandante bajó su ventanilla, se abanicó con la mano y dijo:

—Y encima te cagas vos.

—Para neutralizar aromas.

El Hueso giró hacia su izquierda y miró fijo al Vasco. Observó su cara detrás de la cortina de humo. Los rulos levitaban sobre los hombros.

—Pareces Cerati en la tapa de Bocanada.

Los de adelante se voltearon un segundo a ver la tapa de disco improvisada en el asiento trasero.

—No, ese es un cheto —respondió el Vasco.

—La rompe toda —dijo Pomelo—. Y vos sos más cheto que él.

—Mi trabajo es mucho menos glamoroso. Yo soy de otro palo.

—¿De qué palo sos vos? ¿Del Sindicato de los Serenos?

—Yo soy más del tipo pool, averna y papusa —dijo el Vasco sacando pecho.

—¡Aguanta, Duravit! —dijo el Hueso y se tentaron todos, menos el Vasco que siguió apoyado contra el respaldo y lanzaba aros de humo por la boca.

—Igual, todo bien con Cerati. Gran artista y violero —admitió el Vasco.

—En la selección de músicos argentinos, para mí juega de titular —abrió debate el Hueso.

—Para mí también —comentó Pomelo y siguió con la ronda de mates.

Hubo una pausa de los cuatro. Enfocaron los ojos en la nada. Sonaba el Indio y sus guitarras al tempo de la bata: “lamento irme pero estoy contento”.

—¿Están pensando en cuál sería su equipo titular? —preguntó el Hueso.

—No —dijo Pomelo.

—Todo un desafío —dijo el Comandante—. Hay bocha de músicos grossos acá. Imposible armar un equipo solo. Tenes suplentes, reserva y alcanzapelotas...

—Les tiro un par: Charly, el Flaco, el Indio, Cerati, Fito, Calamaro, Papo, Lebon, Aznar, Gieco, Iorio—dijo el Hueso.

—La Renga —agregó el Vasco.

—Piazzola —propuso Pomelo.

—Eso no es rock nacional —dijo el Hueso devolviendo el mate.

—Pero es argento —argumentó Pomelo cebando otro verde.

—Si hablamos de selección nacional de lo que sea, tiene que estar el Diego —intervino el Vasco.

—No es deportes, esto es música —dijo Pomelo.

—El Diego también fue un artista y cantó con Calamaro, con Rodrigo, con Los Piojos, con la Sole —retrucó el Vasco.

—Pero no tocaba nada.

—¿Cómo qué no? Tocaba la redonda como nadie —dijo el Vasco fumando.

—Entonces hay que poner a la Mona también. Y Atahualpa. O Santaolalla —planteó el chofer.

—No sé. Uno es del cuarteto. Otro del folclore. Y lo de Santaolalla es raro —dijo el Hueso—. Estuvo al principio de la movida, cuando le decían música progresiva. La flashó y se fue a vivir al campo, onda monje tibetano. Después se hizo un productor zarpado de muchas bandas grossas.

—¿Por qué le decían progresiva? —preguntó el Comandante.

—Para diferenciarse de lo tradicional, que eran el tango, el folclore y los boleros. Le cambiaron el nombre de rock progresivo al de rock nacional cuando fue la guerra de Malvinas. En las radios prohibieron las canciones inglesas, por eso hubo un estallido de la música popular argentina.

—Lo único bueno que nos dejó esa guerra de mierda —dijo Pomelo.

—Armaron un festival zarpado de músicos argentinos para recaudar comida, frazadas, guita. A los pibes no les llegó nada, los milicos se morfaron todo. Algunas bandas no apoyaron la movida, decían que era un recital a favor de la guerra. Los de Virus se opusieron porque tenían un hermano desaparecido —les contó el Hueso.

—Qué funebreros esos de Virus, un hermano desaparecido y otro muerto de sida —dijo Pomelo.

—Ahora canta uno de los hermanos que quedó. Marcelo Moura. A Virus también lo pongo en el equipo titular —dijo el Hueso.

—Y dale con eso, que hinchabolas —dijo el Vasco.

—Y a los Abuelos también —agregó Pomelo.

—Bueno, si hablamos de bandas tenemos un montón: Sumo, Divididos, Los Redondos, Los Piojos, La Bersuit, Soda, Serú, Almendra, Sui Generis, Manal, Pescado Rabioso, Vox Dei, Los Gatos, Los Fabulosos, Babasonicos, Las Pelotas, Los Enanitos, Dos Minutos, Hermética, Ataque, Catupecu, Los Ratonés, Viejas Locas, Los auténticos, Rata Blanca, Callejeros... —dijo el Hueso de un tirón como si respondiera al desafío del programa “Feliz Domingo”.

El Hueso se había metido en Arquitectura porque sus pasiones, además de la música, eran el dibujo y la fotografía y creía que con ese oficio podría comprarse la guitarra que quisiera. Le gustaba componer canciones y maquetas de parques y casas de campo, aunque era tímido para mostrar su arte. Se pasaba noches solo en su departamento viendo documentales de rock nacional y leyendo desde la biografía de Le Corbusier hasta diseños de interiores.

—Te falta agregar los cantantes de trap —dijo el piloto con las manos sobre el volante.

—El trap es el hijo bobo entre el rock y el rap —sentenció Pomelo.

—A los traperos de ahora los acusan de copiar música yankee. ¿Y el rock de donde viene entonces? —preguntó el Hueso agarrando un chipa.

—De los esclavos africanos —respondió el Vasco.

—Eso es el blues —dijo el Hueso con la boca llena.

—Y el rock le copió al blues. Es igual pero un poco más rápido. Para mí, los de ahora no hacen música: tocan botones en una consola y tiran rimas —opinó el Vasco.

—¿Qué habrán dicho entonces los grandes maestros de las orquestas de tango y de jazz cuando salieron las banditas de rock? —preguntó el Hueso.

—Seguro dijeron que era una bosta —dijo Pomelo dando una seca al faso.

—Charly dijo que la música es armonía, melodía y ritmo. Y que la música de ahora tiene ritmo, pero le falta el resto —dijo el Hueso.

—Alto palo les tiró —dijo el Comandante recibiendo otro mate.

—Ese Charly es una rata de conservatorio —dijo el Vasco.

—¿Le estas diciendo conservador a Charly García? —preguntó el Hueso abriendo los ojos.

—Conservador no. Concertista de conservatorio.

—Es el loco que más revolucionó la música y la cultura nacional —afirmó el Hueso.

—También vendió bastante haciendo covers de canciones yankees.

—Lo bardeas a Charly y el tipo tiene como treinta discos. ¿Vos cuantas canciones hiciste? —le preguntó el Hueso al Vasco.

—Mentalmente, un montón. Plasmadas, cero.

—Criticar es fácil. Hacer es difícil —opinó el Hueso.

El sol se diluía en el horizonte detrás de los postes de madera y los alambres de púa. El Hueso colgó la mirada en los cúmulos de fardos que sobresalían en la llanura bonaerense. Por momentos, los campos de soja llegaban casi hasta la banquina. Pasaron por una rotonda y se rio de un cartel que decía “ceda el paso” con una parte de la letra p borrada. Apoyó el celular contra la ventana y sacó una foto.

—Me flashean los atardeceres. Es mi momento preferido del día. Me encantan esos conos de luz que atraviesan las nubes. ¿Alguien sabe cómo se dice cuando las nubes se ponen así de rojas?

—Nubes en llamas —dijo el Vasco.

—No.

—Guglealo—propuso Pomelo.

—No, esperá. Lo tengo en la punta de la lengua.

—No se piensa más. Para todo ahora está San Google —insistió Pomelo desbloqueando el celular—. Ah, zafaste: no tengo señal.

—No importa. Ya me va a salir —dijo el Hueso con los ojos entrecerrados—. Algún día voy a hacer un catálogo de atardeceres. Clasificados por hora y lugar.

—No te la des de romántico que te apuran y salís corriendo —sugirió Pomelo.

—¿Qué tiene? No quiero casarme con nadie, pero me gusta garchar.

—¿Y qué onda con la flaca de Planificación Territorial? —interrumpió el Comandante.

—Todo tranqui, la pasamos bien.

—Pero...

—Sin peros. Bah, es media insulsa, algo superficial.

—¿Con Laura no te viste más?

—Nos dejamos de ver y se enfrió la cosa

—¿O vos la enfriaste? —preguntó el Comandante.

—¿Yo? ¿Por qué lo decís?

—Yo no lo digo. Una amiga de Sofi le contó que Laura estaba enganchada y que vos te borraste.

—¿Qué? No, nada que ver. Salimos un par de veces, garchamos bien, me quedé a dormir en su casa. La colgué algún finde porque estaba a pleno con lo de las viviendas sociales o porque iba a ver una banda. Después se nos complicó coordinar y no sé, se cortó el entusiasmo.

—Está bien. Aunque me parece que tenés que idealizar menos —dijo el Comandante rascándose la barba.

—¿Y es malo idealizar?

—Si idealizas mucho es difícil meterse con alguien porque siempre le vas a encontrar una contra.

—No me joden los defectos de los demás. Lo que no quiero es perder mis derechos y ceder mis libertades.

—En las relaciones hay que negociar —dijo Pomelo.

—Por eso prefiero estar solo y tranquilo. Además, ya lo dijo la ciencia: el amor dura lo que dura dura —dijo el Hueso impostando la voz.

—Sino terminás como alguien que no lo dejan ni fumar en el auto —comentó el Vasco.

—Pero una relación te consigue un auto para ir al recital —dijo el Comandante.

—Podría ir igual en bondi. O a dedo.

—No es lo mismo.

—No es lo mismo, pero goozaar es tan parecido al amor —cantó el Vasco.

—Y más barato —agregó Pomelo.

—Conocer a alguien es como tener un celular nuevo —reflexionó el Hueso—. Al principio estas maravillado con los colores y los sonidos que tiene. Todo es brillante, la música suena bien. Le bajas las aplicaciones que querés. Después de unos años la batería te deja a gamba. La memoria se agota. La pantalla se astilla. Y, a veces, quisieras revolearlo contra una pared.

—Una visión un poco reduccionista —dijo el Comandante.

—No sé. Yo estoy bien, puedo lamerme solo. No tengo ganas de meterme con nadie en una lucha de egos. El enamoramiento es una fantasía con fecha de vencimiento. Fontanarrosa dice que hay quienes pueden comer su plato favorito toda su vida y otros que no. Yo no puedo. Y no quiero. Prefiero los tenedores libres, donde podés comer un plato de cada cosa que te gusta. Soy de los que, en el restaurant, mete el tenedor en todos los platos.

—Detesto a esa gente —dijo el Vasco.

—Estamos hablando de comida, ¿verdad? —dijo Pomelo.

—De qué hablamos cuando hablamos de amor —cantó el Comandante.

—¿Y vos Pomelo tiraste algún mensaje avisando que estás de visita en el pueblo? —le preguntó el Hueso.

Pomelo iba a responder algo y se frenó.

—No le mandé a nadie. Hasta hace un año tenía algo para comer si volvía de visita. Ahora están todas en otra, casadas, con hijos. A las chicas de pueblo les gusta formalizar. No es como en La Plata que las pibas viven solas. En Olavarría hay mucho hijo de, amigo de, la que salía con tal, es todo más careta. Hay una que me gustaría ver, pero ni idea en qué anda.

—¿Tu ex? ¿Cómo se llamaba?

—Josefina. Cuando me puse a salir con Silvana, la tuve que eliminar de las redes. Para fin de año, le mandé un mensaje y no respondió así que debe estar en otra.

—Bueno, ahora que te peleaste con Sil, podés volver a agregarla —dijo el Comandante.

—Lo pensé, pero no activé, no quiero que me clave el visto de nuevo.

A lo lejos, aparecieron unas lucecitas azules.

Una serpiente de conos naranjas conducía a las fauces de unos patrulleros.

4

—Hay un control allá adelante —confirmó el Comandante—. Bajen las ventanillas. Sacá de la guantera un desodorante y tirá. Escondan todo.

Pomelo sacó el tubo gris, lo sacudió y disparó para todos lados, al grito de:

—¡Tomen, hippies roñosos!

El Vasco y el Hueso tosieron y asomaron las cabezas por las ventanillas como dos perros.

—Yo tengo unas flores y una pipa en la mochila —confesó el Hueso.

—¿Tu faso donde está, Vasco? —preguntó el chofer.

—Acabo de descartar la tuca y tengo unos cogollos en el bolso.

—¿Están bien guardados?

—Adentro de un desodorante. Lo otro lo tengo bajo las bolas.

El Clio se acomodó en la fila de autos. El Comandante prendió las balizas.

—Tienen todos los cinturones puestos, ¿no?

—¿Los de atrás también son obligatorios? —preguntó el Hueso.

—Sí, claro, dale, pónganselos.

—Bueno, pará, ya me lo pongo.

—Les dije que no quería quilombos con el auto y ustedes fumaron igual.

—Tranquilo, no pasa nada. Es un toque, le mostrás los papeles y seguimos.

El auto de adelante puso primera y arrancó. El oficial miró hacia el interior del Clio y estiró el brazo con la palma de la mano abierta.

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, oficial. ¿Cómo le va?

—Le pido carnet de conducir, tarjeta verde y seguro.

El Comandante abrió la billetera y mostró el carnet de conducir. Sacó de la guantera una cedula verde, fotocopia del seguro y se las entregó al oficial.

Pomelo escondió el desodorante. El Vasco miraba el escudo brillante de la gorra. El Hueso revisó el celular para que no vean sus ojos rojos.

El policía miró todo con atención. Esnifó un par de veces y frunció el ceño.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—A Olavarría.

El tipo torció la cabeza como un manto negro entrenado.

—¿Al recital?

—No —mintió el Comandante—. Vamos a visitar a la familia de él que es oriundo de la ciudad.

—Tenemos un cumpleaños —agregó Pomelo.

—¿Justo este fin de semana?

—Así es.

—¿Tiene documento que acredite su domicilio en Olavarría?

—Hace años que vivo en La Plata y cambié el domicilio.

El oficial miró el interior del auto con atención. Caminó hacia adelante y hacia atrás para corroborar las patentes y las luces.

—Esta cedula verde tiene otro nombre. ¿Tiene la cedula azul?

—No, pero el auto es de mi compañera: Sofia Guzmán. Cualquier cosa, la llamo.

—Usted no puede circular así. Le pido que se orille y estacione en la banquina.

—Pero oficial, nos esperan en Olavarría para la cena.

—Le pido que salga de circulación y se estacione.

—Si le mostré todo lo que me pidió, ¿por qué no podemos seguir?

—No, la cedula azul no. Este auto puede tener pedido de captura. Por favor, salga de la ruta.

El Comandante estuvo a punto de contestarle, pero puso primera y movió el auto despacio.

—Me cagó en dios y todos los santos, milicos de mierda —susurró el Comandante.

—No puede más de vigilante —agregó el Vasco.

Otro compañero quedó a cargo de la ruta y el policía se acercó hacia el auto.

—Albornoz, venga —le dijo a un camarada que escribía en una planilla sobre el capot del patrullero. Albornoz tenía un chaleco flúor sobre el uniforme y cara de adolescente desnutrido.

—Esta gente circula en un auto que no es de ellos sin cedula azul. Tenemos una violación del reglamento para circular en rutas argentinas. ¿Verdad, Albornoz?

—Afirmativo, jefe.

—Ahora, acérquese al auto y dígame que es lo que huele.

Albornoz inclinó su cuerpo hacia las ventanillas y respiró. Puso cara rara.

—¿Olor a desodorante?

—También, cabo. Ahora pruebe de nuevo.

El oficial inhaló varias veces hasta que abrió los ojos:

—¡Marihuana!

—Efectivamente, Albornoz: proceda.

Albornoz hizo el paso de firme, llevó la mano a la cartuchera del arma y gritó:

—Bajen del vehículo y abran el baúl.

—¿Por qué tenemos que bajar? No hicimos ninguna infracción —dijo el Comandante.

—Por estar en un auto no identificado y por consumo de estupefacientes —argumentó el policía.

—No consumimos nada. Es el olor al perro de mi compañera.

—Bajen. Es la última vez que se los digo.

El Comandante se sacó el cinturón y abrió la puerta. De a poco, los otros hicieron lo mismo.

—Ahora las manos contra el techo del auto y piernas separadas.

—Oficial, puedo llamar a la titular del auto para que le certifique lo que necesite.

—Silencio y acaten la orden, carajo.

—Se acercan las Pascuas y hay que comprar los huevos —dijo el Vasco por lo bajo.

Albornoz empezó a cachearlos. La gente dentro de los autos que pasaban torcía sus cabezas para ver la escena. Algunos filmaban con los celulares.

—Denme sus documentos.

—Lo tengo en la mochila que está en el baúl —dijo el Hueso.

—Busquelá entonces, señor.

El Comandante obedeció a regañadientes. Pomelo sacó la billetera y mostró su documento. El Vasco sacó la cédula de un bolsillo y la entregó.

—Qué cara de pajero.

—Estaba de resaca, oficial —dijo el Vasco.

Anotó el nombre en la planilla y el número de documento.

—¿Qué hacen de sus vidas? —preguntó el policía— ¿Estudian? ¿Trabajan?

—Estudiamos arquitectura. Somos compañeros de la facultad —respondió el Comandante.

—¿Eso es una guitarra? Ábrala, por favor.

—Con gusto. Si quiere le toco un tema también —dijo el Vasco.

—Con abrirla es suficiente.

Albornoz revisó la mochila del Vasco y la guitarra. Sacó el desodorante de bola, lo tuvo en la mano, le sacó la tapa y no detectó nada. Revisó el atado de cigarrillos.

—Muéstrame el contenido de esos cigarrillos.

—Lo que mande, oficial. ¿Puedo fumar uno? —preguntó el Vasco.

—No —dijo Albornoz y alumbró todo con su linterna. Olfateó pero no encontró nada.

—No tenemos nada, ya le dijimos —dijo Pomelo.

—Mi nariz no se confunde. Y si mienten va a ser peor para ustedes.

El Hueso no podía controlar su temblor. Sentía que su mochila le latía como un corazón delator.

—Abra todos los cierres y saque de una cosa a la vez todo lo que tenga dentro.

El Hueso obedeció. Hizo los movimientos lo más rápido posible. Abrió la billetera y por un costado asomó la entrada para el recital del Indio.

—Así que van al recital. ¿No iban a un cumpleaños familiar?

—También es cierto, oficial. Y paramos en la casa de mi familia.

—Me temo que van a perderse el recital esta vez.

—¿Qué? ¿por qué?

—Por dar falso testimonio a la policía y por posesión de estupefacientes.

—Si no encontraron nada.

—Miren, si quieren hacerla rápido, nos dicen donde tienen las drogas y listo. Si quieren la vía lenta, los llevamos a la comisaria, confiscamos el auto y revisamos todo hasta que encontremos lo que buscamos. Ustedes eligen.

Nadie dijo nada. Albornoz metió mano y linterna en las mochilas. El otro revisó el equipo de mate, la yerba, la guantera, debajo de los asientos, en los parasoles. Finalmente, Albornoz encontró la bolsa Ziploc con flores, lillos y la pipa del Hueso.

—¿Y esto qué es? —dijo el policía apuntando la bolsa hacia la cara del Hueso.

—Parecen las flores de alguna planta.

—Así que no tenían nada, ¿no? Se les olvidó esto. Es mucha cantidad. Puede ser para vender.

—¿Qué? No oficial. Jamás vendería eso a nadie. Esto es para consumo personal y para compartir con amigos. Tenemos varios días de viaje.

—Voy a llamar a la comisaria para que manden dos móviles y los perros. Albornoz controlálos, que no hagan cagadas.

—Sí, jefe. Se quedan todos quietos con las manos contra el techo del auto, ¿está clarito? El policía más viejo se fue al patrullero y habló por el handy.

—No hacen falta los móviles, oficial —dijo el Comandante—. Solo queremos llegar a Olavarría, pasarla bien, disfrutar tranquilos. Háganme un test, si quieren. Le juro que no fumé nada.

—Lo lamento, mi superior ya pidió los móviles.

El Comandante chisteaba y negaba con la cabeza. Al Hueso le caía una gota fría desde la nuca hacia la espalda. Pomelo puteaba. El Vasco pensaba en cómo arrebatarle la pistola.

—Albornoz, por favor, se lo suplico. Dígale a su compañero que nos deje seguir, queremos colaborar en lo que se pueda, resolvamos esto de alguna otra forma —propuso el Comandante.

—Deme las llaves del auto.

—¿Para qué?

—Voy a hablar con mi superior.

El Comandante accedió con mezcla de miedo y de bronca.

Albornoz se alejó con las llaves y no dejaba de mirarlos con su mano derecha pegada a la funda de su pistola. Habló unas palabras con su jefe. No llegaban a escuchar nada.

—Les dije que no fumen. Si me sacan el auto, los mato.

—No te pueden sacar el auto por lo de la cedula azul. ¿O sí?

—Qué se yo. Espero que no.

—Arrancamos bárbaro el viaje, che —dijo el Hueso.

—Si podes, descartá todo ya —le ordenó el Comandante al Vasco.

— ¿Como querés que haga? Si aquel botón no deja de mirar.

—No dejemos que nos lleven. Si se pone en forro, llamo a un abogado amigo del partido

—advirtió el Comandante.

Albornoz cerró la puerta del patrullero y caminó de nuevo hacia el auto con cara de circunstancia y ajustándose el cinturón del pantalón

—Hablé con mi superior. Lo de ustedes es complicado. Es una doble violación de códigos civiles.

—¿Cómo hacemos entonces?

—Podemos detenerlos por esto. Si no quieren ir a la comisaria, pueden pagar la multa ahora.

—¿De cuánto sería?

—Por esos dos códigos, son diez mil pesos.

—¿Qué? No tenemos esa plata. Somos estudiantes, apenas llegamos a fin de mes —dijo Pomelo.

—Última oferta. Mi superior está esperando mi señal. Y es una persona muy impaciente.

Hubo silencio. Miradas que se cruzaban de reojo. Ganas de correr. Y de pelear.

—Está bien, se lo damos —dijo el Hueso.

—Pero Hueso...

—Ya fue. Después arreglamos.

El Hueso abrió su mochila y sacó la plata de la pizzería. Apretó el fajo de billetes antes de soltarlo. Entre todos juntaron lo que faltaba.

Albornoz contó todo y lo guardó en un bolsillo de su pantalón cargo. Le hizo firmar al Comandante una planilla donde constaba la multa por lo de la cedula.

—Está bien, pueden seguir. Con mucho cuidado eh, nada de andar haciendo boludeces.

Les devolvió los papeles y las llaves del auto. Subieron como cuatro pichones mojados.

El Comandante puso primera y aceleró fuerte.

—La concha de su madre, milicos del orto. Nos robaron la guita y el porro —dijo Pomelo.

—Qué impotencia, cómo abusan de su autoridad —dijo el Comandante.

—¿De dónde sacaste toda esa plata, Hueso?

—Era la guita que me debían de la pizzería.

—Cuando llegamos hacemos cuentas y repartimos— propuso el chofer.

—Por favor, me dejaron seco.

—¡Chau vigilanteee! —gritó el Vasco y sacó la bolsa de entre sus bolas—. ¿Quién quiere fumar uno bien calentito?

—¡Menos mal que lo pusiste ahí, Vasquito! —gritó el Hueso.

—Revísenme el aceite, el aire y el agua. Revísenme a mí, el coche no tiene nada. En esta ocasión voy a pedirles perdón. Si es rápido y es gratis, entonces why not.

Cantaron y aullaron como una manada de lobos. El Comandante reventaba los cambios y las luces de los patrulleros se achicaron en los espejos retrovisores.

5

—Allá hay una YPF, paro a cargar nafta.

—Dale, paremos que me estoy meando mal —dijo el Hueso.

El Comandante puso el guiñe hacia la derecha y soltó el acelerador.

—Organicémonos compañeros: yo me ocupo de la nafta y alguno limpie el mate.

—¿Qué apuro tenés, Comandante? —preguntó el Hueso soltando su cinturón.

—No me gusta manejar de noche.

—Bueno, manejo yo entonces —dijo el Hueso

—Ni fumado te doy el auto.

Los tres fueron al baño: el Vasco y el Hueso mearon en silencio en los mingitorios y Pomelo se metió en un cubículo. Se bajó los pantalones y un trueno resonó contra los azulejos blancos.

—Hijo de puta, qué comiste —dijo el Vasco.

—Ustedes cagan con olor a rosas, ¿no?

—Diseñá tu casa con ventilación cruzada o no te va a sobrevivir ni una planta —le indicó el Hueso lavándose las manos.

—Creo que cagué una nutria —dijo Pomelo y se escuchó su risa interrumpida por estruendos colonicos. Sacó el celular y buscó el contacto de Josefina. Le mandó un mensaje. Le preguntó cómo andaba y le avisó que iba camino a Olavarría, si daba para verse un rato.

El Comandante quedó solo en el auto. Mientras le llenaban el tanque, le escribió a Sofía y abrió una aplicación en el celular para anotar los gastos de la nafta y el peaje policial. Después le pagó al playero y fue a la tienda de la estación a encontrarse con el Hueso y el Vasco.

—Afanemos algo —susurró el Vasco.

—Dejá de joder. Hace un rato casi nos meten presos —le respondió el Comandante.

—Y en el auto tenemos de todo —dijo el Hueso.

—Ustedes carguen el termo y nos vemos en el auto —propuso el Vasco y agachó la cabeza.

—No hagas boludeces, no seas gil.

Compraron la ficha y salieron mirando de reojo al Vasco a través de los ventanales. El Hueso acomodó el termo debajo del pico y apretó un botón verde.

—No lo sueltes —dijo el Comandante.

—Ya sé. Una vez me pasó que empezó a salir el agua, lo solté y cagué. Tuve que comprar otra ficha —confesó el Hueso—. Che, qué piola tu hermano que consiguió las pepas.

—Sí, espero que no se las olvide. Y que llegue a tiempo.

—Naaa, no se las va a olvidar.

—Aquél es capaz. Está cada vez peor. Vive de noche y hace cualquiera con la fábrica de pastas: abre tarde, se olvida de pedir mercadería, vende productos vencidos. Algunas vecinas del barrio se quejaron con mi vieja y a ella se le cae la cara de vergüenza.

—¿Y no hablaron con tu hermano?

—Sí, ya hablamos todos varias veces. No da bola. A Pablo no le calienta mantener el lugar. Lo agarró cuando murió mi viejo y, desde ahí, el negocio fue en caída libre.

El Hueso puso atención en el termo. Antes de que se rebalse, soltó el botón.

—¿Cómo venís vos con el plan de las viviendas?

—Ahí estamos, en la lucha. Medio parado —respondió el Hueso y puso la tapa al termo—. La guita está, pero nos quedamos sin cuadrillas de albañiles y no podemos avanzar. Y nos bardean de todos lados: la gente del barrio, los del corralón porque le ocupamos los depósitos y los de la muni por no avanzar. ¿Vos no pensás volver? Me vendría muy bien tu ayuda.

—No creo, disculpá. Me cansé de hacer asistencialismo para que después saquen provecho los punteros políticos y repartan las casas a dedo.

—Sí, hay cosas que son turbias, pero me parece que el fin justifica los bardos.

Caminaron de vuelta hasta el auto y se reencontraron los cuatro. El Vasco estaba inquieto.

—¿Dónde carajo estaban? El auto está cerrado —dijo el Vasco con bultos visibles en el pantalón y los bolsillos.

Apenas el Comandante abrió el auto, el Vasco se metió y empezó a sacar cosas como un mago hace aparecer conejos y palomas: Kit Kats, una lata de cerveza, medialunas y un tubo de Pringles.

—¿Qué mierda hiciste, Vasco? —le recriminó el Comandante.

—Junté unos víveres.

—No quiero más quilombos en este viaje —pidió el chofer.

—Entonces te hubieses quedado en tu casa.

—Pasáme el tubo de Pringles o te denuncio —lo amenazó Pomelo.

—Más vale que te comas todo y no manches el asiento—dijo el Comandante y se alejó lo más rápido posible de la estación de servicio.

Unos kilómetros más adelante, la ruta 3 se congestionó. Los autos se pasaban unos a otros, esquivando camiones y colectivos y algunos se mandaban por la banquina. Ya era noche cerrada y las luces de los faros parecían luciérnagas enloquecidas.

—Mirá ese tarado lo que hizo. ¿Qué apuro tendrá? —preguntó el Comandante con el volante agarrado con las dos manos—. De noche y con tanto boludo suelto es un peligro.

¿Cuánto faltará?

—Todavía no llegamos a Azul. Una hora, con este transito puede que más —dijo Pomelo.

—No sé para qué carajo se va tan lejos a tocar este pelado botón. Que toque de nuevo en el Estadio Único o en River y se deje de romper los huevos —consideró el Vasco.

—Por la mística de la misa ricoterá. Falta un día para el recital y mirá lo que es esta caravana. Parece cuando el Lobo juega de visitante —dijo el Hueso.

—Bue, ya empezaron a hablar boludeces —opinó Pomelo.

—¿Qué pasa? Me hace acordar.

—Nada que ver. Cualquier equipo de futbol te mueve cincuenta mil personas, cien mil como mucho. Este loco te mete casi medio millón. Van a ver que mañana revienta todo: es la revancha de Olavarría y puede que sea el ultimo recital del Indio —pronosticó Pomelo.

—Ehh, no seas parca —dijo el Vasco tocándose el huevo izquierdo.

—El Mister ya tiene como setenta, el Parkinson, vive más afuera que acá...

—Yo digo que mañana mete trescientas mil personas —tiró el Hueso y preguntó—.

¿Cuántos habitantes tiene Olavarría?

—No sé bien ahora, más de cien mil seguro —respondió el lugareño.

—Te mete tres pueblos en un recital.

—¿Cómo pueblo? Ciudad, querido, ciudad— contestó orgulloso Pomelo.

—Es un pueblo y uno vigilante, que no dejó tocar a Los Redondos —dijo el Vasco.

—Eso fue hace mil años y fue por culpa del intendente y un par de vecinas chotas que se quejaron.

—Capaz que el Indio tire algún palo por lo del recital suspendido —dijo el Hueso mirando las estrellas por la ventanilla.

—Seguro. Le quedó la sangre en el ojo. Fue la única conferencia de prensa que dieron Los Redondos —recordó Pomelo.

—Che esto es peor que ir a la costa en cambio de quincena. ¿No podemos agarrar algún atajo? —preguntó el Comandante.

—Pasando Azul puede que haya una opción. La ruta 60 —sugirió Pomelo.

—Con que tenga menos tránsito y nos lleve a Olavarría me sirve.

—Bueno, cuando pasemos una YPF y veamos un cartel que dice Hinojo, doblamos ahí.

—¿Hinojo? No me jodan que me hinojo. ¿Qué carajo es el hinojo? —preguntó el Vasco remarcando la palabra.

—Es una hierba aromática. Se usa para ensaladas y condimentar comidas—explicó Pomelo.

—Buena, Arguiñano —dijo el Hueso.

—Uh, qué bien que cocina ese viejo. Tira unas combinaciones relocas. Algunas noches me cuelgo viendo programas de cocina —confesó Pomelo.

—Estos Olavarrrienses son todos putos —dijo el Vasco.

—¿Qué tiene que ver? Me gusta comer bien y de ahí saco ideas.

—Ahí está la estación de servicio —avisó el Comandante.

—Bueno, después de aquel cartel, doblá a la derecha.

Otros autos también salieron de la ruta.

—Se ve que hay varios que conocen de esta opción —dijo el Comandante.

—Si, igual por acá va a ser menos quilombo.

—Todo camino puede andar —cantó el Hueso.

La ruta era de doble mano, con asfalto viejo y desmarcado, con varios pozos, sin iluminación. A los costados todo era negrura, interrumpida por los bichitos de luz.

—Qué ruta de mierda, che —se quejó el chofer.

—Dicen que aparece la Llorona por acá— dijo el Hueso.

—Las supersticiones traen mala suerte —cantó el Vasco.

—Buena canción —opinó el Hueso y la siguió— Mi rebelión ya no aclara mi mente. No me voy a correr de ese sendero cruel. No necesito huir del laberinto de mis miedos... ¿A veces no sienten que las letras de las canciones les hablan?

—Uh, basta de faso para el Hueso —dijo Pomelo.

—No, posta, como que venís enroscado en una y, de repente, escuchas una canción y te da una respuesta.

—A mí también me pasa y la flasheo un montón —dijo el Comandante esquivando pozos.

—Qué ganas de prender uno —dijo el Vasco.

—¡Prendaló, compadre! —gritó el Hueso.

—A veces no entiendo ni mierda lo que dice el Indio, pero su música me llega —comentó Pomelo.

—O de una misma canción, hay un montón de interpretaciones, son ambiguas —dijo el Hueso.

—La mayoría hablan de la merca —opinó el Vasco—. Cuando tira te esnifan la cabeza, o ñam fri fruli falí fru, pool averna y papusa, la bestia pop, hasta jijiji, ese tema de manija fóbico paranoico terminó siendo el pogo más grande del mundo.

—Para mí también tienen contenido político y crítica social —planteó el Comandante—. Como en mucha tropa riendo en las calles, Vencedores vencidos, Octubre, Nike es la cultura, Todos a los botes...

—Hacer la revolución con una canción de amor —cantó el Hueso.

—También tiene su costado nostálgico, tanguero —dijo Pomelo—. Como en tarea fina, la hija del fletero, un poco de amor francés, y mientras tanto el sol se muere y un montón más.

—Si no hay amor, que no haya nada entonces —cantó el Hueso como una rockola siempre lista y siguió—. Ninguna persona es solamente un drogadicto o un político o un romántico. Somos un montón de cosas y todos tenemos nuestras contradicciones. Los que son una figura pública, o un tipo que vive para su arte, muestra todo ese monstruo de varias cabezas en cada obra.

—Lo escuchas hablar al Indio y parece que estuviera leyendo un libro. El loco escribe como habla. Por eso lo que canta suena a verdad —dijo Pomelo.

—Y como sus canciones no tienen un sentido claro, la gente las traduce según como la sienta. Son como un cadáver exquisito —dijo el Hueso que tenía una biblioteca grande en su departamento y era fanático de Historia del Arte, una materia difícil para muchos estudiantes de arquitectura.

La trompa del Clio descendió de golpe y todos dieron un cabezazo hacia adelante. Pomelo pegó la cabeza contra el techo del auto. Las ruedas zigzaguearon un poco y el Comandante mantuvo estable el volante con fuerza. Toda la carrocería empezó a vibrar.

—Se acabó la ruta. Este atajo va de mal en peor —dijo el Comandante.

—La puta madre, que golpe me di, menos mal que no se rompieron los anteojos —dijo Pomelo controlando el marco y los vidrios.

Algunos insectos y bichitos de luz se estrellaban en el parabrisas y titilaban por segundos. Las camionetas que pasaban al Clio, lo dejaban envuelto en una nube de tierra.

—Con la polvareda que se levanta no se ve una mierda. Un asco esta ruta para hacer de noche.

La lavada que voy a tener que pegarle a este auto.

—No te preocupes. El domingo, antes de volver, lo lavamos —dijo Pomelo.

—Tengo las bolas llenas de manejar. Quiero llegar y tomarme una birra.

—Si ves un kiosco, pará y compro una —dijo el Vasco.

—No veo una mierda sobrio, si tomo algo volcamos en la primera curva.

—Si fumas unas flores, se te abre el tercer ojo —dijo el Hueso.

—¿Cuál es ese?

—El ojo del hinojo —bromeó el Vasco—. Es el de la intuición. No ves el camino, lo sentís. Hasta Borges podría manejar así.

—¿Habrá fumado Borges? —preguntó Pomelo.

—No creo. Ese viejo careta, solo tomaba té inglés —dijo el Vasco.

—Su familia tenía guita, pero él no era un careta. No le importaba ostentar nada —dijo el Hueso—. Era una rata de biblioteca. De hecho, la frase más ricotera de todas, es de él: El lujo es vulgaridad. El Indio la sacó del Jorgito, la dijo en varias entrevistas.

—Shh, no digan nada —dijo el Comandante e inclinó la cabeza hacia adelante.

—¿Qué pasa?

—La dirección está rara. Siento como una vibración. ¿No escuchan ese ruido? —el Comandante bajó el volumen de la música.

—Pará y nos fijamos, si querés —propuso el Hueso.

—No, ya fue, sigo, acá no vamos a ver nada. Puede que sea el chapón de abajo, se soltó o se aflojó.

El conductor bajó la ventanilla para escuchar mejor. Los ruidos del campo parecían amplificados por la oscuridad. En el cielo la vía láctea se ofrecía sin filtros de smog y sin recortes edilicios. El Hueso miraba el cielo.

—Vi un satélite —dijo y apuntó con un dedo hacia arriba.

—No chamuyes —dijo Pomelo.

—De verdad, allá arriba está lleno de satélites y de chatarra espacial.

—Ahora cualquier boludo manda un satélite —dijo el Vasco sacando una bolsita de entre las bolas, la abrió y sacó un cogollo.

—Me encanta ver las estrellas y las constelaciones. Se puede saber la hora exacta mirándolas.

El ruido de abajo se sentía cada vez más fuerte.

—¿Querés parar y mirar? —le preguntó el copiloto.

—No, sigo despacio y listo. Cuando lleguemos a tu casa lo miramos. Voy a pensar en qué le digo a Sofi. No llegamos a Olavarría y ya tenemos una multa y un chapón roto.

—Me imagino la cara del viejo de Sofi. Se debe estar atragantando con la cena —dijo Pomelo.

—Si se entera el viejo te mata —sentenció el Vasco.

—¿Son mis amigos o qué? Piensen en algo. Qué ruta de mierda. Tanto peaje y no pueden hacer una ruta como la gente. No pavimentan para que se te rompa el auto.

El Vasco le pasó la lengua al lillo, prendió el cigarro y pitó como si fuera un indígena practicando señales de humo en medio de la pampa.

—Cuando la noche es más oscura, se viene el día en tu corazón —cantó el Vasco.

—A ver cómo está ese churro —el Hueso sacó el porro de la mano del Vasco y dio una pitada.

Un auto apareció detrás de una curva. Las luces crecieron hasta enceguecerlos. Los pasó levantando tierra y la burbuja de luz se atenuó hasta desaparecer y volvieron a hundirse en la nada.

—Está muy rico —opinó el Hueso—. ¿Saben cuál es la primera estrella que sale en la noche?

—¿Cuál? —preguntó el Comandante.

—Venus.

—El mejor canal que dio la televisión por cable —agregó Pomelo.

—Esa estrella era mi lujo —dijo el Hueso riendo y le pasó el faso a Pomelo, que aspiró un par de veces y se lo ofreció al Comandante.

—No, gracias.

—Dale, boludo, ya fue, dale una seca —dijo Pomelo.

—No quiero, de verdad.

—Bueno, pero relajá, es un viaje, pasan cosas. En Olavarría lo arreglamos y lo pagamos entre los cuatro— le dijo el copiloto.

—Hablando de eso —interrumpió el Hueso y se adelantó en el asiento—, voy a necesitar que me den una mano porque los milicos me dejaron seco. Contaba con esa plata para el alquiler del depto.

—Sí, compañero, tranquilo, hacemos cuentas y repartimos todo después —dijo el Comandante.

—Gracias, sino estoy al horno. Prefiero deberles a ustedes antes que a la inmobiliaria —el Hueso se tiró de nuevo contra el asiento y miró el cielo—. Subí el volumen chofi.

El Indio cantaba: el cerebro busca siempre distraerse. Comieron los fainas y siguieron viaje.

6

La entrada a Olavarría fue tan lenta como emocionante. La calle era una fiesta. Los autos, colectivos y combis se acumulaban en el acceso a la ciudad. Las personas caminaban entre los autos, bailaban y agitaban banderas. Apenas pudieron, encararon hacia la casa de Pomelo. El barrio era de construcciones bajas, calles amplias con pozos y veredas rotas. Predominaba el estilo Fortabat: mucho cemento y pocos árboles. Pomelo le indicó al Comandante dónde estacionar. La casa de su infancia era de un solo piso, con una

puerta de madera en el centro, un ventanal enrejado a la derecha y un portón metálico color verde militar a la izquierda. Unos perros ladraron y otros canes vecinos se sumaron. Las luces estaban apagadas.

—¿Avisaste a tus viejos que veníamos? —preguntó el Comandante subiendo el freno de mano.

—Sí, le escribí a mi vieja.

Bajaron del Clio, estiraron los brazos y las piernas como cuatro payasos de circo. Pomelo tocó el timbre y golpeó la puerta. Buscó su llave en la mochila, pero antes les abrió una señora en camisón, pantuflas y buzo polar.

—Hola mi vida. Qué sorpresa. ¿El recital no es mañana?

—Hola, vieja. Si querés nos vamos y volvemos mañana.

—No mi amor, adelante, pasen. Bienvenidos, mi nombre es Mora. Disculpen, tengo la cabeza en cualquier lado.

La madre tenía piernas largas, un cuerpo flaco y una voz grave. La cara arrugada y los dedos y los dientes teñidos por el cigarrillo. Desde el pasillo que venía de las piezas, apareció corriendo una nena grande con síndrome de down y abrazó a Pomelo.

—Fabi, Fabi, qué bueno que viniste, te extrañé mucho.

A los amigos les sonó raro escuchar el nombre de Pomelo.

—Hola Mili, ¿cómo andas? —dijo abrazando a su hermana.

—Tengo muchas ganas de jugar con vos. Vení que te muestro mis pinturas.

—Esperá, después las veo. Tenemos que acomodar los bolsos y ahora vamos a comer algo.

—¿No comieron nada? ¿De verdad? Ay, Fabian, por qué no me avisaste —rezongó Mora.

—Si te mandé mensaje y me pusiste ok.

—Sabes que no le doy bola al aparatito ese, tenés que llamarme.

—Podemos pedir algo o salir a comer, no hay problema —propuso el Comandante.

—No, no, de ninguna manera. Acomódense tranquilos, tengo unas prepizzas en el freezer. Las saco y las hago en dos minutos. Dejen las cosas en la pieza, pasen al baño si quieren y enseguida las tengo listas. Mili andá a avisarle al papá que llegó el Fabi con sus amigos.

Las perras ladraban detrás de la puerta que daba al patio.

Milagros volvió con Mario, un tipo canoso y arrugado que tenía tórax y brazos de leñador. Vestía un jogging gris topo, una camisa a cuadros metida debajo del pantalón, una musculosa blanca se asomaba entre los botones abiertos y unas pantuflas negras. Les dio la mano a los amigos y sintieron como si la corteza de un árbol les abrazara los dedos.

—Miren a quien trajo el viento. ¿Cómo le va al Arquitecto? ¿Todo bien? ¿Adelantaron el viaje?

—Hola viejo, ¿cómo va? No, siempre dije que veníamos hoy.

—Tu vieja me dijo que venían mañana. ¿Qué tal la ruta? ¿Mucha gente?

—Sí, bastante tránsito. Agarramos por Hinojo al final, está horrible, tenemos que ver cómo quedó el chapón del Clio.

—¿Comieron algo?

—Todavía no. Ahora mama hace unas pizzas.

—Mejor pidan un delivery. Van a comer más rápido y más sano.

—Te escuché Mario. Puede que sea vieja pero no soy sorda. Ni boluda. A vos no te cocino porque no sabes apreciar mis comidas.

—Si vos nunca aprendiste a cocinar, Morita. Decí que mi vieja me enseñó, si no me cago de hambre en esta casa.

—Porque esa vieja nunca salió de su cocina. Volvé a tu cueva, oso gruñón.

Mora se inclinó sobre el mechero del horno, lo prendió con un fosforo y puso las prepizzas rígidas con salsa y queso encima. El Comandante miró de reojo a Mora. Pensó que tenía buen cuerpo para su edad. La hermana los miraba a todos. No dejaba de analizarlos. Las perras ladraban y se turnaban para arañar la puerta.

—Están contentas de verte —dijo Milagros—. ¿Querés saludarlas? A la Birra hubo que cortarle un poco la cola porque se la mordía y se le agusanó.

—Uh, no me digas, pobrecita. Esperá que les muestro la pieza a los chicos y vamos.

Pomelo llevó a sus amigos hasta una pieza con una cama matrimonial y sacó otros colchones de debajo de la cama.

—Bueno, como en su casa eh, dejen las cosas y vamos a morfar.

El Vasco pidió pasar al baño. Cerró la puerta, se bajó los pantalones casi hasta las rodillas y despegó una bolsita pegada con cinta entre las bolas y el culo. Estaba húmeda y tibia. La abrió y se aseguró de que estén las dos bolsitas más chicas. Una la guardó en un bolsillo y la otra la apoyó sobre la tapa del inodoro. Le soltó la gomita marrón que la anudaba. Sacó la tarjeta de débito de la billetera, la inclinó en el fondo de la bolsa, juntó un montoncito blanco, se lo llevó a la nariz y aspiró. Sacudió la cabeza y los cachetes le hicieron ruido. Masticó un par de veces el aire en su boca.

Una perra ladraba justo debajo de la ventana.

—Calláte, botona —le dijo en voz baja.

Pomelo abrió la puerta del patio y salió con su hermana. Se reencontró con Birra y con Branca. Birra era de raza golden y Branca era una negra mediana adoptada hacía

muchos años. Las dos le giraban alrededor, sacudían las colas y le apoyaban las patas delanteras sobre el buzo. Birra se había ensanchado después de que la castraron. Branca bajaba las orejas cuando se le acercaba una persona, su infancia callejera la había marcado. Pomelo les acarició las cabezas y les palmeó los lomos. Milagros les tiraba la pelota una y otra vez.

—Hay un chorizo seco la heladera. Sirvansé algo para tomar —dijo Mario y agarró el control remoto. Prendió la tele y se sentó en la cabecera de la mesa, debajo de un crucifijo clavado en la pared. En el Canal Rural pasaban imágenes de tractores, fardos y discos de arados. Un hombre entrevistaba a otro en un campo y le preguntaba sobre las cualidades de las semillas de soja.

—Suben los bichos y baja el cereal —dijo Pomelo mientras abría una botella de cerveza y servía cuatro vasos. Milagros lo seguía por todos lados.

—¿Cómo se llaman tus amigos?

—Él es el Comandante, él es el Hueso y ese es el Vasco.

—¿Esos son sus nombres?

—Sí.

—Qué raros son. Nunca los escuché. ¿Por qué se llaman así?

—No sé, ¿y vos porque te llamas Milagros?

—Porque papá dice que fui un milagro de la naturaleza. ¿Son amigos de arquitectura?

—Sí.

—¿Cómo te fue en el final que ibas a rendir? —preguntó Mora.

—No me presenté.

—¿Por qué? —Mario desvió los ojos de la tele y lo miró.

—No llegué a repasar bien y quería estar más seguro. En quince días tengo otra fecha.

—Bueno, metalé mi hijo que se le acaba el changüí.

—Sí, ya sé, en eso estamos. En el Estudio me pidieron que me reciba antes de fin de año así ya puedo matricularme.

—Muy bien, se ve que les interesa cómo trabajás —dijo Mora y tomó un trago de cerveza del vaso de su hijo.

Pomelo ofreció una tabla con rodajas de chorizo, quesos y panes. El Comandante agarró uno de cada uno y le avisó a Sofía que habían llegado. También le mandó un mensaje al hermano para averiguar cuando salía. El Hueso comía, se reía con las ocurrencias de Milagros y miraba la televisión con curiosidad, jamás había visto ese canal. El Vasco miraba para un lado y para el otro. Apretaba la mandíbula, tomaba cerveza, evitaba la picada, la pierna le temblaba y pensaba en una excusa para ir de nuevo al baño.

—¿Y cómo están las cosas con Silvana?

—Nos peleamos, vieja. Te conté la otra vez que me llamaste.

—Ay, Fabián, ¿en serio me decís? ¿Qué pasó?

—Nada. No tenía ganas de que me rompan las bolas y quiero concentrarme en terminar la facu.

—Qué lástima, parecía buena chica. ¿No habrás hecho alguna cagada como tu padre, no?

—No, vieja. No fue por eso.

—Ya la ligué yo —dijo Mario bufando—. Qué ganas de pelear que tenés, mujer.

—Pregunto por si acaso. Puede que sea algo hereditario.

—Hay olor a quemado —dijo Pomelo.

Mora se acordó de las pizzas y apoyó rápido el vaso sobre la mesada de granito. Bajó la tapa del horno y las sacó. El piso de la masa estaba algo quemado y el queso gratinado.

—Les dije que era mejor un delivery... —dijo Mario.

—Calláte vos, si ni siquiera vas a comerla. Están un poco secas pero el queso es bueno. Y cambiá ese canal, por favor. ¿No ves que los chicos se aburren? Se pasa todo el día viendo eso y no tiene ni una hectárea.

Mora cortó la pizza y la puso sobre la mesa. Milagros estiró la mano para agarrar una.

—No nena. ¿Qué dijo la nutricionista? Hay que bajar de peso o te puede hacer mal al corazón.

Mili se puso a llorar y se sentó en el piso.

—Levantáte, mi amor, dale que te ensucias el pantalón.

Mili se quedó en el mismo lugar empacada y cabizbaja. Pomelo mordió un pedazo y se acercó a hablarle a su hermana. Mario puso Crónica. Un notero transmitía desde las calles de Olavarría. Relataba detalles sobre la misa ricotera. Algunos pibes se ponían delante de la cámara. Uno le hacía cuernitos al periodista. El camarógrafo mostró toda una avenida llena de gazebos y toldos enfrentados con puestos de comidas y bebidas.

—Cuánta gente al pedo. ¿Todos esos crotos vinieron por ese Indio Solati?

—El apellido es Solari, viejo. Y nosotros también viajamos para el recital. Después de comer vamos para ahí.

—¿Ahí? ¿Qué van a hacer? Mas que chupar y aturdirse con esa música horrible.

—Eso mismo. Pero a nosotros nos gusta esa música.

—Ese pelado es un chanta. La va de mesías y es un comerciante. Dicen que vive en Nueva York. Se junta toda la guita en un recital y se vuelve a su mansión.

—El tipo no le afaná a nadie. Hace canciones nomas.

—No sé por qué el Intendente accedió a que venga. Van a destruir la ciudad.

—¿Sabés la guita que le entra a la ciudad? Se llena todo: hoteles, hostels, restaurantes, las estaciones de servicio, los taxis, los kioscos...

—También las plazas se llenan de botellas de vidrio, el río con basura y las comisarías con negros del conurbano y los hospitales con gente intoxicada.

—Cortála, Mario. Vos tenés tu forma de ver las cosas y los chicos tienen otra, son de otra generación. Y gracias a ese Indio, nuestro hijo vino a visitarnos.

Mario estuvo a punto de responder algo más, pero se contuvo y volvió a concentrarse en la tele.

—¿Y vos? —dijo Mora mirando al Vasco, que tenía la mandíbula rígida— ¿No tenés hambre?

—No, gracias. Comí en el viaje y estoy algo revuelto. Si me disculpan paso un segundo al baño.

—Sí, nene, pasá tranquilo, como en tu casa.

—¿Ese chico tiene diarrea? —preguntó Milagros.

El Hueso se rio. Mario agarró a su nena y la sentó sobre su muslo.

—No sé dice así, mi amor. Podes decir que está descompuesto o no se siente bien de la panza.

El Vasco cerró la puerta con llave. Sacó de nuevo la bolsa, puso un poco sobre el vidrio encima de la bacha, hizo un lagartito, acercó la nariz, tapó una fosa nasal y aspiró con fuerza.

Cerró la bolsa, limpió el vidrio y se miró en el espejo. Controló que no hubiera ñoquis visibles.

Cuando volvió a la cocina, Milagros lo miró con curiosidad.

—¿Tenés diarrea?

—No, estoy mejor por suerte.

—Milagros, basta, dejálo tranquilo —dijo Pomelo.

—Tiene cara de descompuesto —agregó Milagros.

Todos se rieron.

—¿Querés un té? —preguntó Mora.

—No, gracias señora, estoy bien, voy a tomar algo de cerveza para hidratarme.

Pomelo conocía a su amigo e intuyó de qué iba la cosa.

—Terminamos las pizzas y nos vamos.

—Sí, mejor. Si no me baja el sueño y me voy al sobre —dijo el Comandante.

—Ahora les pongo unas sabanas limpias en los colchones —avisó Mora.

Después de comer, se pusieron desodorante, se cambiaron y partieron. Antes de salir, el Vasco dejó una bolsita en su mochila de reserva para mañana.

7

Subieron al Clio y notaron que el olor a porro todavía seguía ahí.

—Voy a tener que tirar bastante Glade acá.

—En el baño de la casa hay uno —avisó el Vasco.

—Ya te lo sabes de memoria, ¿no? Pajero, tenés toda la noche para tomar, ¿no podías esperar?

—Esperé todo el viaje.

—No seas tan evidente: te haces el descompuesto, pero tomas birra. No quiero que mis viejos o mi hermana encuentren nada.

Pomelo lo guio al Comandante hacia la zona de la fiesta ricotera. Unas cuadras antes, el tránsito estaba detenido y había hombres con pecheras naranjas y gamuzas en las manos, señalando posibles estacionamientos. La gente ofrecía sus garajes y otros vendían choripanes y bebidas detrás de las rejas de sus casas. Un gordo gigante, con canas largas y grasientas les señaló un lugar en un terreno baldío. Tenía una chomba rotosa que le quedaba corta y dejaba expuesta media panza y un pantalón corto con ojotas que mostraba dos gemelos varicosos.

—Buenas noches, ¿es seguro acá? —preguntó el Comandante.

—En la misa ricotera nadie roba a nadie porque todo es de todos. Además, te lo cuida el Momo.

—¿Quién es el Momo?

—El mismísimo que le habla. Podrán imitarme, pero jamás igualarme.

El Comandante accedió con algo de desconfianza.

—Si lo corres un poco para el costado, me haces un favor, así meto uno más ahí.

—No, disculpá, lo dejo así, no quiero que lo choquen o lo golpeen con la puerta.

El Momo le dijo el precio y el Comandante pagó disconforme.

—Se lo podrías haber corrido, pobre loco —le dijo el Hueso mientras se alejaban.

—Tiene un montón de espacio del otro lado. Que no rompa los huevos.

—Ahí lo tenés al socialista —dijo el Vasco.

—Soy socialista pero no quiero que me rayen el auto.

—Al final, los socialistas son dictadores encubiertos.

—Eso es lo que te quiere hacer creer el capitalismo. Si fuera mi auto sería distinto. Con el de Sofi no quiero más complicaciones.

—¿Ya le contaste lo del chapón y la multa?

—No, ¿para qué?

—Vos dijiste que se contaban todo.

—La pareja es como la política: hay que saber manejar los momentos. Podés decir alguno bueno en un momento equivocado y no sirve de nada. O podés hacer algo malo en un momento bueno y que pase desapercibido.

—Por eso no estoy en pareja: siempre voy a destiempo de todo —reflexionó el Hueso. Llegaron a la avenida principal. La noche de marzo era fresca, pero el frío no entraba en esas calles. Un magma de cabezas, brazos y banderas se expandía hasta donde daban sus ojos.

—El infierno está encantador —dijo el Vasco y prendió un porro.

En todos lados sonaban Los Redondos o los Fundamentalistas del Aire Acondicionado. A veces, había alguna excepción y sonaba alguna otra cosa de rock nacional. La gente paseaba como si estuviera en una feria de atracciones infinita. Bailaban, comían, chupaban, hacían pogo. De lejos todo parecía caótico, de cerca había paz y camaradería. Había hombres con nenes sobre sus hombros y mujeres amamantando. No volaban botellas, no había peleas, no había uniformes azules patrullando. Se respiraban aires de comunión y estupefacientes. Fueron a una barra y compraron dos litros de cerveza.

—Bebamos de las copas más lindas que tenemos —dijo el Hueso haciendo equilibrio entre la marea humana.

—Qué lindo es ver a mi ciudad así, tomada, liberada, con las calles de fiesta. Eseverri se debe estar revolcando en su tumba —dijo Pomelo empujando el codo.

—¿Quién? —quiso saber el Comandante.

—Helios Eseverri, fue el intendente que prohibió los shows de Los Redondos acá.

—¿Helios? Alto nombre. ¿Cómo Eliot Ness? —preguntó el Vasco.

—No, ese era Eliot Ness —informó el Hueso.

—El varón de la cerveza —dijo el Vasco.

—No, pajero: Homero era el varón de la cerveza —explicó Pomelo—. Eliot Ness era el vigilante que lo quería cagar.

—Toda una vida en el sillón viendo los Simpsons y no entendió nada —dijo el Comandante.

—El universo es muy confuso —retrucó el Vasco.

—Cuántos sábados habré pasado así —dijo Pomelo—. De resaca o volviendo de jugar al básquet. Sillón, mate, Don Satur y los Simpsons.

—No queda más. Si me dan plata, voy a comprar otra —propuso el Hueso con el copón vacío.

Juntaron unos billetes y el Hueso encaró hacia la barra esquivando personas. Pidió que le recarguen de cerveza los dos vasos plásticos y disfrutó del paisaje de la tribu ricotera. La gente bailaba, saltaba, se abrazaba con cualquiera y coreaban canciones.

Dos chicas aparecieron a unos metros: reían y rebotaban contra otros cuerpos.

Parecían dos autitos chocadores: se paraban frente a los demás, preguntaban algo y se iban riendo entre ellas.

Una de las chicas era una morocha de pelo largo y ojos color jade. Tenía un costado de la cabeza rapada, calzas negras, Topper rojas, un buzo con el ojo intoxicado de

Viejas Locas y una chalina en el cuello. El Hueso torció la cabeza como un perro y agudizó los sentidos. Quedó congelado en la barra como una estatua viviente. Solo sus pupilas se movían para seguir a las chicas.

—Flaco, ey, flaco, tomá —alguien dijo de atrás y sacudió el hombro del Hueso, que cargó un brazo como para protegerse de un puño invisible. El de la barra se le rio.

—Pará, tranquilo, acá tenés tus vasos llenos.

—Uh, sí, cierto, disculpá, gracias.

Tomó un trago de los dos para que no se le vuelquen en el camino. Volvieron a tocarlo del hombro y se giró.

—Hola, ¿nos convidas un trago?

La amiga de la morocha le hablaba cerca de la cara. Tenía el pelo rapado en los dos costados. Ojos negros, jean, buzo con la palabra Indio en mayúsculas, pañuelo verde en la muñeca y una voz grave. El Hueso respondió que sí, mirando a la otra chica, y les pasó un vaso.

—Estamos haciendo una encuesta —dijo la de chalina después de tomar—: ¿Cuál es la mejor canción del Indio?

El Hueso volvió a quedar en pausa. La música se atenuó en sus oídos. La chica tenía un arito en la nariz y otro aro le abrazaba el labio inferior. La boca le brillaba y contrastaba con el verde de los ojos. Le pareció que no tenía corpiño. No supo qué decir y respondió con una pregunta.

—¿Del Indio con Los Redondos o con Los Fundamentalistas?

—Da lo mismo.

—Es muy difícil elegir una sola.

—Jugatela.

—¿Puede ser un podio con las tres mejores?

—Muy vueltero. Ya fue, gracias por la birra —dijo la de pelo corto y la otra se tentó. Se abrazaron y siguieron con su caravana.

El Hueso dejó las cervezas en la barra y las siguió, hasta plantarse delante de la chica con el arito en la nariz.

—Pará, no se vayan. Las invito a tomar algo. ¿Cómo te llamas?

—Keti.

—¿Cómo?

—Ketimporta —le respondió la de ojos claros.

El Hueso quedó tildado, viendo cómo ellas se alejaban riéndose y robando tragos. Volvió a la barra justo cuando un tipo agarraba los dos tesoros abandonados. El barman atestiguó a su favor. Miró hacia donde se habían ido las chicas y no las vio más.

Cuando se acercó sus amigos, les contó su versión de lo sucedido.

—Te bailaron sabroso —comentó el Vasco.

—Cómo me dormí, qué gil. Podría haber dicho cualquier canción.

—Yo hubiese dicho El Pibe de los Astilleros —dijo Pomelo.

—Jijiji, de una —dijo el Comandante.

El Vasco no opinó. Solo pensaba en otro raquetazo.

—Quedé como un salame. El faso este me dejó re mogólico.

Hubo silencio y miradas incómodas entre los cuatro. El Hueso cayó en la cuenta de su comentario desafortunado con algo de demora y se disculpó con su amigo.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo Pomelo.

—No, cualquiera lo que dije. Ni lo pensé, se me escapó.

—No te maquines, son frases nada más.

—Sí pero ahora que sé que tu hermana, digamos, es así, no da...

—Tranqui, pasé toda mi infancia en un pueblo con una hermana Down. Me resbalan todos los comentarios.

—¿Te jodían mucho?

—Al principio sí, algunos. Después de un par de trompadas, ninguno se animaba.

—Aguantá, bandido rural —dijo el Vasco.

Pomelo sacó el celular y buscó la conversación con Josefina. Su mensaje tenía doble tilde azul y no había respuesta. Pensó en escribir algo más, pero no supo bien qué poner y guardó el teléfono.

El Vasco miraba de un lado a otro, por momentos perseguido y, por otros, analizaba toda esa gente reunida. Una torta de ricota, una clase social única e irrepetible. Su sensor interno le demandó otra recarga. Pensó a dónde podía ir. No había intimidad posible ahí. Alguien podía verlo y pedirle que le convide. Le pidió la llave del auto al Comandante.

—No jodas, Vasquito. ¿Para qué?

—¿No te das cuenta que se quiere dar un saque? —dijo Pomelo.

—Uh, ¿para eso? No, me vas a tirar todo sobre el asiento.

—¿Qué? A esta trompa de elefante, no se le escapa ni un maní —dijo el Vasco.

—Ni sabés donde estacioné el auto.

—Yo lo acompaño y de paso armo un buen troncho —propuso el Hueso.

El Comandante los miró entrecerrando los ojos. Apretó los dientes. Sacó el llavero de su bolsillo y lo depositó sobre la mano del Hueso.

—No hagan ninguna cagada y dejen todo limpio. Compren más birra a la vuelta. O un fernet.

—A la orden, señor —dijo el Hueso impostando la voz, llevándose la mano a la frente y haciendo el saludo marcial.

8

El Hueso y el Vasco se alejaron del hormiguero humano y fueron al auto. Caminaron unas cuadras y el Hueso le preguntó a su amigo sobre el laburo de sereno.

—Está bien. Hago lo que quiero, nadie me jode y tengo hojas gratis para dibujar.

—Genial. Si necesitas otro laburo, puedo hablar con los de la muni y meterte en lo de las viviendas sociales. Aunque justo ahora está parado por que se desarmó la cuadrilla de albañiles.

—¿Siguen pagando por semana?

—Sí, los sábados por semana trabajada y objetivos cumplidos. Antes pagaban los viernes y el sábado no aparecía nadie en la obra.

—Como un extra puede ser, te aviso. Ahora, lo que necesito es que abras el auto, pongas música y volarme la peluca.

El Hueso abrió y cada uno se metió por su lado. El Vasco sacó su bolsa y su billetera. El Hueso dejó la llave al lado de la palanca de cambios, prendió la radio y sonó el disco de Porco Rex.

—Te voy a poner un temazo para vos —dijo el Hueso y buscó en las carpetas del pen drive. Encontró la canción Pool, averna y papusa y apretó play. La guitarra de Skay inundó el auto.

—Seeee, temón —celebró el Vasco con la tarjeta de débito en una mano y peinó un lagarto más que generoso. Entraron el platillo y la batería. El Vasco enrolló un billete y aspiró de derecha a izquierda y se levantó sacudiendo la cabeza con los ojos bien abiertos.

El Hueso hizo un hueco en una mano y picó un cogollo mientras imaginaba en voz alta:

—Qué buena intro tiene la canción, sentí esa guitarra y el platillo, enseguida te meten en clima. Tiene una atmosfera a peli de western yanki. Onda Tarantino o esas viejas de Cleant Eastwood. Escuchá eso, parece como un disparo de escopeta. Flasheo con un duelo al amanecer, frente al bar del pueblo, los curiosos miran detrás de puertas y ventanas. Secuencias de primeros planos y tomas desde lejos, como con un dron. Y otras tomas desde el suelo de tierra. Los tipos están parados en los extremos de la calle, con sombreros de cowboy, botas con espuelas de estrellas, los revólveres en la cintura, los ojos entrecerrados, les transpira la frente. Recién amanece, pero en esos lugares desérticos siempre hace calor, tienen pañuelos en los cuellos. Uno mastica tabaco, el otro tiene un pastito en la boca. Sus manos tiemblan a centímetros de las cartucheras donde guardan las armas.

—¿Y quién gana?

—No sé, alguno. O por ahí pasa algo o se mete alguien a interrumpir el duelo. No importa el desenlace, lo importante es toda esa trama, el suspenso, la tensión, la adrenalina que generan esas imágenes que parecen en pausa, pero tienen mucho movimiento.

—Y un killer riff en su contestador, dejó sonando como confesión —cantó el Vasco.

—Si esas minas te hubiesen preguntado: ¿hubieses dicho este tema? —preguntó el Hueso.

—Capaz.

—No sé por qué me cuesta tanto elegir algo. Y me da bronca porque el asunto es una boludez. No pierdo nada al decir un tema, igual tengo que pensarlo antes.

—¿Qué canción dirías ahora?

—No sé.

—Dale, tirá una boludo, cualquiera.

—Algo así me dijo la mina.

—Se ve que te conoce.

El Hueso puso las flores molidas sobre el lillo, las distribuyó a todo lo largo, roló con suavidad de artesano, después lamió la seda en la parte brillante y siguió girando. Lo sacudió desde un extremo y afinó las puntas. Cortó con los dientes un sobrante y le acercó el fuego de un encendedor. Pitó con ganas.

—Qué buena que estaba esa piba, la puta madre. Tenía toda la onda. Lindas tetitas, sueltas, libres y dos ojazos impresionantes. Una cosa de locos. Un rayo no cae dos veces en el mismo lugar, dice Calamaro. A mí me pegó de lleno, onda a Travolta en esa película, pero en vez de iluminarme me dejó re duro. Mas duro que vos ahora.

—No creo que tanto.

—Se me trabó el cerebro. Es lo que me pasa con las minas que me gustan, se me traba la lengua. No sé qué decir o lo digo mal. Cuando la mina no me gusta tanto, hablo fluído, tiro chistes, me hago el interesante.

—C'est la vie.

—Si me la vuelvo a cruzar, le digo algo.

—¿Como qué?

—Le diría... con vos soy rico gratis.

—Es buena esa. Antes tenés que saber cuál es tu canción favorita del Indio.

—Qué se yo. Me gustan todas.

—Qué vueltero que sos la puta madre. Cerrá los ojos.

—¿Para?

—Cerrá los ojos y escucháme.

El Hueso dio otra pitada, le dio el cigarro al amigo, se apoyó contra el cabezal y bajó los parpados.

—No pienses. Yo te pregunto algo y respondé lo primero que se te venga a la cabeza, ¿tamo?

—Dale.

El Vasco fumó y pensó algunas preguntas. Sacó el humo y miró la cara flaca del Hueso.

—¿Cuál es tu nombre?

—Gastón.

—¿Cómo te dicen tus amigos?

—Hueso.

—¿Que carrera estudias?

—Arquitectura.

—¿En qué ciudad estamos?

—Olavarría.

—¿Color favorito?

—Azul.

—¿Cuánto es tres más tres?

—Seis.

—¿Qué formas con cuatro paredes?

—Ehh, un cuadrado.

—¿Canción favorita de Los Redondos?

—Blues de la libertad.

El Hueso abrió los ojos y se agarró la cara como el actor de Mi Pobre Angelito.

—¡Hijo de puta! ¡Me la sacaste!

—Viste, asociación libre. Sale o sale con esa.

—Aunque también podría haber dicho Juguetes Perdidos. O Gualicho.

—Pero no dijiste esas, dijiste la otra. En la vida hay que elegir, hermano.

—Gracias, sos un gurú. ¿Vamos? Así le llevamos el faso al Pomelo. Te digo que pega como trompada de transformer. Pará que apago la radio así el Comandante no se queja.

—Mirá si la dejamos prendida y se queda sin batería el auto.

—Se muere. Y antes nos mata.

Caminaron de vuelta compartiendo la maconia. Vieron de lejos la cabeza de Pomelo que sobresalía como un faro y se acercaron de a poco mezclándose entre la gente.

—¡Bendito sea el que viene en nombre de Ramón! —gritó Pomelo.

—¿Pidieron otra birra? — preguntó el Hueso.

—Si los esperamos a ustedes se nos seca el hocico — respondió Pomelo y cambió faso por birra.

—Muy bien, dame un trago que tengo una alfombra en la garganta.

—¿Y la llave? —preguntó el Comandante.

—La tiene el Vasco.

—La tiene el Hueso.

Dijeron casi al unísono. Se miraron de reojo. Con miedo a mirarse y saber la verdad.

Después los dos miraron al Comandante que se incendiaba de la calentura.

—¿No la tienen? ¿Dónde carajo la dejaron?

—¿Vos no la agarraste? —le preguntó el Hueso al Vasco.

—Yo no, si vos la tenías.

—Apagué la radio y salimos —dijo el Hueso haciendo la mímica de los movimientos.

—¿Quedó adentro del auto?

—Puede que sí —admitió el Hueso juntando las manos como un rezo.

—La reputa madre que los remil parió a los dos.

El Comandante salió disparado, empujando a la gente, como si llevara una molotov en la mano. Los otros lo siguieron detrás. Corrieron hasta el estacionamiento. El Comandante iluminó el interior del Clio con la linterna del celular. El metal de la llave devolvió un reflejo plateado desde un hueco debajo de la palanca de cambios. Todos empezaron a manotear las puertas.

—¿Cómo pueden ser tan colgados, loco?

—Vos también le das la llave a cada uno —dijo el Vasco.

—Calláte, si esto fue por tu abstinencia. Ahora pensá en algo.

—¿Qué querés que haga? ¿Le tiro un piedrazo a un vidrio? No soy cerrajero. Vos Pomelo, ¿no conoces alguno? ¿O algún contacto que nos pase tu viejo?

—No lo voy a despertar a mi viejo ahora. Busquemos un alambre, algo y probamos.

—No, no, con un alambre vamos a romper la cerradura.

—Eh, guacho, ¿qué pasa con el auto? —gritó un gordo grandote que se acercó.

—Tranquilo, Momo, somos nosotros. Nos dejamos la llave adentro y se cerró por el cierre centralizado.

—Uh, no me digas. ¿Ya se fijaron todas las puertas?

—Sí.

—Qué cagada. Puedo probar con la cerradura, pero capaz que te la arruino.

—No, quiero probar otra opción porque el auto no es mío.

—¿Cómo que no es tuyo?

—Es de la familia de mi compañera y me lo prestó para el viaje.

El gordo lo miró y se tentó de la risa.

—Estás al horno, pibe.

El Comandante lo miró con odio.

—¿Sabés de alguien que nos pueda dar una mano?

—No sé, no soy de acá. Tengo una idea. Ahí vengo y les muestro.

Volvió con un balde. Sacó la manija metálica para levantarlo y dobló una de las puntas.

—Meto esto entre la puerta y la ventana y probamos. ¿Les parece?

—Si te parece que puede funcionar, dale nomas. Con cuidado, por favor.

El Momo metió el gancho despacio, con precisión quirúrgica, en la puerta del conductor. Lo movió de a poco hacia la cerradura. Repitió el movimiento sin éxito.

Probó con una de las puertas de atrás. Hizo lo mismo hasta que se sintió un click y abrió la puerta. La alarma se activó. El Comandante se metió en el Clio, agarró la llave, apagó la alarma y controló que todo estaba bien en los asientos y en la guantera. El Vasco y el Hueso también se abrazaron y agradecieron al cielo. Al Momo le regalaron lo que quedaba del faso, la birra y un billete de Roca. El Comandante quiso cerrar el auto

pero el cierre centralizado no funcionó. El pituto de la puerta de atrás no bajaba.

Intentaron varias veces y nada.

—No podemos dejar el auto abierto y sin alarma—dijo el Comandante.

—¿Quién va a manotear esta puerta? No tenemos nada de valor adentro —dijo el Hueso—. Y estamos en la misa ricotera, acá se respeta.

—No puedo dejar el auto solo así.

—No te ortives, no va a pasar nada —dijo el Vasco.

—Vos mejor no opines. Te podrías haber tirado el tiro en cualquier lado, pero quisiste venir justo al auto.

—Yo no fui el que me olvidé la llave.

—Ah, gracias, sos un amigo eh —dijo el Hueso—. Los dos nos la olvidamos.

—Uno más pajero que el otro —opinó Pomelo.

Hubo un silencio y después se empezaron a reír. El Comandante se mantuvo serio hasta que el Hueso lo abrazó, le pidió disculpas y terminó aflojándose.

El Vasco seguía muy arriba. Insistió para quedarse, pero sus amigos no le dieron bola. Subieron al auto y volvieron despacio hasta la casa.

Apenas estacionaron, las perras ladraron. Pomelo las hizo callar con un par de chistidos y de puteadas. Entraron riendo bajito, tratando de no tirar nada. Mora estaba dormida sobre el sillón con la tele encendida. En la mesa ratona había una botella de vino, una copa vacía y un cenicero lleno de colillas. Pomelo apagó el televisor y ayudó a su mamá a levantarse.

—Hola, mi vida. ¿Cómo estuvo el recital?

—Es mañana vieja. Vamos que te ayudo a acostarte.

—Ah, bueno. ¿Quieren que les prepare algo para comer?

—No, dejá y andá a dormir que estás más rota que yo.

Mora lo miró mal pero no le dijo nada. Los amigos fueron a la pieza. Pomelo se tiró de un lado del somier y el otro lado lo ocupó el Comandante. El Hueso se acostó en un colchón y se sacó las zapatillas, pensando en la chica con el buzo de Viejas Locas.

El Vasco estaba sobre otro colchón y no podía dormirse. Se arrepintió de no haber traído unos clona para bajar. Pensó en ir a pajearse, pero le dio paja ir hasta el baño. Boludeó con el celular, hasta que escuchó el canto de pájaros y de gallinas y se dejó vencer por el sueño.

SABADO

9

Los amigos durmieron hasta el mediodía. Primero se despertó Pomelo y liberó un pedo estruendoso.

—Uh, hijo de yuta. ¿Qué comiste? ¿Gas mostaza? —dijo el Comandante sin abrir los ojos.

—La birra me da gases —dijo Pomelo disparando otra réplica de metano.

—Ese colon es un gasoducto —opinó el Hueso—. Dejá de cagarte y hacé un mate.

—Antes tengo que despedir a unos amigos.

—Apuráte porque a este paso se te van a caer acá.

De a poco, empezaron a estirar los cuerpos y a despegarse de los colchones. El Vasco se rascaba los huevos y miraba las manchas de humedad en el techo. Pomelo se puso los anteojos, abrió la puerta con una mano mientras con la otra se rascaba el culo.

El Hueso agarró el celular y vio que tenía mensajes de Roberto: ya sabía lo de la plata que se afanó, que se diese por cobrado la deuda y le daba una semana para devolver lo que había sacado demás. Si no lo devolvía a tiempo, iba a denunciarlo a la policía. Junto con las advertencias, mandaba un video que lo mostraba abriendo la caja y sacando los billetes. Lo reprodujo dos veces sin poder creer lo que veía. No sabía que había una cámara. Se agarró la cabeza, apretó los dientes, tragó saliva como pudo y se le escapó una puteada:

—La recalcada concha de mi madre —dijo.

Los demás lo miraron sin entender.

—¿Qué pasó, compañero? ¿Malas noticias? —le preguntó el Comandante.

Se vio en una encrucijada y dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿Qué? No, nada, se me parte la cabeza —dijo el Hueso masajeándose la frente. Tiró el celular sobre el colchón y se apretó los parpados. Necesitaba ayuda, pero no quería contarles a sus amigos y que piensen que era un chorro.

—Tengo ibuprofeno si querés —dijo el Comandante y abrió la ventana. Una ola de aire refrescó la pieza. El sol de marzo iluminó los cuerpos y los ojos lagañosos.

Las perras ladraron y saltaron contra la ventana.

—Sí, dale, te acepto cualquier pastela. No sé qué fue más toxico: todo lo de anoche o dormir en la misma pieza que Pomelo —dijo el Hueso para cambiar de tema.

El Vasco prendió un Marlboro y pitó despacio. El Comandante mandó un mensaje de buenos días a Sofía. De a uno, pasaron al baño y desembocaron en la cocina. El Vasco pasó ultimo y dio su sentencia al salir:

—Ese baño está como el bosque chaqueño: impenetrable.

Se sumaron a la ronda matera de Mora y Milagros que veían la televisión. Crónica mostraba el éxodo de ricoteros hacia las sierras de Olavarría. Colas de autos y colectivos. Trenes atestados de fanáticos. Camiones con las cajas llenas de personas amontonadas pero felices.

—¿Sabes algo de tu hermano? —preguntó el Hueso al Comandante.

—Sí, me mandó un mensaje. Salió hace un rato. Justo hoy laburó hasta el mediodía.

—Con toda la gente que viene, no llega hasta la noche —dijo Pomelo poniendo agua en la pava.

—Con que llegue antes del recital y no se olvide las provisiones, alcanza —dijo el Hueso.

Milagros preguntó qué eran “las provisiones”, su hermano le dijo que eran unas pepas de membrillo. Milagros se alegró y dijo que le gustaban.

Pomelo le avisó a su mamá que se iban a comer un asado a lo del Willy.

—¿El hijo del veterinario?

—Ese mismo.

—Ah sí, lo ubico, tenemos que llevarle a Branca para que la vea.

Prepararon otro mate para ellos, sacaron unas sillas al patio y se sentaron en la galería. El Vasco salió descalzo y con la guitarra. Las perras jodieron y Pomelo las calmó con unos diarios doblados. Después, las dos se echaron a un costado de la mesa y controlaban todo desde ahí.

—¿Quedó alguna tuquita de anoche? —preguntó el Hueso.

El Vasco metió la mano en el bolsillo de su jean y sacó un faso aplastado. Levantó la mano como si tuviera un trofeo y sonrió con media cara.

—Acá no da —advirtió Pomelo—. Pero más allá sí, detrás de la parrilla. Guarda con la huerta.

El Comandante se quedó de campana, preparó el mate y entretuvo a Milagros. Los otros tres jugaron al carioca: cada uno daba una pitada, pasaban la tuca y mantenían el humo hasta que les volvía a tocarles el turno. Pomelo tosió, se rio y fue adentro a buscar una guitarra que era de su abuelo. Se la dio al Hueso y la sumaron a la del Vasco. Tocaron unos acordes.

—Suenan linda. Hay que afinarla. ¿Trajiste el afinador? —preguntó el Hueso.

—Está en la funda —respondió el Vasco.

El Hueso removi6 cosas dentro del bolsillo de la funda hasta que dio con lo que buscaba. También sacó una revista. Tenía de título “para tocar” y a los integrantes de Patricio Rey y Los Redonditos de Ricota dibujados en caricatura.

—Hacía rato no veía una de estas —dijo el Hueso—. Son un clásico, traen las letras y los acordes. Nunca entendí eso de los números en las cuerdas.

—¿Las tablaturas? Si conocés la canción la sacas al toque —opinó el Vasco.

—Probemos con alguna, total estamos al pedo.

—Y en pedo —dijo el Vasco.

—Y con pedos —acotó oral y analmente Pomelo en una muestra gratis de su manejo de esfínteres.

—Qué destreza la suya, compañero —admiró el Comandante.

El Vasco se acercó al Hueso, puso la revista sobre una rodilla y la abrió.

—Estas son las seis cuerdas de la guitarra. Se escriben del 1 al 6, el 1 es la cuerda de más abajo, la más aguda, y el 6 es la cuerda de más arriba, la más grave. Los números que aparecen sobre las cuerdas son los trastes. El primer traste es el que está más cerca del clavijero, el dos este, el tercero este y así va creciendo hacia el cuerpo de la guitarra.

—Ah, está bueno. Gracias. Che, podrías dar clases de guitarra.

—Podría ser, no sé si me bancaría muchos alumnos.

—El primer traste que toqué fue el de una compañera de la escuela —agregó Pomelo tentado.

—¿Buen traste? —quiso saber el Comandante.

—No sonaba muy bien, pero era una gran flautista.

—Qué bien, eso compensa mucho.

—Bueno, probemos con alguna fácil —le propuso el Hueso al Vasco y trataron de combinar el ritmo y las notas.

Pomelo cebaba mates y se ponía al día sobre la familia y el pueblo con Mora y Milagros. El Comandante se fue a hablar por teléfono con Sofi. Gesticuló durante unos minutos, gritó y pidió disculpas. Volvió a la mesa con gesto serio y Pomelo le preguntó si le contó algo de lo sucedido.

—Sí, no te das una idea del quilombo que me armó. Dice que lo arregle de alguna forma sin que su viejo se entere o me mata.

—Ah, tranqui la cosa —dijo Pomelo y se rio—. Lo del chapón lo podemos ver ahora, vamos hasta el taller de un amigo que tiene una fosa. El problema es lo del cierre centralizado y la multa. Si la pusieron, les vas a llegar al domicilio o salta la ficha por internet.

—Qué cagada, para colmo con el viejo no tenemos ni un toque de onda.

—Imagino esas cenas en familia, como juntar en un asado a Trump y a Putin.

—Sí, son cenas con peligro de postres nucleares. Preguntále a tu amigo del taller si podemos ir.

—Debe estar laburando ahora. Vamos de una escapada.

Pomelo y el Comandante partieron en el Clio. El Hueso y el Vasco seguían absortos en su música. El Vasco fumaba y tocaba con el cigarro colgado del labio.

—Probemos con esta —dijo el Hueso y apoyó el mate sobre la hoja de Gualicho para que no se cierre la revista. Coordinaron los cambios de acordes. Ninguno de los dos terminaba de sacar la voz para cantar y tarareaban la letra.

—Cantala, yo te sigo —dijo el Vasco.

—Mejor no, canto como el orto.

—Qué importa, como te salga, a mí no me sale hacer las dos cosas, me pierdo.

El Hueso hizo los acordes y cantó. El Vasco jugaba más con los punteos. Con el paso de las estrofas, la canción ganó estructura y sonó parecido a la original.

—Buena loco, salió linda.

—Bien ahí, estuvo buena y no desafinas tanto eh —le dijo el Vasco al Hueso— Hace rato que no te escuchaba tocar, se ve que estuviste practicando.

El Hueso agradeció el comentario con algo de pudor y sugirió intentar con Juguetes Perdidos. Pusieron la hoja al alcance de los cuatro ojos, probaron la digitación de los acordes y se largaron. Conocían mucho la canción y enseguida engancharon el tempo. Cuando terminaron, alguien los aplaudió: era Milagros que había estado escuchando. Los músicos agradecieron con un cabeceo lento hacia abajo.

—Muy linda esa canción, ¿es de ustedes? —preguntó Milagros.

Ellos se rieron y le explicaron que era un tema de Los Redonditos de Ricota.

—Veamos como sale El Blues de la Libertad. Me quedé caliente con este tema.

—Con la piba te quedaste caliente.

—Sí, también, re manija. Tendría que haberle dicho algo, haberle sacado el número del celular.

—Nunca se está preparado para lo inesperado —dijo el Vasco fumando.

—No sé ni cómo buscarla en las redes. No tengo nada.

—Tenes al menos lo que sentiste cuando la viste. Podés hacerle una canción.

—Sí, puede ser... puede llamarse Tema de Keti.

—¿De Keti?

—Sí, de Ketimporta. Así me dijo que se llamaba.

—Muy buena la que te tiró.

El Hueso improvisó unos acordes y cantó:

—Oh, Keti, mi nena, mi diosa, quiero volverte a ver, quiero ser agua para tu boca, me dejaste como un carrusel...

El Vasco se sumó a la zapada y se mantuvieron en ese juego por unos minutos, mirándose a los ojos y las manos. Hasta que el Hueso se tentó y dejó de tocar.

—Viste que cualquiera puede componer, ya tenés medio tema hecho —le dijo el Vasco.

—Apenas unas frases.

—Ya tenés algo, repetís los acordes, metes unas rimas más y listo. Tiene una onda beatlera.

—Puede ser, ¿quién no le robó a los Beatles? —preguntó el Hueso.

—Sí, todo el rock nacional le sacó algo.

—Y los Beatles se copiaron de Dylan y de Chuk Berry. Y Dylan se copió de Woody Guthrie.

—¿Y ese quién es?

—Uno que hacía folk y era el ídolo de Dylan —explicó el Hueso que era un fanático de la historia del rock mundial—. Ya está todo inventado, difícil hacer algo original.

—La originalidad también es deformar algo ya hecho: todo puede reinventarse —concluyó el Vasco.

—Charly dijo que robarle a uno es de ladrón y robarle a todos es de genio.

—Buena frase. Che los martes me junto a tocar con los amigos de mi primo. Si querés, sumáte.

—Gracias loco, me encantaría. Tu primo toca hace bocha, no sé si estoy a la altura.

—Sí, boludo, re estás. Mi primo sabe, pero tampoco es una bestia.

—Antes necesito otro laburo, sino voy a tener que vender mi guitarra para bancar el alquiler.

—Vos fumá, algún culo va a sangrar decía un tío que tenía hemorroides. Toquemos una canción que armamos con mi primo y vemos que sale. Está en La menor.

10

—¿Siguen con la guitarrita? —preguntó Pomelo cuando salió al patio y acarició el lomo de Birra.

—¿Qué otra cosa se puede hacer en este mundo? —respondió el Vasco.

—Arreglar un chapón, por ejemplo —comentó el Comandante corriendo con la rodilla a Branca.

—Ah, buen plan, digan cuánto salió y lo sumamos al pozo de los gastos.

—Sumemos el peaje de la policía de ayer, por favor —recordó el Hueso—. ¿Y lo de la puerta y la alarma qué onda?

—No pudimos hacer nada con eso —dijo el Comandante—. Vamos a tener que dejar el Clio guardado acá hasta mañana. No da andar con el auto así.

—Y vamos a caminar bastante porque lo de mi amigo y el predio del recital quedan lejos.

—Me cago en el gordo Momo y su sistema del orto —dijo el Vasco.

—Al menos pudo abrir el auto —agregó el Hueso.

—No me hagan acordar que los quiero matar de nuevo.

Apareció Mario con alpargatas, pañuelo en el cuello y boina. Traía vino, pan y una bolsa con bosta. Saludó a los “rockeros” y se quejó porque la ciudad parecía un hormiguero recién pisado. Le pidió una mano a su hijo para poner la bosta en la huerta. Pomelo aceptó con desgano.

La huerta estaba separada del patio por una barrera de maderas para que las perras no la estropearan. Había tomates, anquitos, rábanos, zanahorias, papines, albahaca, perejil, ciboulette, menta y orégano. Mario tenía un balde grande con un compost. Abrió la bolsa de bosta y le dijo a su hijo que la tire dentro mientras él removía la tierra y la aireaba con una cuchara de albañil.

—A la tarde juega Racing acá en el club —informó Mario—. ¿Querés sumarte? Vamos con Mili después de la siesta.

—Me gustaría, pero quedé con el Willy para ir a almorzar a su casa

—¿Hace cuanto no vas a ver un partido de básquet? —preguntó serio Mario.

—Qué se yo, un montón. Otra vuelta, que venga con más tiempo, voy. No te ofendas.

—No me ofendo. Pero te aviso: no confundas rábanos con nabos.

—¿A qué vas con eso? —Pomelo frunció la cara.

—Digo que no te quedes en la superficie, en lo profundo están los frutos. La generación de ustedes quiere todo ahora, sin esfuerzos, la vida no es así. Si te juntas con vagos y mediocres, vas a ser como ellos. Tenés que rodearte de gente con aspiraciones. ¿Te crees que soy boludo? Estos pibes vienen acá para ahorrarse el hotel y la comida.

—Pará un poco. Estás tirando cualquiera. Ellos vinieron acá porque yo los invité. En La Plata, ellos son mi familia. Un montón de veces me ayudaron en la facultad y con guita.

—Tenés que estar con gente que tenga proyectos, con ambiciones de desarrollo profesional.

—Todavía no me recibí y ya trabajo en un estudio de arquitectos. Eso creo que es algo, ¿no?

—Te lo digo porque quiero lo mejor para vos, es con buenas intenciones.

—Tus buenas intenciones cansan. No te preocupes por mí, estoy muy bien. Mejor preocupáte por mamá. ¿O no te das cuenta que está en pedo todo el día? Cada vez que llamo está chupando y desde que llegamos que no para.

—Qué se yo, tu vieja siempre tomó un poco y ya no sé qué más decirle.

—Buscá otras opciones, que empiece terapia o que vuelva a bailar.

—Yo no me caliento más. Probá vos, a ver si te escucha. A vos que sos tan capo y la tenés tan clara en todo —dijo Mario alejándose de la huerta y se metió en la casa.

Pomelo se quedó mirando la espalda del padre. Lo puteó y negó con la cabeza. Tiró la bolsa de bosta sobre la huerta y las perras se acercaron a olfatearla. Volvió con los amigos que tomaban mate en la cocina y veían en la tele el canal de Olavarría. Un periodista estaba en la calle, rodeado de ricoterros que mandaban saludos, cantaban, bailaban y mostraban sus tatuajes delante de la cámara.

—Qué líder ese Solari eh, para convocar a tanto público —dijo Mora.

—Es increíble todo lo que moviliza— comentó Pomelo—. Lo sigue gente de todas las edades, de todas las clases sociales y de otros países. Ningún partido político convoca tanto.

—En eso se parece: moviliza masas, les promete cualquier cosa y les roba la guita —acotó Mario.

—El Indio no promete nada ni le roba a nadie —argumentó Pomelo con un tono seco—. Cada persona es libre de escuchar o no sus canciones, de comprar sus discos y de ir a sus recitales.

—¿Cómo qué no? Se la da de zurdo, hace su show, no paga ni un impuesto y se fuga toda la guita a sus bancos en el extranjero.

—Mejor no hablemos de política —sugirió Mora.

—¿Qué? Nada que ver. El loco se fue porque no podía vivir en paz acá. Salía al kiosco y se le tiraban encima.

—Como a Maradona —agregó el Vasco.

—Otro drogadicto —dijo Mario.

—Los medios y las discográficas quieren ensuciarlo porque representa un problema para ellos: el camino alternativo —interrumpió el Comandante harto de los dardos del patriarca de la casa—. El tipo tiene guita, pero la hizo por fuera del circuito, sin venderse a las grandes compañías ni perder los derechos de sus canciones en contratos hechos por los verdaderos ladrones. Eso es lo que el público le reconoce y le valora. Su resistencia contra lo hegemónico.

Hubo un silencio incomodo. Milagros miró a su papá.

—¿Terminaste con tu discursito panfletero? No me rompan más las bolas con el pelado ese que ni siquiera canta bien. ¿Por qué no ponen un poco de fulbo?

El Comandante abrió los ojos y levantó las cejas. El Hueso se tentó.

—Ni te gastes, hermano —dijo Pomelo al Comandante y le pasó el control remoto a Mario—. Tomá, poné lo que quieras. Nos vamos a comer a lo del Willy.

Prepararon todas sus cosas para ir al recital. El Comandante dejó la llave del auto. Llevaron plata, entradas, celulares, flores, lillos y encendedores. El Vasco se guardó sus bolsitas en el jean.

—Vamos a patear mi amor —cantó el Hueso.

En otro sábado durante la siesta olavarriense se hubiesen encontrado con un paisaje de calles vacías y persianas bajas. Pero este sábado nadie dormía. Todo era una gran olla a presión, rebalsada de cabezas que iban y venían. Carpas en cada metro cuadrado de pasto. Parrillas en cualquier lado que despedían señales de humo. La música del Indio explotaba en cada parlante encendido. Caminaron kilómetros disfrutando de la ciudad tomada. Cerca de lo del Willy pararon en un supermercado chino a comprar fernet, coca y hielo. El local rebalsaba de clientes y los asiáticos se gritaban entre ellos en su idioma. El Vasco empezó a mirar qué podía robarse. Pomelo le advirtió sobre las cámaras.

—Esto no es como en la YPF que a los empleados les chupa un huevo si te afanás algo. Acá si te ven por una cámara te atraviesan con un sable chino.

Fueron al sector de las bebidas. El Hueso giró la cabeza para sonarse el cuello y se quedó duro. Los ojos se le abrieron, la pupila enfocó un cuerpo distante.

—¿Te tiró? Yo también tengo una contractura. Debe ser por el viaje —dijo el Comandante.

—¿Qué? No, no —dijo absorto el Hueso—. Es la mina. La de anoche. No miren.

Dijo eso y sus amigos se giraron inmediatamente. La morocha de ojos claros pasó caminando junto a su amiga. Charlaban entre ellas y ni se percataron de los ojos que las miraban. Fueron hasta el sector de la verdulería.

—Está para revolverle el estofado —dijo Pomelo.

El Hueso la siguió con la mirada. Pensó en alguna estrategia para acercarse. Sin quedar pesado, sin incomodarlas, decir algo con onda, caerles simpático, decir la frase perfecta que le habilite el ingreso al cielo de sus ojos. Pero no existía tal frase. Era un enigma imposible de descifrar. Decidió qué diría algo, aunque no supiera qué ni cómo.

—Vayan pagando, ahí voy —les dijo a sus amigos y se acercó a ellas—. Hola chicas, ¿qué tal? ¿Cómo terminaron anoche?

Lo escanearon de arriba abajo. La de ojos claros lo miró con curiosidad. La otra con desprecio.

—Hola, ¿cómo va? Disculpá, ¿quién sos? —dijo la supuesta Ketí.

—El Blues de la Libertad.

—¿Qué?

—Esa es mi canción favorita.

—Ah, me alegro.

—Ustedes anoche me preguntaron cuál era mi tema favorito del Indio.

—¿Nosotras? No, ni ahí —dijo la morocha de pelo corto.

—Sí, me acuerdo. Eran ustedes. Anoche no supe cuál decir. Hoy me desperté y se me vino a la cabeza la respuesta. ¿Y la de ustedes saben cuál es?

—A mí no me gustan Los Redondos y no me gusta que me jodan cuando hago mandados.

El Hueso recibió el palo de la petisa y estuvo a punto de retirarse, pero justo la otra habló:

—Mi favorita es El infierno está encantador esta noche.

El Hueso giró el torso de nuevo hacia ellas y se plantó firme.

—Está muy buena esa. Un rock zarpado elegiste. ¿Cómo te llamas?

Inclinó el cuerpo y la mano hacia adelante.

—Nayla.

—Ah, mucho gusto Nayla. Un nombre con una música muy linda.

—Gracias. ¿Y vos?

—Mi nombre es Hueso, pero mis amigos me dicen Gastón.

Se dio cuenta al toque del fallido y se puso rojo. Nayla lo miró raro y se sonrió.

—Hablando de amigos, creo que te están esperando —señaló al trío que miraba desde la entrada.

—No hay apuro. Vamos a la casa de un amigo a comer un asado. ¿Ustedes van al recital?

—No, vinimos a una misa evangelista —dijo la amiga y se tentaron las dos.

El Hueso quedó pintado y se rio para aliviar la tensión.

—Ella es Pato. Si, obvio que vinimos al recital.

—Si les interesa ir a comer y tomar algo, pueden sumarse, queda cerca.

—Ya tenemos planes —dijo Pato.

—Está bien. ¿Vinieron solas?

—Vinimos con un grupo de amigos en colectivo y estamos acampando. Queremos dormir una siestita para estar pila-pila a la noche —informó Nayla.

—Claro, me imagino. Bueno, un gusto, ojalá nos crucemos más tarde.

—Lo dudo, con todo el mundo de gente que hay —dijo Pato.

—Que la pases lindo con tus amigos y disfrutes del recital —le deseó Nayla.

El Hueso se inclinó en diagonal hacia Nayla con un brazo abierto. Ella aceptó el beso en el cachete y el abrazo.

—Vamos gorda que se nos están colando —dijo Pato.

El Hueso caminó hacia sus amigos algo mareado.

—¿Y? ¿Le sacaste teléfono? ¿Instagram? —preguntó Pomelo.

—Poco. Apenas el nombre.

—Siempre el mismo virgo —concluyó Pomelo.

—No todas las batallas se ganan, compañero. Vamos que se derrite el hielo —dijo el Comandante.

—Igual no creo que te de bola porque le gusta la tijereta —dijo Pomelo.

El Hueso volteó hacia el super y vio a Nayla y Pato besándose y abrazadas de la cintura.

—Ya me parecía que esas dos eran más que amigas —dijo el Comandante.

—Hubieses avisado y me ahorra el papelón.

—¿Y yo qué sabía que le ibas a hablar?

—La más hermosa niña del mundo puede dar solo lo que tiene para dar —cantó el Vasco.

11

Llegaron a lo del Willy después de una caminata de varios kilómetros. Tocaron timbre y golpearon la puerta hasta que la hermana del Willy giró el picaporte.

—Hola querido, ¿cómo andas tanto tiempo? Pasen, bienvenidos.

Los cuatro pasaron y se fueron para el patio. Pomelo giraba la cabeza para todos lados y recordaba viejos momentos en ese lugar. Habían cambiado algunos adornos y el sillón. El patio era una fiesta: música, tablones largos con gente de sobremesa, otros parados, hablando y tomando algo. El Willy apoyó una tabla apenas vio a Pomelo y lo fue a abrazar.

—¿Qué haces hijo de puta? ¿Hace cuánto no te veía? Estás igual, chabón.

—¿Qué haces Willy Crook? ¿Viste? En cambio, vos estas hecho mierda.

—El mismo culeado de siempre vos. Qué bueno que viniste. Pasen chicos, mucho gusto, como en su casa eh: tomen lo que quieran, dame el hielo que lo pongo en el freezer. Acomodensé nomas. Ahora les sirvo algo de asado. Voy a dejar esto y vengo.

Un grupo de pibes que estaba próximo a la parrilla recibió con entusiasmo exagerado a Pomelo. Lo abrazaron, le hicieron una ronda, uno le agarró los huevos y otro le dio un chirlo en la nuca.

El Hueso y el Comandante cortaron por la mitad una botella de Coca vacía, le quemaron los bordes con el encendedor, tiraron varios hielos dentro, dejaron que fluya el fernet y le pusieron la Coca inclinando la botella para que no se haga tanta espuma. El Comandante agarró el copón como un trofeo y lo sacudió un par de veces cual barman. Respiró profundo y le dio un buen trago. Se lo pasó al Hueso que tomó varios tragos y largó un “aahh” con espuma sobre el labio. Se acomodaron en una esquina de la mesa y aceptaron todo el morfi que el asador les ofreció.

Pomelo vio a un grupo de chicas que hablaba en un rincón del patio. Las caras le eran conocidas, aunque no recordaba los nombres. Había una de espaldas que le era familiar. Metro setenta, pelo rubio y un jean que le calzaba justo. Cuando se dio vuelta, la reconoció: era Josefina. Con otro corte y pelo más claro, pero era ella. Pomelo se atoró con un pedazo de carne y tomó un trago para sacarse el ahogo. Se paró y fue hacia el

sector femenino. Le tocó el hombro a Josefina y ella se giró con naturalidad. Casi se desmaya al ver la cara de su ex. Se abrazaron y se preguntaron cómo andaban sus cosas. Charlaron mientras las amigas cruzaban miradas y cuchicheaban entre ellas.

—¿Cambiaste de celular? —preguntó Pomelo.

Josefina hizo una risita y se acomodó el pelo.

—No, tengo el mismo de siempre. Vi tu mensaje, pero estaba ocupada y se me pasó responderte.

—Está bien, no había apuro en responderme. ¿Y estás saliendo con alguien o...?

—Sí, estoy de novia. ¿No sabías? Pensé que ya te habían puesto al tanto.

Pomelo apretó la mandíbula hasta que le cayó la ficha de que tenía que decir algo.

—No, ¿por qué? Nadie me dijo nada. ¿El afortunado está acá?

—Está comiendo con unos amigos. En un rato viene a buscarme y vas a poder saludarlo.

—Con mucho gusto, así sacamos las espadas y hacemos competencia —dijo Pomelo medio en broma, medio verdad—. Bueno, vuelvo a comer sino mis amigos se morfan todo. Un gusto verte.

—Igualmente, comé tranquilo, más tarde charlamos.

Pomelo volvió a la mesa y comió otro pedazo con bronca. El Hueso le preguntó en voz baja:

—Che, ¿quién es ese caramelo?

—Josefina.

—No me digas. Qué cambiada que está. Ya entiendo por qué tanto interés en venir a comer acá.

—No soy tan pajero. No sabía que iba a estar. Confirmó mis sospechas: está saliendo con alguien.

—Bueno, era lógico, después de tanto tiempo. ¿Cómo estás?

—Caliente como una pava.

—Ya fue, no te enrosques. Hagamos la nuestra y nos vamos a otro lugar si querés.

El Vasco cortó un cogollo, lo puso sobre un lillo y le dio mecha. El faso arrancó a girar y se armó la comunión entre locales y visitantes. El Willy contaba anécdotas a los amigos de la facultad.

—A Pomelo le decíamos tapita: siempre pegado a la botella.

—Y a vos te decían el Genio de la birra: destapabas una y se te aparecía el Willy.

—Una muy buena de éste es de un verano que nos fuimos a Gessell. Doce monos en una casa para cinco. El menú era muy variado: fideos y arroz, arroz y fideos. Justo en esas vacaciones fueron los viejos de él a Gessell. Una noche se fue a cenar con ellos. Cuando volvió de comer, nosotros estábamos meta arroz y galletas de agua y contó que había morfado un asado, con achuras y helado de postre. De la envidia, lo queríamos abrir y comerle las tripas. Fuimos a un boliche...

—Kilómetro 40 —dijo Pomelo.

—Ah, sí, a ese, te acordás de esa noche, ¿no?

—Cómo olvidarla si vos la contás siempre.

—Es que fue mundial. Nos pusimos en pedo, bailamos, encaramos minas, nos rebotaron todas y, antes de irnos, se sentó en una silla y empezó a vomitar. Parecía el exorcista. Revoleaba la cabeza y lanzaba para todos lados. Lo raro era que vomitaba arroz. Alguno dijo que podía ser el arroz del mediodía, que tuviera metabolismo lento. Pero ni una molleja, ni un pedazo de vacío, ni un chinchulín, nada de eso. Quedó noqueado y lo tuvimos que llevar en andas casi hasta la cama. Te imaginas llevar a este yeti, un flete necesitábamos. Al otro día, cuando reaccionó, le contamos que había vomitado arroz.

Nos miraba entre dormido y sorprendido. Al principio lo negó el caradura, hasta que confesó: la noche anterior con los padres había comido una ensalada de arroz con verduras y dijo lo del asado para que no lo boludeemos.

Todos se rieron. Pomelo también. Aunque una parte de él estaba en otro lado. De reojo, seguía los movimientos de Josefina. Se había ido a la cocina a lavar los platos con amigas y no había vuelto a salir, pero la veía a través de una ventana.

Un tipo con bombacha de campo, alpargatas, buzo gap negro con letras blancas y un gin tonic con pepino en la mano se acercó a Pomelo y le pegó en la nuca. Pomelo giró de golpe.

—Ey pará, gigantón, no le vas a pegar a tu primo.

—Hernán, hijo de puta, ¿qué haces, catador de supositorios?

El primo Hernán era hijo de un hermano de Mario. Ellos eran los dueños del campo en donde trabajaba el papá de Pomelo. La relación siempre había sido tensa y asimétrica pero el negocio le era funcional a las dos familias.

—Acá estoy, más puesto que un sombrero. Me junté a comer con la banda y creo que brindé demás. No me digas que viajaste para ver al pelado ese.

—No, vine para ver a tu vieja.

El otro se rio tanto que volcó un poco de gin sobre la ropa de Pomelo.

—Pará que me mojas, maldito ebrio.

—¿Cómo andas tanto tiempo? Te ves flaco. ¿Mucha hambre en la ciudad de las diagonales?

—No, me estoy cuidando nomás, salgo a correr, volví a jugar al básquet en un club de allá.

—¿Y aprendiste a jugar algo? ¿O seguís siendo horrible?

—Cada vez veo menos y eso me jode. Igual me alcanza para tenerte de hijo.

—Mirá que bien. Sí, hay que mover el esqueleto. ¿La carrera bien?

—Sí, ya cerca de terminarla. Laburando también en un estudio, así que no puedo quejarme. ¿Cómo andan ustedes por acá? Brillando con la soja, ¿no?

—Brillaríamos si viviéramos en otro país. En Peronia no se puede progresar. Demasiada inversión y después te rompen el culo con los impuestos y las retenciones.

—Tampoco creo que estén pasando hambre...

Pomelo giró para un costado. Pidió que le pasen el fernet con la intención de sumarse a otra conversación y despegarse un poco de su primo. Vio de nuevo a Josefina y colgó la mirada en ella. Hernán siguió la flecha de sus ojos y descubrió quién era el blanco.

—Ah, veo que ya viste a la Jose.

—No esperaba verla acá.

—Sí, la vine a buscar.

—¿Vos sos el novio? —preguntó Pomelo abriendo los ojos.

—Sí, hace casi un año. ¿No sabías?

—Nadie se molestó en avisarme. Mirá vos, lo que son las vueltas de la vida. Bueno, felicitaciones.

—¿Por qué me felicitas?

—Por qué sí, es una linda chica, es buena y siempre le tuviste ganas.

—Pasado pisado, primo. Alguien tan urbano como vos, tan progre, que venga a tener celos.

—¿Celos? No, ni un poco. Solo que me sorprende la noticia.

—Si querés la llamo.

—No, no hace falta.

—¡Jose! ¡Jose! Vení.

Josefina se dio vuelta y rastreó la voz con la mirada.

—Amor, vení, mirá quién está acá.

La chica levantó la mano y se acercó. Pomelo dio un trago al copón de fernet y vio la figura de ella agrandándose a través del plástico.

—Hola, ¿cómo andan? Sí, amor, ya lo ví, ya nos saludamos.

Cada vez que Pomelo escuchaba la palabra amor entre ellos se le retorcián los intestinos.

—No sabía nada de lo suyo. Una lástima enterarme tan tarde pero bueno espero que les vaya muy bien y tengan muchos hijos transgénicos.

—Pará, gigantón, tampoco la flasheés, vamos de a poco, recién nos estamos conociendo.

—Si nos conocemos todos desde chicos.

—Digo como pareja, en una relación.

—Claro, imagino, ahí cambia la cosa.

—Herni, ¿vamos? Porque tengo que ir a abrir el local.

—¿Querés abrirlo hoy? Mirá que afuera está imposible.

—Sí, unas horas, aunque sea. Hay mucha gente de paseo también y pueden comprar algo.

—Pusimos un local de ropa en el centro, primo, si querés pegate una vuelta más tarde u otro día.

—Ah, muy bien, me alegro, ojalá vendan mucho —Pomelo dio otro trago y desvió la mirada detrás de sus anteojos.

—Bueno, voy a despedirme de las chicas. Un gusto verte, espero que te vaya de maravilla en La Plata. ¿Vamos, amor?

—Donde manda capitán... de la que te salvaste, primo ehh —dijo Hernán abriendo los brazos.

—Vaya nomás y cumpla con su noble tarea de gobernado —respondió Pomelo y saludó alzando el copón de fernet. Se dio vuelta enseguida y no quiso ver a esos dos irse de la mano. Pidió lo que quedaba del faso, dio una seca larga con los ojos cerrados, retuvo el humo y lo exhaló tirando la cabeza para atrás. No quería pensar. No era el momento de analizar. Algo en él hervía. Hervía y se derramaba. Abrió los ojos y vio a su primo hablando con otro tipo y a Josefina que iba adentro.

—Ahí vengo, voy a mear —le dijo al Hueso y le dio el fernet y el faso.

Pomelo caminó hasta la cocina y se encontró con Josefina que tiraba unas latas en el basurero.

—Ey, Jose, me quedó una duda: ¿qué pasó con lo de contadora? ¿Terminaste?

—Al final, no. Pero estoy bien, estoy contenta. El local de ropa va bárbaro, aunque demanda mucho tiempo, hay que estar ahí, acomodar todo, organizar las empleadas, hablar con los proveedores. Por suerte Herni me da una mano grande con eso.

—Sí, claro. Vos y “Herni”: ¡Qué sorpresa! Jamás lo hubiese imaginado.

—Si no me hubieses bloqueado, ya lo sabrías.

—Yo no quería. Eran celos de mi ex.

—Ah, ¿es tu ex ahora? No sabía que te habías peleado.

—Hace poco. Si me siguieras en las redes, lo sabrías.

Josefina hizo una risita y negó con la cabeza.

—¿Vos me pasás factura a mí?

—No, tranquila. Quería saber qué era de tu vida.

—¿De verdad te jode tanto que salga con Hernán?

—¿Qué? No, vos podés salir con quien quieras. Todavía me acuerdo cuando tus amigas lo histeriqueaban para sacarle entradas y tragos en el boliche.

Josefina se rio y se acomodó el pelo detrás de la oreja.

—No me acordaba de eso. Parece que fue en otra vida —dijo ella.

—Cuántas vidas hay en una vida, ¿no? Espero haber sido una buena para vos —dijo Pomelo.

—Sí, una muy importante.

Apareció Hernán y los abrazó a los dos por detrás.

—¿Qué pasa acá? ¿Me están sacando el cuero?

Cuando abrazó a Josefina, le volcó un poco de gin sobre el hombro.

—Ay, Herni. Guarda, me mojaste toda.

—¿Viste primo? Apenas la toco, se moja toda.

—¿Qué decís, gordo? Ubicáte. Andá a lavarte la cara y nos vamos al local.

—Como me tiene cagando, ¿no?

—Mejor hacele caso a tu señora —dijo serio Pomelo.

—¿Te gustaría que te de órdenes a vos? —le preguntó el primo.

—No. Ni ella ni nadie. Aunque me hubiese gustado que alguno me cuente de su relación y no tener que enterarme así, ahora.

—Pensé que tu mamá te había contado —dijo Josefina.

—No me contó nada. Alguno de ustedes me podría haber mandado un mensaje, aunque sea.

—Todo bien, pero no tengo porque mandarte ningún mensaje. Y ella menos.

—No sé si no les dio los huevos o prefirieron hacerse los boludos —dijo Pomelo.

—Dejáte de joder, loco, no seas perro viejo —dijo Hernán subiendo el tono de la voz.

—Por mí que ella ande con quien quiera. Me hubiese gustado que sea con alguien mejor.

—La comparación no te conviene porque te pinto la cara en todo.

—Cortenlá che, parecen dos pelotudos. Vamos a casa, Hernán —dijo Josefina.

—¿Qué vas a comparar? ¿Guita? ¿Chatas? Quisiera verla con alguien que la cuide, que la valore, no con un careta narcisista como vos.

—Ah, y vos si la valoraste y la cuidaste, ¿no?

—Lo mío fue diferente, tuve que irme a estudiar a La Plata.

—¿Tuviste que irte? ¿O elegiste irte?

—Elegí irme a estudiar. No cortar con ella.

—¿Pueden terminarla? Yo decido con quién estar y con quién no —dijo Josefina metiendo su cuerpo entre el de ellos.

—Y bueno primito, el que se fue a Sevilla...

—Sos el mismo cuervo de siempre. Cuando hablábamos con una mina, caías vos, nos hacías quedar mal y te robabas la oportunidad.

—Qué le voy a hacer si nací visionario.

—¿Visionario vos? Si no ves más allá de tu ombligo.

—Veo mi ombligo —dijo levantando el buzo— y me dice que cierres el orto y te vuelvas a tu ciudad, porteño.

—¿Ves lo que te digo? No te aguantas las ganas de mostrar tus abdominales trabajados. Sos un careta y un gil y lo vas a ser toda tu vida.

—Te cagaría bien a palos, pero no me gusta pegarle a los nerds con anteojos.

—Quedáte tranquilo que con esos brazos de gordo enano no llegas ni a tocarme un pelo.

—Sí, gorda tengo la chota y se la meto en la boca a ella y a quien se me cante el orto.

—¿Qué dijiste, salame? —le gritó Pomelo.

—Basta, cortenlá. Alguien que llame al Willy, por favor —rogó Josefina a sus amigas.

—No ves que sos un desubicado total —le dijo Pomelo a Hernán.

—Vos sos el que viene acá a reclamar algo como si fuera tu propiedad.

—Yo no reclamo nada, es que me da lástima ver a una chica tan linda con un deforme como vos.

—Más deforme será tu hermana, resentido.

Pomelo se rio y empujó a su primo contra la mesada. El vaso de gin se cayó y explotó. La gente se volteó hacia ellos. Había líquido y vidrios por todo el piso. Los chicos en el patio cortaron la conversación y corrieron hacia la cocina. Hernán revoleó un brazo y le pegó a Pomelo arriba del ojo. Los anteojos se astillaron y la ceja le sangró. Pomelo se enloqueció y le tiró trompadas a la cabeza y al cuerpo de su primo, que se cubrió como pudo hasta que un manotazo le entró de lleno en una oreja y lo dejó aturdido. Le impactó un último zurdazo y el otro cayó desmayado. Pomelo quedó rebotando, con los brazos temblando en el aire y una ceja sangrando.

—Dale, forro, levantáte, vení. ¿Quién es el mogólico ahora? La puta madre que te remil parió.

Hernán apenas si respiraba con la cara contra el piso. El Willy llegó y se agarró la cabeza. Se abrió un hueco para que el caído se oxigene. Josefina lloraba contra el hombro de una amiga.

—¿Qué pasó boludo? ¿qué hiciste? —dijo el Willy.

—Este gil arrancó a bardear. Se zarpó mal.

—¿Estás mal de la cabeza? Te invito a mi casa y mirá el bardo que armas.

—No es mi culpa. A estos soretes alguien tiene que ubicarlos.

—Andáte, loco.

—Pero Willy, te digo que empezó él, yo me defendí nomás.

—No importa quién empezó. Yo pongo la casa para pasarla bien y venís a bardearla.

—Vamos Pomelo, ya fue, dale —dijo el Comandante abrazándolo.

—No, yo me quedo. Y si se levanta, lo vuelvo a cagar bien a trompadas.

—Dale, pajero, escuchá a tu amigo. Andáte de una vez —le dijo el dueño de casa mientras controlaba la respiración del noqueado.

El Hueso encontró los anteojos rotos de Pomelo y se los pasó. Hernán reaccionó de a poco. Abrió los ojos y miró para todos lados, sin poder hacer foco en nada.

—Alguien llame a una ambulancia —suplicó la hermana del Willy.

Lograron convencer a Pomelo y lo llevaron hacia la calle. Le cerraron la puerta en la cara y los cuatro se quedaron en la vereda, sin el fernet ni el faso.

—Que se vayan a la mierda toda esa manga de forros.

—¿Qué pasó, boludo? ¿Porque no avisaste?

—¿Qué querés que te diga, pajero? No sabía que me iba a pelear, ni sabía que me iba a encontrar con esa gente acá. Sino no hubiese venido.

Caminaron y Pomelo seguía a las puteadas. Les contó el rollo con Josefina y su primo. Los demás se abstuvieron de hacer preguntas incómodas. Se metieron de nuevo en la misa ricotera. Muchos los miraban y comentaban cuando veían a Pomelo con la ceja lastimada, los anteojos estallados, el buzo roto en el cuello y manchado con sangre.

—¿Querés ir a una guardia para te cosan? —dijo el Hueso.

—No, ya fue.

—Podemos comprar La gotita y probar con eso —propuso el Comandante.

—Mis viejos deben tener.

—¿De nuevo caminar hasta lo de tus viejos? —preguntó el Vasco.

—Como quieran, o nos quedamos girando por acá.

—Vayamos de tus viejos: te curamos eso y hablo con mi hermano porque acá no tengo señal.

—Bueno, al menos compremos otra birra en el camino —pidió el Vasco.

—Dale en el primer kiosquin que veamos, mientras armá uno para relajar, Sensei —dijo el Hueso.

12

Pablo consiguió entrar a Olavarría y llamó al Comandante varias veces. La operadora decía siempre lo mismo: usuario fuera de servicio. A paso de hombre, evitó como pudo las calles atestadas de colectivos y de personas. Usó la ubicación que le mandó su hermano y encaró para ahí. Estacionó el Gol en la vereda frente a la casa de Pomelo. Tomó el último trago de gaseosa, se cambió la remera, se puso desodorante y bajó del auto. Tocó timbre y las perras ladraron. Una señora con el pelo atado, en calzas y pantuflas abrió la puerta.

—Hola, buenas tardes —dijo Mora, despertándose de una siesta.

Pablo se presentó. Ella recordó algo de un hermano que estaba en viaje y lo dejó entrar. Se parecía a uno de los amigos de su hijo, pero sin barba, con ojeras y más flaco. Mora prendió un pucho y abrió una ventana que daba al patio. Las perras dejaron de ladrar,

pararon las orejas y olfatearon. Se sirvió un poco del Malbec que sobró del mediodía y le ofreció una copa al desconocido.

—Bueno, sí. Muchas gracias.

—De nada. ¿Querés algo para comer?

—No, comí en el viaje. Igual no sé preocupe por mí, siga con lo suyo.

—Epa, no. A mí me tuteás eh.

—Está bien, ¿sabés a donde fueron los chicos?

—Se fueron a lo de un amigo de mi hijo. Lo llamo a ver qué hacen.

—Ni lo intentes. Lo llamé mil veces a mi hermano y nada.

—Qué desastre, está todo colapsado. ¿Querés tirarte un rato a descansar? Por ahí tenés sueño...

—No pasa nada, necesito estirar las piernas.

Pablo estiró los brazos, arqueó la espalda y largó como un gemido de dolor. Tomó un trago.

—Rico vino este. ¿Cuál es?

—La verdad que ni idea. Estoy media chicata sin los lentes —dijo y le pasó la botella al recién llegado. Se rozaron las manos y se dieron corriente.

Pablo leyó la etiqueta en voz alta: Alma Mora.

—Qué coincidencia. Mi nombre es Mora.

—Mirá vos, mucho gusto, Mora. Tenés que reclamarles algún viñedo.

—Con todos los vinos que tomé, ya me chupé más de un viñedo. Che, nene, rico perfume tenés.

—Es desodorante. Me alegro que se note poque con tantas horas de viaje...

Mora acercó y alejó el celular de la cara buscando el contacto de su hijo y lo llamó.

—Me dice usuario fuera de servicio.

—Bueno, tendremos que esperar nomás.

—Si no cuando vuelva mi marido te lleva hasta lo del amigo. Debe estar puteando en todos los idiomas. Con lo fácil que le sale la puteada al renegado ese. Te doy un quesito con pan. Si no el vino solo, te va a caer pesado.

Mora abrió la heladera y sacó un tupper con un pedazo de queso con agujeros. Lo dejó sobre la mesa con una tabla y una cuchilla.

—Tomá, cortá lo que quieras. Yo voy a probar un poco también. Ahí traigo pan.

Mora buscó la panera en una alacena alta. Se puso en puntas de pie y el contorno del culo se le dibujó en la calza. Giró de golpe y vio a Pablo mirándola atento.

—¿Se te perdió algo?

—No, estaba por ayudarte por si no llegabas.

—No hace falta que mientas. Reconozco la mirada de los hombres. Aunque confieso que hacía mucho no la sentía. Yo hacía patín y era bailarina, ¿sabes? Viajaba por campeonatos de baile de tango y de folclore.

—Se nota que hiciste deportes muchos años.

—No me hagas reír. Lo único que entreno ahora es el codo y la muñeca. La vida complica un poco las cosas, ¿viste? Los hijos, los trabajos, la casa. Tenemos una nena discapacitada. Es un amor, pero demanda atención, es como una chiquita que no crece. Hace poco tuve un dolor en una pierna, un dolor raro, una puntada en este gemelo. Fui al clínico y me dijo que era un trombo. Me quería matar. Yo que tenía una circulación formidable, nunca ni una varice, ni en los dos embarazos.

—¿Pensaste en volver a hacer algo? El baile es bárbaro para la circulación.

—Lo intenté, pero no pude mantenerlo. Mi marido no me acompañó ni le gustaba quedarse solo con los chicos y dejé de intentarlo... —dijo y tomó un trago.

—A mí también me gusta el tango. Salí un tiempo con una chica que bailaba. Íbamos a las milongas y nos pasábamos las noches meta baile y vino.

—Uh, no me digas, qué belleza. ¿Seguís con esa chica?

—Ya no.

—Qué lástima. ¿Y seguís yendo a las milongas?

—No, hace años que no voy a una.

—¿Hijos?

—Que yo sepa, no.

Mora se rio.

—Ay hombres, hombres, ustedes tiran las semillas y después no saben si crece un naranjo o un ombú. Bueno, si vos sin hijos no tenés tiempo para ir a mover un poco el esqueleto, imagináte yo.

—Estoy con otras cosas en la cabeza. Toco la guitarra, tengo una banda con amigos.

Pablo hizo una torre de pan con quesos y se la mandó a la boca. Mora fumaba sentada de costado en la silla, con las piernas cruzadas, un brazo sobre el respaldo y la otra mano con el cigarro. Pitó y largó el humo en dirección a Pablo.

—¿Sabés qué? Me diste ganas de ir a una milonga.

—Qué bueno, me alegro, ojalá puedas ir.

—Sí, la vida es una sola, ¿verdad?

Mora aplastó el cigarro contra el cenicero y se paró. Puso el brazo derecho en alto al costado del cuerpo y el brazo izquierdo como si abrazara a un fantasma. Empezó a tararear, hizo unos pasos hacia adelante y empujó la silla. Se movió en lateral,

arrastrando la punta de la pantufla y siguió dibujando firuletes por el comedor. Pablo la miraba con admiración y celebró su arranque.

—Muy bien, ese cuerpo sabe.

Mora se movía con los ojos cerrados, el pecho inflado, un poco inclinada hacia adelante y la pose firme pero flexible.

Pablo buscó en Spotify y puso Los Mareados. Mora la reconoció enseguida y abrió los ojos como quien escucha la voz de un viejo amor. Mora corrió la mesa y las sillas contra la pared y la cocina se hizo enorme. Se acercó a la visita y lo enganchó del brazo. Pablo dudó un momento, pero se sumó a la pista. Se agarraron de las manos. Pablo dio un paso hacia la izquierda y Mora lo hizo hacia la derecha. Él avanzó con el pie derecho y ella retrocedió con el pie izquierdo y después giraron por la cocina al ritmo de la música. Las piernas de uno se metían entre las del otro. Avanzaban despacio y sus cuerpos entendían los guiños de los gestos. La mano de Pablo se hundía en la cintura movediza de Mora. Y el brazo de ella se enredaba en el cuello de él como una bufanda. Las perras ladraban en el patio. Mora estiró una pierna y arrastró la otra hasta juntar las dos. Tiraba ochos y boleos y se dejaba llevar por su compañero y por la música. Dibujó un gancho con su pierna. Los muslos se rozaron. Se miraron de costado y se les escapó una risita nerviosa. Pablo sintió un cosquilleo en la panza y un latido creció debajo de su pantalón. Ella se soltó el pelo y sacudió la cabeza. Bailaron hasta que se enredaron en un giro y se fueron contra la mesa. Pablo quedó con el cuerpo encima de Mora. Se rieron por la caída y quedaron cara a cara, a una distancia peligrosa y prudente al mismo tiempo. Pablo le corrió un mechón de pelo que le tapaba la cara, ella puso una mano entre los omoplatos de él. Se acercaron cada vez más hasta chocarse los labios. Mora lo agarró de la nuca y

revolvió su lengua dentro de la boca ajena. Ella largó una carcajada, tomó un sorbo de vino y volvieron a bailar cada vez más pegados. Pablo pensó si tenía forros en la mochila.

Una llave giró en la cerradura. La puerta de calle se abrió y entraron Mario y Milagros con camisetas, camperas y bandera del club Racing de Olavarría. Siguieron la música hasta la cocina y se encontraron con la pareja de baile en pleno trance.

—¿Qué carajo pasa acá? —gritó Mario con los ojos abiertos. Milagros miraba en silencio. Una burbuja invisible y gigante se reventó alrededor de los bailarines.

—Nada, bailamos un poco de tango. ¿Acaso está prohibido? —respondió Mora acomodándose el pelo y la calza y restando dramatismo a la situación.

Pablo se sentó en una silla para disimular su bulto y paró la música del celular.

—¿Y éste quién es? —preguntó el marido arremangándose la campera y bufando como un toro.

—Es el hermano de uno de los amigos de Fabian. Se llama...

—Pablo, hola, buenas tardes.

—¿Y desde cuándo bailas tango con extraños en casa?

—Cada vez que te vas a tus partidos de básquet.

—¿Cómo?

—Nunca Mario, nunca, hace años que no bailaba ni una canción. Estoy todo el día encerrada acá, mientras vos salís a trabajar, te juntás con amigos, vas al básquet y te garchas a tu amante. Así que no me vengas con planteos por bailar un rato en mi propia cocina.

Mora se acercó a la mesada, dio un trago de vino y apoyó tan rápido la copa que se quebró y el tallo de vidrio le hizo un corte en la mano.

—Ay, qué boluda.

—¿Qué hiciste, estás loca? Típico de vos —dijo Mario—: primero te mandás la cagada y después te hacés la víctima.

—No me hago nada, fue un accidente. Y mejor no hablemos de cagadas porque vas a salir perdiendo. Y por mucho.

Mora abrió la canilla y puso la mano debajo. El agua lavaba la herida y la sangre se diluía. Mario iba a seguir la discusión, pero vio a Milagros y a Pablo y se contuvo. Fue hasta el baño a buscar el botiquín de emergencias.

—Si tienen diarios, junto los pedazos de la copa —dijo Pablo.

—Gracias querido. Fijáte en ese gabinete. Ahí debe haber alguno— respondió Mora fumando.

Pablo sacó un ejemplar del diario El Popular, lo extendió sobre la mesada y agarró los vidrios.

Milagros le decía sana, sana, colita de rana a su mamá y le acariciaba el brazo.

Mario volvió con gasas, algodón y agua oxigenada.

—¿Te quedó clavado algún vidrio? ¿Podes abrir y cerrar bien la mano? —le preguntó a Mora.

—Estoy bien, solo es un corte leve, superficial. Me lo aprieto un rato y para.

La puerta de calle volvió a abrirse y entraron los cuatro amigos. Pomelo vio a su mamá con la mano cortada, la mesa y las sillas corridas.

—¿Qué pasó?

Mora vio a Pomelo con el corte en la cara y se llevó su mano sana a la frente.

—Ay, Fabian. ¿Qué te hicieron en la cara?

—Nada, vieja, ¿qué te pasó a vos? ¿Y por qué está así la mesa?

—Ey, al fin llegaste, loco —dijo el Comandante abrazando a su hermano.

—¿Cómo que nada? ¿Te peleaste con alguien? Vení, sentáte acá — intervino Mario que no sabía a quién asistir primero.

—No es nada, me doy una ducha y me limpio —dijo Pomelo

—¿Fabi por qué tenés sangre ahí? —preguntó Mili.

—Me corté sin querer con una rama, no te preocupes.

La hermana lo abrazó y le sopló en la herida.

Mario apoyó algodón con agua oxigenada sobre la herida de su hijo. La piel sobre la ceja burbujeó.

—Hay que limpiar bien la herida sino se infecta. Tené ahí. ¿Qué pasó? ¿Les robaron?

—preguntó Mario analizando la herida.

—No.

—¿Se pelearon? ¿Problemas con la policía? Dale Fabián, no me hagas perder el tiempo.

—Discutí con alguien en lo del Willy.

—Decime quién te pegó que agarro la carabina y lo salgo a buscar.

—Calmáte, no pasó nada. Es una boludez.

—¿No pasó nada? Mirá como tenés la cara. Decime quién fue. Sabes que acá se sabe todo. ¿Alguno de ustedes sabe quién fue? —Mario miró inquisidor a los demás. Los otros alzaron los hombros y negaron con las cabezas—. Bueno, se ven que son todos muy compinches.

—Ah ya sé —dijo Mora con la mano envuelta en el repasador y levantó el índice—: te peleaste con tu primo Hernán.

Pomelo abrió los ojos y preguntó:

—¿Vos sabías que estaba con Josefina? ¿Por qué no me dijiste?

—Qué se yo, pensé que ya no te interesaba el tema.

—¿Justo con tu primo Hernán te venís a pelear? —dijo Mario agarrándose la cabeza—. Mirá que hay gente para pelearse, eh. Qué pendejo maleducado. Voy a ir a hablar con ese pajero.

—No te metas, viejo. No tienen nada que hablar. Es un tema entre Hernán y yo. Y Josefina.

—Yo le voy a acomodar los patitos a ese pendejo. Ahora vamos al hospital a que te revisen.

—No, no voy a ir. Les pido La gotita, por favor.

—¿Para qué?

—Para que él me pegue la herida —dijo señalando al Comandante.

—¿Qué? Vamos para que te vea un médico y te diga si es necesario o no unos puntos.

—Viejo estoy bien de verdad. No se preocupen. La guardia ahora debe ser un bardo. Me baño y nos volvemos a ir que no quiero llegar tarde al recital.

—Como siempre tu hijo haciendo cagadas —le dijo Mario a Mora.

—¿Qué tengo que ver yo, querido? El señorito ya es un pelotudo grande, que se haga cargo de sus actos. Si se le abre la herida y le queda una cicatriz horrible, problema suyo.

—¿Y vos no tenés que ir a la guardia también a que te vean la mano?

—Yo no, es mínimo esto. Con una curita estoy.

—De tal palo, tal astilla —dijo Mario y se fue para el baño refunfuñando.

El Comandante le puso La gotita a Pomelo. Con una mano mantuvo juntos los bordes y con la otra volcó las gotas de pegamento a todo lo largo del surco. Después presionó la herida con las dos manos durante más de un minuto. Soltó y la herida quedó sellada.

Pomelo se fue a bañar y los demás se fueron a la pieza. El Hueso tocaba la guitarra y el Vasco boludeaba con el celular. Los hermanos se sentaron en la cama.

—¿Cómo anda todo por allá?

—En la lucha, siempre hay un bardo en el negocio. Busqué una empleada para que nos dé una mano, pero piden mucha guita y a mamá no le convence ninguna.

—¿Y mamá cómo está?

—Tiene sus días. Le pone garra, a veces se hace mucho drama por boludeces. Algunas noches le cuesta dormirse, todavía no puede desprenderse de las cosas de papá.

—Sí, no debe ser fácil, pasaron toda una vida juntos.

—Le dije que viaje, que salga de joda y ella insiste en ir y estar ahí todo el día. Me ceba mates, charla con las viejas del barrio. No tiene con quien salir, sus amigas no levantan el culo del sillón.

—Igual te viene bien un poco de ayuda.

—Sí y no. Depende el día. Creo que le vendría bien un novio.

—¿Un novio? ¿Te parece? Todavía es reciente lo de papá, dejála que haga el duelo.

—Con un chongo lo va a hacer más rápido y mejor. Hay un par de viejos en el barrio que le tiran onda. El otro día la escuché hablando con una vecina de hacerse las gomas.

—Calláte, no me jodas. Lo diría la vecina.

—No, de verdad. Está bueno eso, que empiece a pensar un poco en ella, en su imagen.

—Sí, ya sé, pero me sería raro ver a mamá con otro tipo...

Pomelo entró a la pieza con un calzón agujereado y secándose la cabeza con la toalla.

—Bueno, vamos a ver si cortan la charla los hermanos y se ponen a cortar otras cosas más urgentes —dijo girando una tijera en su mano.

Pablo sacó del bolsillo chiquito de adelante del jean una bolsita de plástico.

—Gracias, Tío Hofmann —dijo el Hueso soltando la guitarra y arrimándose a la cama.

Pusieron los cartoncitos sobre el acolchado y los cortaron. Cada uno agarró un pedazo. Menos el Comandante.

—Te encargo la acidez de mañana — dijo Pomelo.

—Viví el hoy. Para mañana existe el omeprazol— agregó el Vasco.

—Estiren las piernas que vamos a caminar de lo lindo —dijo Pomelo poniéndose la campera celeste del club Racing de Olavarría porque su buzo estaba para lavar.

—¿Otra vez? —preguntó resignado el Vasco.

—Guita, entradas, celular, documentos, flores —repasó en voz alta el Hueso.

Se repartieron cogollos y sedas. El Hueso se puso desodorante.

—¿Vas a un recital o un boliche? —le preguntó Pomelo.

—Con el pogo más grande del mundo, no hay Rexona que no te abandone —dijo el Vasco.

—Necesito algo de guita, che, ¿me habilitan algo a cuenta del peaje de los milicos?

—pidió el Hueso. Pomelo le dio plata y el Comandante lo anotó en el fondo de los gastos.

—Necesito algo para levantar, necesito fuerzas para caminar. Necesito algo que me haga sentir vivo. Necesitooo, necesitooo —cantó el Vasco y los demás se sumaron con los coros.

Caminaron unas cuadras y la selva ricotera los tragó.

13

Una vieja vendía copones de birra desde el patio de su casa y le compraron dos. El efecto del ácido lisérgico los puso eufóricos, hilarantes e inquietos. Se tiraban uno encima del

otro, saltaban con los brazos en alto, se reían de cualquier cosa y cantaban canciones como si fueran himnos sagrados.

—Che Tío Hofmann, no pega nada esto, una cagada eh —dijo el Vasco.

—Dale un rato y vas a ver... —respondió Pablo.

—Pega más que padraastro alcohólico —dijo Pomelo tentado.

—Tengo ganas de tirarme sobre el pogo onda Sid Vicius —imaginó el Hueso saltando en la calle—. No sé ustedes, yo siento que estamos en un terremoto —dijo el Hueso.

—Uh, ya arrancó a hablar boludeces —replicó el Vasco.

—¿No sienten? Parece que el suelo late o vibra y camino como un astronauta en la luna —aclaró el Hueso—. Me encanta sentirme así de liviano. Siento todo distinto, capto otras cosas que cuando estoy sobrio no veo. Es como atravesar la realidad de otra forma. A veces me pasa que camino y no me doy cuenta de la humedad hasta que me subo a la moto y se moja el vidrio del casco y la campera y recién ahí noto el agua en el aire.

—Vos no estás en la moto. Estás de la bici —le recordó el Comandante.

—¡Gracias por la bicicleteada, loco! —dijo el Hueso palmeando la espalda de Pablo.

—Nada que agradecer, la casa invita.

El Comandante se le colgó a Pablo y lo abrazó.

—¡Qué bueno que viniste! Pensé que no ibas a llegar a tiempo.

—Me extraña, araña. Llego tarde pero siempre llego —aclaró Pablo.

—Si, la vieja me dijo algo parecido.

—¿Qué te dijo?

—Que tus horarios son un poco raros, que los clientes no saben cuándo abre ni cuando cierra la fábrica de pastas.

—Bueno, el lugar es mío y lo laburo como quiero.

—La fábrica no es solo tuya, es de toda la familia. Tiene nuestro apellido

—¿Quién es toda la familia? Antes estaba el viejo, ahora soy yo el que la rema ahí todos los días. El que quiera abrir en otro horario, más que bienvenido. Yo le meto todas las horas que puedo. También necesito vivir, hacer otras cosas.

El sol caía detrás de las sierras de Olavarría. La entrada al predio estaba a más de un kilómetro y las calles estaban atestadas como un campo de recital.

—Qué locura toda esta gente, no lo puedo creer, mires para donde mires se ven cabezas y brazos —dijo el Hueso.

—Esto va a rebalsar mal —dijo Pomelo estirando el cuello y viendo por encima de la masa de gente.

Un cartel indicó que entraban al predio La Colmena. El acceso a la Meca de los fieles ricoteros era un embudo humano. Aparecieron personas de la organización con chalecos naranjas.

—Con la entrada en la mano, por favor, y no se puede entrar con botellas —gritaban en loop.

Entre los cinco se liquidaron rápido el último copón de birra y encararon hacia los molinetes de la entrada. No había cacheo policial. Todos pasaron por el mismo carril y avanzaron sin inconvenientes. Pero al Vasco lo frenaron.

—¿La entrada?

—La perdí.

—Sin entrada no te puedo dejar pasar.

—La compré, te lo juro. Pero la busqué y no la encontré.

—Mostráme el mail aunque sea de la compra.

—No tengo señal acá.

—No te puedo dejar pasar sin entrada. Andá para afuera que hay muchos esperando.

—No te ortives, dale loco...

—Sin peros. No hagas quilombo. Andá para atrás.

El Comandante escuchó la situación e intervino.

—Che maestro, la compró con nosotros la entrada, vinimos todos juntos desde lejos, dale.

—Sin ticket no pasa. Siguiente, por favor. Correte, gracias.

Los amigos miraron al Vasco desde el otro lado de los molinetes.

El Hueso avanzó unos metros, abstraído por el paisaje, sin notar que los demás no lo seguían.

—Vayan pasando, no se preocupen, ahora entro de alguna forma —les dijo el Vasco.

Los otros se alejaron del lugar y se pusieron a cranear un plan de ingreso. El Vasco se volvió a meter entre la multitud. Intentó por otro carril y también le negaron el paso. Retrocedió y se quedó mirando los molinetes. Prendió un faso y encaró para el otro extremo. Buscó uno que tuviera cara de pendejo. Dio unas pitadas y se mandó en una cola de gente.

—¿Entrada?

—Me la dejé en el auto hermano. Me quiero matar. Recién me acabo de dar cuenta. Mirá, ahí están todos mis amigos que compraron la entrada conmigo.

El Vasco saludó y los demás le respondieron desde adentro del predio.

—Tenés que ir a buscarla.

—No me digas, dejamos el auto por la ruta. Hasta que vaya y vuelva, me pierdo el recital. Te regalo el faso.

—Necesito la entrada sí o sí.

El Vasco insistió pero no tuvo éxitos por ningún carril.

—Pasen ustedes —le gritó a sus amigos—. Después me las arreglo para pasar.

Los otros tres lo miraron resignados entre los cuerpos que entraban al campo y los evitaban para no chocarlos. El Comandante tuvo una idea.

—Si conseguís entrar, andá para la primera torre de la izquierda —le gritó señalando una megaestructura de hierro con parlantes—. Nos quedamos por esa zona. Si no podés entrar, bancá cerca del cartel de entrada al predio y nos encontramos ahí.

El Vasco levantó el pulgar de su mano izquierda y se fue para atrás en la fila, desapareciendo entre la masa de cuerpos.

El Comandante, Hofmann y Pomelo avanzaron hacia el campo. Las torres de iluminación con pantallas gigantes se alzaban como monstruos quiijotescos o centinelas futuristas. El escenario era una montaña lejana. Los laterales del predio no se veían por la gente y por la inmensidad del campo. Las personas entraban revoleando buzos y banderas, sacaban selfies, se abrazaban o se arrodillaban y besaban el pasto como quien llega a la tierra prometida. No había otra cosa por fuera de ese momento y ese lugar.

El Hueso estaba en otro mundo, en un mundo redondo y de ricota. Buscó a sus amigos, pero no pudo identificar a ninguno. Pensó en ir a mear y comprar una birra antes de que arranque el recital. Caminó hacia una hilera de cientos de baños químicos contra las paredes del predio. Había personas subidas a los techos de los baños para ver mejor el escenario. El Hueso encaró para donde había menos cola. A pesar de la poca luz, y de su estado lisérgico, le pareció ver una cara conocida en la fila. Se acercó adelantándose a varias personas.

—Hola, disculpáme: ¿vos sos Nayla?

Ella se volteó y lo miró sin reconocerlo.

—Yo no buscaba a nadie y te vi... —le cantó con ademanes exagerados.

Nayla frunció la cara.

—Soy yo, el Hueso.

Nayla abrió los ojos y sacudió la cabeza para atrás.

—Ah, sí, ya me acordé. ¿Cómo andas?

—Acá, manija por que arranque el recital. ¿Viniste sola?

—No, estoy con Pato y amigos del colectivo.

—Ah, sí, Pato, ¿es tu pareja, no?

—Es mi compañera. Y también mi amiga.

—Qué buena combinación. ¿Está en el baño?

—Fue a comprar una cerveza.

—Ah, muy bien, muy prácticas —dijo el Hueso y pensó en decir algo para que no se corte la charla—. Es increíble toda esta movida. Debe ser difícil estar arriba del escenario y manejar toda esa energía, tanto poder, millones de ojos enfocados en un cuerpo.

—El Indio tiene muchos recitales encima, ya está acostumbrado.

—Igual, debe ser algo zarpado. No hay forma de acostumbrarse a esto. Sería genial ser un músico de la banda. O un plomo, aunque sea, y ver todo este mar de gente desde el escenario.

—Un mar de fueguitos— acotó Nayla.

—¿Te gusta Galeano? Pensé que eras solo una cara bonita.

—Soy mucho más que eso —la chica antes de Nayla salió del baño—. Por fin ya me toca. Me explota la vejiga.

Nayla entró y cerró la puerta. Cuando salió, le deseó al Hueso que disfrute del recital.

—Muchas gracias. Pará, ¿vas hasta la barra? ¿Podés pedirme una cerveza y ahora te la pago?

Ella dudó y, al final, asintió. El Hueso meó rápido y encaró para la carpa de venta de bebidas. Cerca de la barra volvió a encontrarse con Nayla.

—Todavía no pude pedir nada, esto es un despelote. Si ves a Pato, avisá.

—Dale, te digo, pero no sé si la reconozco.

—Morocha, media petisa, pelo lacio, rapada a los costados y atrás. Tiene un buzo del Indio.

—Bastante genérica la descripción. Y soy alto, pero no tengo largavistas.

—Qué lástima pensé que los altos venían equipados con vista de halcón.

—A mi creo que me tocaron ojos de hornero.

Compraron dos cervezas y se fueron al sector de la barra donde casi una docena de personas con la remera del Indio destapaban botellas a las corridas y las servían en copones de plástico. El Hueso agarró el suyo, le dio un buen trago y le pasó el otro a Nayla. Se despidieron con un beso y un abrazo y avanzaron para el fondo del campo con el anhelo de reencontrarse con sus amigos.

El Vasco veía pasar a los fanáticos hacia los molinetes. Fumaba y se chamuyaba a los de pechera naranja, pero ninguno le habilitó el ingreso. Cada vez eran más los que se acumulaban cerca suyo, sin entradas y con ganas de ver el recital. Aplaudían y cantaban como una horda de barrabravas dispuestos a todo por conseguir su objetivo.

Pomelo armó un faso, dio una pitada y se lo compartió a Pablo. Le ofrecieron al Comandante y no quiso. Un pibe les pidió una seca y le convidaron. Aspiró con ganas, como si tuviera miedo de no volver a fumar nunca más en su vida. Retuvo el humo, inclinó la cabeza y juntó las manos en agradecimiento y siguió su viaje en dirección al escenario.

—¿Alguien lo ve al Hueso? —preguntó el Comandante.

Revolvieron las cabezas y ninguno lo ubicó. A Pomelo le dieron ganas de mear y no anduvo con vueltas. Sacó la pija y se puso a mear.

—Ah hijo de yuta, alejáte un poco, aunque sea —dijo el Comandante.

Pomelo meaba y se reía. Se le entrecortaba el chorro por la risa. Algunos vecinos se dieron cuenta y se alejaron unos pasos. La mayoría ni se percató del olor a amoníaco ni del charco que se armó.

Todas las luces del predio La Colmena se apagaron de repente. El público explotó en una ovación.

El Hueso supo que tenía que apurarse y avanzó con menos diplomacia. Nayla iba unos metros detrás de él. La adrenalina corría por la sangre. Palpitaciones, gritos, sudor, rondas humanas espontáneas como remolinos en el mar de gente calentando las piernas y las gargantas para el pogo más grande del mundo.

14

En todos los parlantes empezó a sonar un ritual indígena con gritos de mujeres, acompañadas por golpes rítmicos de tambores. El latido se repetía una y otra vez con fuerza. El cuero tenso vibraba y se sentía su rebote en el pecho de las personas. El predio parecía una vía láctea con tantos celulares prendidos, grabando con sus cámaras el inicio de la fiesta. El Hueso vio que la cerveza temblaba en su vaso. El coro de voces chamánicas se detuvo y se escuchó la voz del Indio por primera vez:

—Damas y caballeros, Los Fundamentalistas del Aire Acondicionado.

Los reflectores del escenario estallaron en luces y la banda arrancó a tocar su música: Barbazul versus el amor letal. Exaltación generalizada. Cientos de miles de personas gritaban y saltaban como un único cuerpo. Un terremoto humano, un sismo de corazones sincronizados al tempo de un clásico de Los Redondos. No había más preocupaciones ni nada más importante que ese ahí y ahora. La ostia hecha letra y el vino hecho música. El Indio se presentó con una gorra negra, campera, un overol de jean y sus infaltables anteojos negros. En las pantallas se lo veía pasear por el escenario con una mano en el micrófono y la otra en el bolsillo.

Toda la gente que estaba afuera del predio, se abalanzó sobre los molinetes. Los de pechera naranja se corrieron para no morir aplastados. El Vasco avanzó con la ola ricotera y, después de muchos empujones, alcanzó el campo. De a poco, se aproximó a la última torre de la izquierda.

El Hueso miraba el escenario cuando un tsunami de gente lo impactó. Se le cayó la cerveza y la estampida lo arrastró hacia adelante. Vio a Nayla que pedía ayuda con una zapatilla en la mano. Los que estaban alrededor se hicieron para atrás y abrieron los brazos. Se hizo un escudo humano que bancó el agite de los pogos que explotaban por todos lados. El Hueso se agachó, agarró la mano de Nayla, que se levantó como un resorte mientras con la otra mano enganchaba la Topper detrás del talón. Nayla le gritó gracias. Todos volvieron a su lugar, de nuevo el agite fuerte. El Hueso estaba casi dos columnas de sonido más adelante que sus amigos. Pero no se sentía solo. Estaba con Nayla y con todos los ricotereros de su alrededor. Gritando las mismas letras y compartiendo la misma pasión. Como cuando se va a la cancha y cualquier desconocido se vuelve un amigo, o un hermano, en un abrazo de gol.

El segundo tema fue Porco Rex y en las pantallas ya se veía al Indio sin la gorra.

—Disfruta los placeres que te quedan sin dañar —cantó el Indio y toda la indiada respondió con tres: ¡Dale! en los que el Hueso y Nayla compartieron miradas y brazos en alto.

Después siguieron con Arca Monster y Chau Mohicano. El Hueso y Nayla hacían las mímicas de las letras y se desafiaban a ver quién sabía mejor las canciones mientras las corrientadas de la marea humana los mecía, acercándolos o alejándolos.

—Bueno, el fresquete que hay acá no creo que me haga bien a la gola, así que denme una mano para cantar —dijo el Indio antes de que arranquen los acordes de Ropa Sucia.

Cada vez que sonaba un tema de Los Redondos había una conmoción mayor en el público. Nayla le preguntó al Hueso si podía subirla a sus hombros. El Hueso se puso en cuclillas detrás de ella, metió la cabeza entre sus piernas y se levantó despacio. Nayla enganchó sus pies debajo de los omoplatos del Hueso y el paisaje del predio de La Colmena se magnificó desde su nuevo punto de vista. Miraba hacia los cuatro puntos cardinales fascinada mientras revoleaba el buzo y cantaba a los gritos que vivir solo cuesta vida. Terminó la canción y el Indio hizo un pedido:

—Prendé la luz, por favor. ¿Qué es lo que pasa ahí? ¿Hay alguien desmayado? A ver, la gente de seguridad si puede acercarse. Levántenlos, por favor. Defensa Civil: ¿dónde está?

Las luces del escenario iluminaron al público y la voz del micrófono se perdió entre los coros del público que repetía olé, olé, olé, olé, Indiooo, Indiooo.

—Hay mucha gente, hay que tener mucho cuidado. Habíamos quedado en que íbamos a cuidarnos entre todos —dijo el líder de los Fundamentalistas y la gente lo ovacionó.

La música se detuvo por unos minutos y el Hueso bajó de sus hombros a Nayla. La gente chillaba. Los tipos con pecheras amarillas sacaban a varios reventados contra las vallas de contención. Nayla no llegaba a ver y el Hueso le narraba lo que veía.

—Si se siguen empujando así no vamos a poder terminar el show —dijo el Indio—. Los que están borrachos que se vayan para atrás, déjense de joder. Se van a lastimar, no tienen que estar acá adelante, son unos boludos. Tienen que estar en un lugar donde puedan respirar.

El murmullo de disgusto mutó a gritos de guerra e insultos. El Vasco aprovechó la pausa para avanzar hasta la torre. Se puso en puntas de pie y miró por sobre los hombros de las personas. A unos metros vio la nuca de Pomelo, su espalda ancha y la campera celeste del equipo de Racing de Olavarría. Se acercó y abrazó a sus amigos que celebraron el reencuentro.

—Les dije que iba a entrar. ¿Qué mierda pasa allá adelante? —le preguntó el Vasco a Pomelo.

—Están probando la teoría de Darwin —respondió Pomelo y se rio.

—Menos sermón y más rock la concha de tu madre —gritó el Vasco.

—Para, boludo. ¿No ves que hay un bardo terrible allá adelante?

—Problema de los que se metieron ahí. Yo no vengo acá a escuchar clases de ceremonial.

—Ni siquiera pagaste la entrada así que no te quejes— dijo el Comandante.

—Tengo derecho a quejarme igual. De esto y de lo que se me canten las pelotas.

El Vasco se agachó un poco, sacó la tarjeta y la bolsita. Hundió una esquina del plástico y levantó un pequeño médano blanco. Inclino la cabeza como un oriental, aspiró y tiró la cabeza para arriba.

—Hay que sacar a la gente que no está bien antes de pisarla. Llévenlos para atrás, loco —ordenó el Indio envuelto de nuevo en su campera.

En el escenario aparecieron otros viejos con más pelo que el Indio y le cedió el micrófono a uno de ellos. Repitió un pedido similar al del cantante. El otro viejo gritaba y gesticulaba como si fuera Gasalla en medio de su escena de empleada pública. Los abucheos de cientos de miles de personas fueron automáticos.

—Qué cagada, están cortando toda la onda —dijo el Hueso.

—Está chiflado el viejo: quiere el pogo más grande del mundo, pero frena el recital si se empujan.

—Empezá, porque si no empezás va a ser peor —le dijo el viejo al Indio casi al oído y el micrófono reprodujo el mensaje por todos los parlantes. La gente aplaudió la propuesta. El líder de la banda se fue del escenario.

Pasaron minutos de misterio y silencio. Hasta que volvió el cantante y habló:

—Bueno, vamos a seguir. Por favor, cuidense y cuiden al de al lado.

Las pantallas volvieron a prenderse, los de la banda se miraron y pusieron las manos sobre sus instrumentos. El fuego volvió a prenderse con los vientos de Héroe del whisky. El Hueso abrazó a Nayla y saltaron como al principio. Sus amigos en el fondo retomaron el modo agite. Terminó la canción con el rock atravesando las gargantas del público. Llegó el turno de corear la letra de Etiqueta negra y el Hueso se la cantó a Nayla:

—Su corazón no era un hotel, aunque corría ese rumor...

Siguieron con Babas del Diablo. Casi sin pausa, largaron con ese órgano de misa diabólica que da inicio A los pájaros que cantan sobre las selvas de internet. Con el arranque de los acordes de Había una vez hubo cierta explosión del público, un reconocimiento masivo a un tema de Los Fundamentalistas que alcanzaba una vibra

cercana a una canción de Los Redondos. Las banderas flameaban en la noche de Olavarría. El frío no entraba a La Colmena. No podía alcanzar a tanta humanidad conectada con el mismo ritmo:

—...hay tantas partes tan lindas sin tu traición y el mundo sigue girando aún sin tu amor... con los puños en alto, deseando al final hacer la revolución con una canción de amor.

El Hueso sacó un faso del jean. Lo prendió, aspiró y se lo ofreció a Nayla que aceptó gustosa la oferta. Aspiró también varias veces, se rio, apoyó una mano en el hombro del Hueso y bailaron cara a cara, ciegos por los flashes de los celulares y náufragos en ese mar de gente.

Con los rasguídos de la viola de A la luz de la luna, el Indio hizo su gesto típico de jinete y cantó:

—Juega intacta, es un diamante, vuelve a casa arrastrando sus tesoros. Ella sabe mostrarme el mundo y eso no la hace una creída...

El recital continuó con Pedía siempre temas en la radio. Después sonó Las Increíbles Andanzas del Capitán Buscapina y el público se encendió con la chispa del primer acorde. Siguieron con Esa estrella era mi lujo y el Hueso se la cantó a Nayla cerca de la cara:

—...mordí el anzuelo, una vez más (siempre un iluso) ... ella fue por esa vez mi héroe vivo, bah, fue mi único héroe en este lío... la más linda del amor que un tonto ha visto soñar metió, metió mi rock and roll bajo este pulso.

En el lapsus entre una canción y otra, el Indio hizo una confesión:

—Quizás sea apresurado decir, pero ya no me quedan más ganas de esto, macho. Porque no puede ser, así no se puede —hubo un silencio abismal y después la lluvia de

silbidos—. No vengan a joder con banderazos, ni nada de eso. Si no se puede, no se puede.

Las cejas del Hueso se arrugaron y miró a su compañera de recital.

—¿Qué le pasa a este? ¿Por qué está tan ortiva?

Muchos metros detrás, sus amigos se hacían la misma pregunta.

—Este viejo ya está gaga —opinó Pablo.

—No sé qué onda, está re bajonero —acotó su hermano.

Las luces se apagaron unos momentos. De nuevo incertidumbre. Unos minutos más tarde, la banda arrancó a pleno con Todo Preso es Político. Terminó la canción y mientras los guitarristas cambiaban sus armas, el Indio habló:

—Hace cuarenta años las Abuelas están buscando a sus nietos desaparecidos. Si alguno de ustedes tiene dudas sobre su identidad, acérquense a las Abuelas que ellas les van a tratar de averiguar su pasado. Es bueno saber la vida que uno tuvo, los padres que uno tuvo, la verdadera sanguinidad... por otro lado, pensemos bien lo que está pasando con los menores. Están buscando bajar la punibilidad a catorce años. Lo que están haciendo es una locura. Les pido a los diputados y a los senadores que piensen antes de hacer esas cosas. Los muchachos no nacen malos. El Estado no puede ser penal antes que social. Tiene que socializar primero y luego pensar penalmente.

Los aplausos se mezclaron con el riff de Flight 956 y el Indio empezó a girar sobre el escenario saltando y con los brazos en alto.

—Parece que en el final no me saldré con la mía, mi amor... tu belleza es como un resplandor... estoy tan cansado que no tengo fuerzas para discutir —el Hueso agarró de la mano a Nayla y la invitó a bailar. Ella giró en su lugar siguiendo el ritmo—. Es tan triste esta vez que no puedo hablar... siempre hay quilombito en un cielo de dos y nunca hay

terreno sagrado, amor y es difícil no ser injusto con vos —Nayla dio la vuelta y se encontró con la cara del Hueso en primer plano. Se quedaron así, mirándose el brillo de la sangre en los ojos, los dedos en un cinco contra cinco bien apretado—. Dios no está en los detalles de hoy... llorarás con un ojo y con el otro te reirás —el Hueso le tiró la boca y Nayla se corrió para atrás, se rio y sacudió su índice. El Hueso se mordió el labio inferior y se tragó los besos que se le amontonaron en la lengua. Giró y volvió al ritual ricotero como si casi nada hubiera pasado. Después de los aplausos, siguieron con Todos a los Botes, Te Estás Quedando Sin Balas de Plata y continuaron con To beef or not to beef y, apenas sonó la canción, demostró que era un himno fundamentalista a pesar de la ambigüedad de la letra.

Con el Charro Chino el rock se transformó en algo más disco y el pogo se volvió un baile de miles personas: ¡Para estar en Dios hay que bailar de amor!

El ácido corría por las venas de los amigos. Tenían un poquito más de espacio por la lejanía con el escenario y hasta el Vasco se animó a tirar unos pasos. De la onda bolichera pasaron a un rock más dark con Una rata muerta entre los geranios.

Después sonó el riff de la viola de Nuestro amo juega al esclavo y la batería retumbó como disparos. Los dioses paganos y ricoteros celebraron en el altar de La Colmena:

—Mucha tropa riendo en las calles con sus muecas rotas cromadas y por las carreteras valladas escuchás caer tus lágrimas... violencia es mentir... si hace falta hundir la nariz en el plato lo vamos a hacer, por los tipos que huelen a tigre, tan soberbios y despiadados.

El Indio dedicó unas palabras de agradecimiento a toda la indiada y, acto seguido, arrancaron los últimos acordes del show, los que presagian el final del concierto. El panal ricotero empezó a agrietarse y las personas corrían y zumbaban de un lado para otro, preparándose para la miel más dulce, agrupándose y desarmándose en bandos,

haciendo cráteres como si una piedra hubiese caído en esa marea y la onda expansiva los distanciara. Ni más ni menos que el prólogo al pogo más grande del mundo. Para muchos la mejor canción de Los Redondos. Para muchos otros el principio del fin de una odisea. Banderas flameando, puños en alto, corazones bombeando todas sus sangres. Entre los amigos se miraron. Sabían lo que pasaba y lo que tenían que hacer. El Hueso y Nayla también cruzaron miradas. Se agarraron de las manos mientras caminaban hacia atrás, ampliando el círculo humano. El rumor de una fiera escondida crecía y crecía, los músculos de las piernas se inflamaban, listos para correr y saltar. Bengalas y humos. Las guitarras y el platillo se perseguían. Ardían las últimas tucas del recital.

—En este film velado en blanca noche. El hijo tenaz de tu enemigo. El muy verdugo cena distinguido. Una noche de cristal que se hace añicos... No lo soñeee, se enderezó y brindó a tu suerte. No lo soñeee y se ofreció mejor que nunca. No mires, por favor, y no prendas la luz. La imagen te desfigurooo... esos chicos son como bombas pequeñas. El peor camino a la cueva del perico para tipos que no duermen por la noche. No lo soñeee, ibas corriendo a la deriva. No lo soñeee, los ojos ciegos bien abiertos. No mires, por favor, y no prendas la luz, la imagen te desfigurooo.

Antes del final de la canción hubo un cambio de acordes y, a modo de bonus track, la banda se despachó con otro himno ricotero:

—¿Por qué, si es su rock'n roll? Yo no sé si a tu perro le gusta ladrar a lo bobo, mi perro ¡No! no quiere ¡No! con el hocico afiebrado ¡No! recuperando palitos, corriendo a lo bobo. ¿Por qué, si es su rock'n rooooooll?

La canción terminó y le bajó el telón al recital. La banda se juntó en el medio del escenario, fusionada en un gran abrazo y se inclinaron ante su público. Las luces del

predio enfocaron a la gente. Los Fundamentalistas saludaron por última vez y desaparecieron detrás de la escenografía.

El show había terminado. Los corazones y las gargantas se decían hasta la próxima. Tic tac efímero. La marea humana se diluía debajo del gran arco que, unas horas atrás, había sido la entrada al paraíso.

15

El Hueso y Nayla se abrazaron como parientes en un velorio. Dos cuerpos conscientes del éxtasis de la cima y de que bajar es lo peor.

—Qué zarpado estuvo —dijo él.

—Mas o menos, muy cortado. Sonó bien, pero el viejo estuvo re mala onda —opinó ella jugando con la lengua y el aro del labio inferior. El Hueso se colgó mirando ese gesto y después respondió.

—Sí, ese bardo la cagó. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Quiero encontrarme ya con Pato y charlar del recital con ella. Pusimos como punto de encuentro la primera torre a la derecha de la entrada.

A los minutos de peregrinación y, cerca de la entrada al predio, el Hueso vio a lo lejos la cabeza de Pomelo y se alegró como un nene que se pierde en la playa y encuentra a su familia.

—¡Allá están!

—Qué bueno que los viste. Te envidio. No ves a Pato, ¿no?

El Hueso giró la cabeza para todos lados como si fuera un periscopio.

—No hay Patos en la costa. ¿Querés que te acompañe a la torre hasta que la encuentres?

—No, gracias, andá tranquilo con tus amigos. Vamos a estar de fiesta en el acampe, cerca del monumento a Sarmiento. Si les queda aguante, caigan con algo para tomar.

—De lujo, hablo con mis amigos y vemos. Un gustazo haber compartido el recital con vos.

—Gracias por la ayuda con la zapatilla.

Se dieron un abrazo y cada uno partió hacia su lado, perdiéndose entre los miles de cuerpos que buscaban la salida de ese laberinto.

—¡Hueso! —dijo el Comandante y señaló a su amigo que se acercaba con los brazos en alto como un boxeador triunfante. Lo abrazaron entre todos.

—Por fin los encuentro, la puta madre.

—¿A dónde estabas pajero? —le preguntó Pomelo.

—¡Ustedes dónde estaban! Apenas entré, los perdí. Y después la avalancha me empujó casi hasta el escenario. Estuve como dos torres más adelante.

—¿Se escuchaba bien por allá?

—Sí, el sonido me daba una patada en el pecho.

—Vamos a sacar una foto ahora que estamos todos —propuso el Comandante.

Le pidieron a una chica que capture el recuerdo con el escenario detrás. El Hueso miró hacia la otra torre. Vio a Nayla sola. De lejos parecía todavía más hermosa. Las cejas arqueadas, la distancia entre los ojos y la nariz le daban una mirada felina. Jugaba con el aro del labio hasta que alguien le tapó los ojos con las manos: era Pato. Se abrazaron y se besaron. El Hueso se alegró por ella y les contó a los amigos que pasó el recital con la flaca del super chino.

—Por eso no volviste, pajero. ¿Le robaste un beso por lo menos? —quiso saber Pomelo.

—No, nada. Ni el celular me dio.

—¿Quién sos? ¿el pitufo dormilón?

—Esa mina sale con la otra piba. Ni te gastes —sugirió el Comandante.

—No sé. Me pareció que había una onda.

—Vamos a comprar un sanguiche que es lo único que vas a morfar esta noche

—concluyó Pomelo.

Salieron de La Colmena y, apenas pisaron la calle, el bloque de cuerpos amalgamados se empezó a desprender como partes de un todo fragmentándose. Los primeros puestos de comida estaban vacíos y los parrilleros sentados contando billetes o acomodando sus cosas antes de partir. No les habían quedado ni gaseosas. Algunos vendedores con conservadoras gritaban sus ofertas. Compraron cinco latas de cervezas a un tipo y siguieron caminando.

—Estuve en muchos recitales, partidos de futbol y marchas, pero nunca vi algo así. Era una locura lo que se sentía en cada canción —dijo el Comandante.

—Debe ser genial ver todo desde arriba con esos drones —imaginó el Hueso.

—Para mí había cerca de trescientos mil personas—opinó el Comandante.

—Para mí más, cerca de quinientas mil —respondió el Hueso.

—Eh tanto no, flashero, doscientas mil capaz—dijo Pomelo.

—Yo tampoco nunca vi tanta gente junta —agregó el Tío Hofmann—. Vi a Soda en la 9 de Julio y esa noche hubo casi trecientas mil personas. Hoy me pareció que había más gente.

Los negocios estaban dados vueltas como si hubiese pasado un tornado. Finalmente, vieron unos puestos donde había cola para comprar choris y hamburguesas y frenaron

ahí. Otros pasaban con canastas de mimbre vendiendo panes rellenos. Compraron y se sentaron en el cordón a comer. Comieron casi sin hablar, mirando la gente pasar.

—Me dijo Nayla que cerca del monumento a Sarmiento hay fiesta. Podemos ir a ver qué onda —dijo el Hueso limpiándose las migas del pantalón.

—Ay, ahora le dice Naaaylaaa —dijo el Vasco afinando la voz.

—Si se llama así boludo, ¿cómo querés que le diga?

—No sé porque te interesa esa mina si es torta —le dijo Pomelo.

—Porque es hermosa y tiene toda la onda. Ya lo dijo el Andrelo: mis problemas con las mujeres son humanos: o me aburren o estoy hasta las manos.

—Yo con la pepa todavía estoy para seguir de caravana —dijo Pomelo

—Yo estoy como nuevo —dijo el Vasco tanteando la bolsita en el bolsillo del jean.

Los hermanos también aceptaron la propuesta. Decidieron comprar más bebidas y fueron hasta el Parque Bicentenario guiados por Pomelo.

16

Caminaron entre fogones y carpas, esquivando autos con los baúles abiertos y los parlantes al palo. Todos seguían eufóricos por el recital. Había gente de todos lados con remeras y buzos ricoterros y chicas envueltas en banderas. Algunos guitarristas tocaban cerca de los fuegos. El humo de los cigarros se confundía con el de los leños y las botellas pasaban de mano en mano. El arroyo Tapalqué bajaba tranquilo por su cauce a unos metros de la civilización.

—Una boludez venir acá sin saber dónde están las minas —dijo el Vasco.

—Te pasaste todo el recital con ella y no pudiste sacarle el número —dijo Pomelo.

—Tranquilos, paremos donde nos pinte y fue. Hay fiesta por todos lados. Tenemos escabio y sustancias. No necesitamos más ná.

—El combo ferpecto —dijo Tío Hofmann.

—¡Vasco puto! —gritó una voz que venía de una cara medio iluminada por un fogón.

El Vasco lo reconoció enseguida: era el Chupa, un amigo de La Plata. Un petizo prepotente, una especie de Chuk Norris con campera de jean, botas de gamuza y panza birrera. El Vasco se acercó a saludar y los demás lo acompañaron. Fueron bien recibidos y los sumaron a la ronda. El Vasco y el Hueso conocían a algunos de la banda del Chupa de la noche o de partidos de futbol. El Chupa estaba enojado con el Indio Solari.

—Mirá que lo amo al pelado ese —y mostraba su tatuaje con la cabeza del cantante — pero hoy estuvo re zarpado. Frenó un montón el recital.

—La gente es imbécil también —dijo el Vasco—. Si pasa algo, él se morfa todo el bardo. Prendieron un pirulo y empezó a girar como si fuera una posta olímpica. Con el estímulo de la ganja volvió a levantar el efecto lisérgico de las pepas.

—Buenas bicis eh. Creo que nunca caminé tanto en mi vida y todavía estoy repila —dijo el Hueso.

—¿Viste? Me las consiguió un amigo que conoce del tema —dijo Pablo.

—¿Quién te la consiguió? —le preguntó el Comandante a su hermano.

—El Pituca.

—¿El Pituca? Qué personaje. ¿Se siguen juntando a zapar?

—A veces, él tiene una nena ahora y con los laburos se le complica.

—¿Ese demente tiene una hija? No me digas, no me contaste nada.

—Sí, qué se yo. Se me pasó. Si fueras a visitarnos, te hubiese contado él mismo.

—Se me complica ir, estoy a las corridas todos los días con las cursadas, los finales, las reuniones del partido y Sofi.

—Sí, ya sé boludo, no hace falta que me expliques nada. Te digo nomás.

—¿La vieja te dijo que me dijeras?

—Si preguntas qué opina ella, dice que podrías viajar más.

—Mirá vos. Ustedes también podrían viajar a La Plata a visitarme, ¿o no?

—No es lo mismo. Nosotros tenemos que laburar los fines de semana, es cuando más vendemos. Y a la vieja le da cosa viajar sola en colectivo. Si estuviera papá le hincharía las bolas para que salga a la ruta con el auto.

—Pero papá ya no está, ya no es una opción...

—Ni me lo digas. Lo sé más que nadie. Me paso los días laburando en un negocio que no elegí.

—Los dos sabemos lo que es para mamá ese lugar. Es su vida, su casa.

—Mambos de ella. Que lo resuelva con su psicóloga y no me venga a romper las bolas. Hubo un silencio y el Hueso aprovechó para pasarles la birra.

El Vasco se fue con el Chupa y otro amigo a la carpa de ellos a tirarse unos tiros. El Chupa volvió con un Chivas Regal. Lo destapó y le dio un trago largo.

—A ver quién es el más poronga acá —dijo y se lo pasó al Vasco, que agarró la botella y aceptó el desafío. Duró todavía más segundos que el Chupa. El whisky pasó por otras bocas y ninguno resistió tanto como el Vasco, que en la segunda ronda mejoró todavía su marca. Le levantaron un brazo como a un boxeador que acaba de noquear a su rival. El Chupa se le acercó con el puño como un simulacro de entrevista.

—¿A quién le dedicas este triunfo?

—Ehhh... al Indio.

—Muy bien, estaría orgulloso de vos ahora.

—No, me diría que soy un estúpido. Quizás me cantarían la canción Héroe del Whisky.

—Sí, temón. Alguien que la ponga o la toque, por favor. Traigan a aquel que está con la guitarrita.

La ronda se abrió, invitaron al instrumentista con la oferta de faso y bebidas gratis. Entre el grupo de oyentes había dos chicas abrazadas. Eran Pato y Nayla. Al Hueso lo recorrió un espasmo por todo el cuerpo. Las saludó con un cabeceo y levantó la birra. Pato le dio la espalda sin ocultar su desencanto y su borrachera. El guitarrista acomodó los dedos en los trastes y cumplió con el pedido de su público. Se sabía el punteo al detalle. Empezaron a hacer pogo, se armaron parejas de baile y otros lo paseaban en alzas al Vasco. El Hueso se acercó a Nayla y le ofreció un trago de birra.

—¿Sabés qué le dijo el betún al zapato? —Nayla torció la cabeza y lo miró sin entender—. Vamos a brillar mi amor.

Ella se tentó y le salió un poco de cerveza por la nariz, que se limpió con la manga del buzo.

—Muy malo.

—Pero te hice reír.

—Prefiero otro tipo de humor —dijo seria.

—Entonces, pruebo con esa frase que dice *andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos*.

Nayla se alegró de escuchar las líneas de Rayuela.

—Esa está mejor. Te hago una pregunta, hay una respuesta correcta y otra incorrecta, que lo cambia todo. ¿Sos un cronopio o un fama?

—Soy un cronopio en búsqueda de su flor.

—Bien, aprobado. Podemos seguir hablando entonces. ¿Ese que llevan en andas es tu amigo?

—Sí, el Vasco. Creo que acaba de batir el récord de litros de whisky por segundo.

—Tiene una cara de limón.

—Esas ojeras no se hacen en una noche. Una vez leí que, en el mundo de lo legal, el héroe es el más saludable. Pero en el mundo de los rotos, la gloria es para el más destruido.

—Bastante acertado.

—Este nuevo encuentro ya es algo más que casualidad, ¿no te parece?

—La verdad que sí. Mucha casualidad o mucha mala leche. Depende —dijo Nayla.

—¿Depende de qué?

—Si nos despedimos bien o termino denunciándote.

—Sería incapaz de hacerte algo malo.

—Nunca se sabe lo que uno es capaz o incapaz de hacer. Ya te zarpaste en el recital.

—¿Cuándo?

—Cuando me tiraste la boca.

Pato miró de reojo con mala cara y se fue con otras chicas del colectivo.

—Perdón, pensé que había onda.

—Pensaste mal. Mejor andá con tus amigos. Disfrutá la noche con ellos.

—Desde el viernes que estoy de caravana con ellos. Y mañana tengo todo el día también.

—Ah, cierto, el viernes nos vimos. ¿Y me dijiste cuál es tu canción favorita?

—En el momento no, pero cuando te crucé esta tarde te la dije: El Blues de la Libertad.

—Temazo. ¿Por qué ese?

—Porque me dijiste que elija una sola, aunque sabemos que eso es imposible. Esa canción me parece fabulosa, tiene un teclado que suena bárbaro, los vientos, la letra es genial. No es una oda a la libertad, es más bien una crítica, una reflexión. Te avisa que la libertad es un arma de doble filo. Dice que es fanática, que por ella hay mucho hermano muerto o amigo enloquecido. “Ese grito que no es todo el grito”: me parece una frase ambigua y hermosa, me suena a que el grito total no existe y que la libertad absoluta es un grito inalcanzable. El tema arranca como un blues medio bajón y sube, se libera como un loco que se saca la camisa de fuerza. Algo va a pasar con la canción, pero no sabes bien qué ni cuándo. Llega a una zona de máxima tensión y vuelve a bajar. Juega con las emociones del oyente. Me parece una canción muy laburada, muy compleja.

—¿Te gusta lo complejo entonces?

—No. A veces, algo sencillo es mejor y más profundo. La clave está en que te conmueva. Y de esa canción me pega todo.

—¿Qué te imaginas cuando la escuchas?

—Como un antro o un cabaret descuidado. Luces tenues, un escenario de madera en un rincón, hay una barra, un viejo sirve bebidas con un repasador sobre un hombro, pocos clientes: fumadores, ahogando penas y sueños. Alguno duerme sobre una mesa. Una banda toca en ese escenario chiquito y oscuro. Son tipos rudos, desalineados. Y cuando despegas la canción, arranca la onda de cabaret y se meten unas minas con plumas, tacos y portaligas negros, balanceando las cinturas y sacudiendo las piernas —el Hueso gesticulaba con todo el cuerpo—. Una se destaca por sobre el resto, es un cisne negro, hace bailes sensuales sobre los músicos, les pasa las plumas y una cola de zorro por los cuerpos y las caras. Cuando la música termina, las minas y la banda se van y cada uno a su botella y a su película de nuevo.

—Buau, cuántas cosas se te ocurrieron con una canción.

—¿Viste? Es increíble todo lo que genera la música. Mira cómo estamos todos por acá: hipnotizados por un loco con una guitarra. Llevamos la música en la sangre. Hace poco vi un video en Youtube de unas células del oído interno, que se mueven al ritmo de la música. Es increíble. Si querés te paso mi celular y te mando el link.

—Buena jugada, pero no va a pasar —dijo Nayla y negó con el índice en alto.

—¿No me vas a dar tu número?

—No, ni te voy a invitar a Avellaneda a dártela de enamorado.

El Hueso se rio, aunque le dolió el revés.

—No te preocupes, no voy a seguirte a ningún lado. Yo vivo en La Plata.

—¿Y qué hacés en La Plata?

—Estudio arquitectura.

—Te notaba un olor familiar. Mi viejo es maestro mayor de obra.

El Hueso abrió los ojos y confesó:

—El maestro mayor de obra es el cuco de los arquitectos. Sabe, opina y ejecuta los planos que uno diseña. Manejan la cuadrilla de albañiles y puede ponerte a los dueños de la casa en tu contra.

—No debería intimidarte. Tendrías que verlo como un socio, o como alguien que te complementa.

—Eso trato, pero no siempre es tan ideal la relación. Muchas veces es algo más tenso.

—Qué lástima. Yo siempre los vi como colegas: el arquitecto como un clínico que hace los diagnósticos y los maestros mayores como cirujanos que operan la casa. Mi viejo dice que dios no hizo el mundo, que lo hicieron los albañiles.

—Muy buena frase —dijo el Hueso aplaudiendo—. Ya me cae bien el suegro.

Nayla se tentó.

—Ni en tus sueños, pibe.

—En mis sueños puedo soñar lo que quiera. ¿Y vos qué haces de tu vida?

—Soy terapeuta ocupacional.

—Mirá vos. No tenías pinta de alguien que se preocupa por la salud de los demás.

—Me cago en tu prejuicio. Me gusta lo que hago y lo hago bien. ¿Vos ya estás recibido?

—Todavía no. Me faltan unas materias.

—Sí, tenías pinta de estudiante crónico —dijo ella y él se rio.

—En unos meses me recibo. Igual, ya participo de obras particulares y de viviendas sociales que es una gestión entre la muni y una cooperativa. Y de noche trabajo en una pizzería. Aunque no creo volver ahí. Mi jefe no me quiso dar el finde para venir al recital y acá me ves.

—Qué bajón. Ojalá tu jefe recapacite.

—No creo. También hay un quilombo de guita de por medio. Sería genial conseguir albañiles para avanzar con una casa esta semana y que la muni me gire algo de plata.

Pato se acercó a Nayla tambaleándose. Se apoyó contra su hombro, le dijo un secreto, se rieron y la besó. Tomó un trago de cerveza y siguió bailando con el resto de la tribu.

—¿Hace mucho que salen?

—Hace más de un año que curtimos. Compartimos eso de que nadie es de nadie.

—¿Y tu viejo qué opina? El ambiente de la construcción suele ser bastante retrógrado.

—Al principio a mis viejos no les gustó nada. Al tiempo les cayó la ficha de que esa era mi elección y todo bien. Pero varias amigas y familiares dejaron de hablarme por mi elección.

—No se le puede caer bien a todo el mundo. Charly dice que cada cual tiene un trip en el bocho, difícil que lleguemos a ponernos de acuerdo.

—Sabias palabras. Se nota que te gusta mucho la música.

—Sí, me encanta. El rock nacional es mi escuela.

—¿Tocas algún instrumento?

—Intento tocar la guitarra.

—¿Haces canciones o covers?

—Un poco de las dos. Prefiero crear música antes que descifrar lo que hizo otro. Al sacar una canción pierde la magia. Es como cuando un mago devela sus trucos. La cagada es que por eso, sé muy pocas canciones populares. Y si agarro la guitarra en una juntada no sé qué tocar.

—Tocá alguna de tus canciones.

—La gente quiere escuchar algo que le suene conocido. Además, me da terror tocar algo mío delante de los demás.

—Porque estás muy pendiente del qué dirán. Hay otra vida después de animarse. Lo importante es que te saques las ganas de tocar. Que el afuera se entere de tu adentro. Sino para qué hacen su arte los artistas.

—Puede ser, tiene algo de catarsis. No me sale la típica música comercial. Es una onda más espiritual. Siento que hacer una canción es como hacer una casa: los planos y las paredes son los acordes, el interior es la melodía. Lo que se genera en ese espacio es lo que se escucha después.

—¿Tocas en alguna banda?

—No. Siento que me falta todavía.

—La mejor forma de aprender es con una banda. Tenés que saberte las canciones de esa banda y listo. Consigo una guitarra y te tocas algo, ¿dale?

—No, paso. Estoy muy loco ahora, no siento ni los dedos. Y no paro de temblar al lado tuyo.

—Ah, que cursi. ¿O te doy frío?

—No. Es una electricidad rara. Linda.

—Hagamos un juego: traigo la guitarra y te inventas una canción. Si me gusta, te doy un premio.

—¿Qué? Estás flashando. ¿Qué premio?

—No puedo decirle señor, es sorpresa.

—Naaa, dale.

—Te lo juro. Hay un premio sorpresa esperando al que componga mi primera canción.

—¿Nadie te escribió nunca nada a vos? No te creo.

—Posta —dijo Nayla y puso el índice en vertical y en horizontal sobre la boca varias veces.

—Qué desperdicio de musa.

—¿Te animas o no te la bancas?

—Otro día, hoy estoy más para bailar un rato.

—Si tu vida dependiera de que me hagas una canción: ¿qué acordes pondrías? ¿Qué género sería?

El Hueso colgó la mirada en las copas de los árboles.

—Depende la intención del tema. Capaz un bolero o una milonguita o una bossa. Si fuera con ánimos de levantarte, sería con acordes mayores, son más alegres. Si fuera más

nostálgica, usaría acordes menores. Si pienso en si me vas a dejar tocarte una teta o no, pondría acordes con séptimas para generar más tensión.

—¿Viste? Ya casi la tenés lista. Te traigo la guitarra, me voy al baño, veo como está Pato y vuelvo a ver que te salió.

—¿Quién te pensás que soy? ¿Gardel y Lepera? No puedo escribir una canción en un mes, ¿y querés que haga una en un rato?

Nayla le pidió la guitarra a un amigo del colectivo y se la alcanzó al Hueso envuelta en la funda.

—Tomá tu compañera, cuidála. Te tengo fe. Y no te olvides del premio sorpresa.

El Hueso quedó como la estatua de un payador. Buscó con la mirada a sus amigos y no los encontró. Le mandó un mensaje a Pomelo para ver dónde estaban y le pidió la ubicación de su casa. Se alejó de la música fuerte y se sentó sobre uno de los bancos de cemento. Abrió una aplicación para afinar la guitarra y grabar pistas. Sentía calor a pesar del frío de la madrugada. Se puso a practicar rasguidos y a pensar frases.

17

El Vasco, Pomelo, el Comandante y el Tío Hofmann armaron otro fernet y se lo pasaban de mano en mano entre los fogones del Parque Bicentenario junto con el grupo del Chupa y unas chicas que habían conocido. Todos eran parte de la gran tribu. Bailaban, fumaban y sacaban a relucir relatos de otros recitales, anécdotas ricoterías y hazañas de viajes.

El Vasco aplastó la botella de plástico de la Coca y se puso a hacer jueguitos. Hizo varios sin que se le caiga. Era habilidoso, pero el entrenamiento no era su fuerte. La pateó un par de veces y corrió detrás de la botella.

—Arranca por la derecha el genio del futbol mundial. Deja ingleses en el camino, siempre con la pelota pegada al pie, la lleva, sigue, barrilete cósmico, de qué planeta viniste, se mete en el área, tatatatata —perfiló su cuerpo, pateó y la botella pasó por debajo de un banco de cemento—, goooool, goooool, Diegooooool —saltó y festejó con el brazo en alto. Después puso las rodillas en la tierra y se besó el buzo—. Gracias Dios por el fútbol, por Maradona, por estas lágrimas, por este Argentina 2 – Inglaterra 0 —dijo con voz sentida. Todos le festejaron el relato. Se armó un coro espontáneo que repetía Diegooo, Diegooo.

—No sé cómo pueden bancar a ese gordo abusador —dijo una de las chicas.

El Vasco interrumpió su acto y giró la cabeza en dirección a la voz. Otra amiga acotó:

—Ese negro cabeza le pega a la novia y tiene un montón de hijos sin reconocer.

El Vasco se acercó a las denunciantes y les respondió:

—Ese negro cabeza nos sacó campeón del mundo y es la persona que más alegrías le dio al pueblo argentino en los últimos treinta años.

—Habrás sido bueno como deportista, como persona un desastre. Muy mal ejemplo.

—Él nunca quiso ser ejemplo de nada —aclaró el Vasco.

—Si sos alguien tan famoso, sos un modelo para millones de pibes. Sobre todo para los que sueñan jugar al futbol como él.

—Y ese mundial lo ganamos porque estaba drogado —agregó la amiga.

El Vasco se rio exageradamente.

—¿Qué diario leíste, nena? No se drogó en ese mundial. Y si lo hacía, no sacaba ventaja, al contrario. Imaginate si hubiese dormido y comido bien toda su vida desde chico en la villa.

—Muchos salieron de villas y no por eso hicieron lo mismo que él.

—No lo digo como excusa, digo que es una realidad, es parte de su historia personal.

—Y por eso le justifican que maltrate a su pareja, que abuse de menores. Si fuera otro jugador, le harían un escrache, pero como es Maradona nadie dice nada.

—¿Nadie dice nada? Vos estas diciendo algo ahora, acá. Tirando mierda en el medio de esta fiesta ricotera a nuestro máximo ídolo. El Diego es humano, y una persona con una adicción, pero nunca fue mala leche. Siempre tuvo los pies en el barro, y en todos lados nos conocen gracias a lo que él hizo como deportista. No hay un momento más perfecto para los argentinos que el partido del Diego contra los ingleses.

—Yo no le debo nada —dijo la chica.

—Él tampoco te debe nada a vos —retrucó el Vasco.

Pomelo se reía, tomaba fernet y acotaba:

—Y Pelé debutó con un pibe. Y le pega a la jermu.

—Bueno, calmáte loco, seguro sos igual de machirulo que él —dijo una de las chicas al Vasco.

—No me rompan las bolas y al Diego dejenlo tranquilo que ya bastante hizo por este país.

—¿Ves cómo te sale el violento de adentro? Mientras esos personajes nefastos sean tus ídolos no podés deconstruir nada.

El Vasco y Pomelo se tentaron mientras se pasaban el fernet.

—¿A quién te comiste? ¿A Simone de Beauvoir? Ojo con tanto panfleto, a ver si se les da vuelta la torta y quedan culo pa arriba.

—Qué decís gil, rajá de acá con tu odio y andá acostumbrándote a nosotras y a nuestros manifiestos, porque el futuro ya llegó y es nuestro.

El Vasco la aplaudió y asintió con la cabeza.

—Toda moneda tiene sus dos caras. Te aviso algo: el feminismo nació de una mente masculina.

Las amigas se miraron y se rieron.

—Sí, así como escucharon. Los hombres las alentamos a salir de las cocinas, libres de culpas para que sean menos mojigatas y vayan directo a los bifés. Ahora arman todo un bardo con el asunto de los apellidos. Que lleven los de la madre —dijo con voz aguda y haciendo muecas— y se olvidan que sus propios apellidos son los que les puso su papá.

—Eso es algo que va a cambiar. Lo que jode es no poder elegir.

—Sí, seguí soñando con el mundo ideal de las tijeretas.

—No se puede hablar con gorilas. Por suerte cada vez hay menos como vos.

El Vasco se agachó y empezó a imitar los gestos de un mono y a golpearse el pecho. Pomelo se rio y el Comandante le pidió que la corte. El grupo de chicas juntó sus cosas y se fue.

—¡Háganse culear! —les gritó el Vasco.

—Qué pajero que sos —le dijo el Comandante.

—Corrección: si fuera pajero, les diría que sí a todo. Como me chupan bien un huevo, les digo lo que se me canta. Y si me barden al Diego, las recontra bardeo.

—Pero nosotros estamos acá con vos y nos haces quedar como el culo.

—¿Qué te calientan esas minas? si estás más casado que nadie.

—Qué importa, me gusta hablar con ellas, se dan otras charlas, se aprenden otras cosas.

—Sí, recetas de cocina y como desinfectar un baño —dijo el Vasco y se tentó.

—Qué básico que sos. Te pegó mal el whisky —dijo el Comandante negando con la cabeza.

—No lo nombres que me duele el hígado. Estoy jodiendo nomás, relajá macho feminista.

—Al menos soy respetuoso con lo que hacen las mujeres para tener una sociedad mejor.

—La mediocridad para algunos es normal, la locura es poder ver más allá —cantó el Vasco caminando entre los bancos y pateando otra botella.

—¿Crees que vos ves más que nosotros?

—No, pero algunos árboles no nacen para ser bonsái. Y canto porque me dieron ganas de cantar. Porque soy un hombre blanco y con plata en una sociedad machista, racista y capitalista. El que tenga problemas con eso, que se siente a esperar.

—Me parece que tanta frula te está cagando las neuronas.

—No, según la chica me hace mejor deportista —se rio y siguió haciendo equilibrio entre los bancos como Jim Morrison sobre el cordón—. Hablaste de frula y me diste ganas de tirotearme con la Ricarda —sacó del jean la bolsita y una tarjeta del banco Provincia. Metió de forma oblicua la tarjeta, cargó lo que quedaba, aspiró varias veces y después tosió—. ¿Por qué será tan rica? ¿Ninguno tiene una punta por acá para peinar un poco más? —Los demás negaron— Qué manga de inservibles, no sé qué hago con ustedes. Tendría que tener mi propio ejército de gorilas— guardó la tarjeta, tiró la bolsita y volvió a saltar entre los bancos.

—Bajá de ahí Vasco, te vas a romper la cabeza—le advirtió el Comandante.

El Vasco volvió sobre el nivel del mar y pateó otra botella cantando:

—Y sigue el Diego, el mejor en lo suyo, si vos lo fueras no habría tanto yuyo. Cuando se caigan a pedazos las paredes de esta gran ciudad, cuando no queden en el aire más cenizas de lo que será. ¿Qué seraaa? —pateó y se fue hacia donde estaba el Chupa.

—Cada día está más boludo este —dijo el Comandante.

—No le des bola. Mañana se le pasa —respondió Pomelo—. Che yo estoy matado, ¿si arrancamos? Tenemos una caminata larga todavía y acá ya murió la joda.

—Yo con el viaje y el recital también quedé liquidado —comentó el Tío Hofmann.

—¿Y qué hacemos con el Vasco y el Hueso? —preguntó el Comandante— El Vasco no se vuelve ni a palos. Está muy arriba todavía. Y el Hueso está con la flaca esa.

—Les mando la dirección de mis viejos y que se vuelvan cuándo quieran.

Le propusieron al Vasco ir para la casa, pero no les dio bola. Le explicaron cómo volver y le mandaron la dirección al celular. No encontraron al Hueso y también le mandaron la ubicación.

Pomelo, el Comandante y el Tío Hofmann caminaron esquivando carpas, autos, fogones que desprendían luciérnagas de leña y perros lamiendo parrillas. Cruzaron por un puente sobre el arroyo Tapalqué. Peces de plástico flotaban por la superficie. Volvió la señal y entraron mensajes en los celulares de los hermanos. Su mamá preguntaba cómo estaban. Sofía también había escrito al Comandante. Estaban preocupadas.

—Dicen que hubo un par de muertos en el recital —contó el Comandante.

—Qué bolaseros que son los medios —dijo Pablo.

—Capaz que alguno de los rotos de adelante la quedó —dijo Pomelo.

—Uh, alto bardo se le viene al Indio. Si se murió uno, no toca más —opinó el Comandante.

—Es que estaba todo explotado, pero fue tranquilo. No tuvimos un drama en toda la noche —dijo su hermano.

El celular del Comandante volvió a sonar: esta vez era un audio del papá de Sofí. Se había enterado de los problemas con el auto y le dijo de todo. Estuvo a punto de revolear el celular al arroyo.

—¡La concha de la lora! Qué viejo hijo de yuta —gritó y los otros dos lo miraron de costado. Le preguntaron qué pasaba y contó lo de los mensajes.

—Qué boluda Sofi, ¿para qué mierda abrió la boca? —dijo Pomelo.

—Nunca más aparezco por la casa de ese viejo facho. Voy a tener que buscar un mecánico urgente. Solo espero que no salga muy caro. Ya sabía que venir en su auto iba a ser para peleas. Pero Sofi me dijo que no le contaba nada a sus viejos. Todavía no volví y ya saben todo.

—Si necesitás guita, avisá y te transfiero. Me la devolvés cuando puedas —le dijo su hermano y le avisó que ya le había respondido a su mamá para que no joda más.

—No es tan manija. Dejá de tirarle palos todo el tiempo.

—¿Quién sos? ¿Su abogado? Vos porque no te la fumas a diario.

—No la defiendo, pero al vivir en otra ciudad veo las cosas con cierta distancia.

—Desde lejos no se ve, dicen Los Piojos.

—¿Qué querés que haga? Hasta que me reciba, sigo en La Plata. Y después no tengo nada asegurado, capaz termino en un taxi. En cambio, vos tenés laburo asegurado con la fábrica de pastas. Se levanta buena guita ahí.

—Si te parece tan bueno, andá a ensuciarte vos con harina. Te olvidás que yo también estudiaba en La Plata y me volví cuando se complicaron las cosas.

—Podes volver a estudiar. Si no te hace feliz, vendé todo.

—Si yo quisiera vender el lugar, mamá se opondría por una cuestión romántica.

—Tampoco da laburar a medias o delirarse la guita del negocio.

—Quedáte tranquilo que la fábrica no se va a fundir. Seré un cachivache, pero no soy boludo.

—Me alegro. A veces está bueno agradecer todo lo que nos dejó el viejo.

—No te hagas el moralista ahora por que nunca te importó ni la fábrica ni papá. El viejo tenía metástasis por todos lados y vos seguías con la militancia y dando exámenes como si nada.

—¿Como si nada? ¿Sabés lo difícil que era estudiar con esa angustia? No aflojaba porque papá me decía que estaba bien, que no fuera.

—El viejo se babeaba por su hijo casi arquitecto. A todo el mundo le decía que iba a ampliar la fábrica con unos planos tuyos. Pero también quería verte, despedirse de vos.

—Yo también me quedé con la espina de no poder despedirme de él. Cosas de la vida.

—Papá no tuvo un accidente. Estuvo internado varios días en la clínica. Te dijimos que estaba muy grave y no apareciste. Ni para despedirte ni para darnos una mano con todo el quilombo de trámites. Te fuiste a una marcha de la memoria.

—Es una marcha muy importante para todo el país.

—¿Más importante que la muerte de tu viejo? Vos te preocupas por guerras pasadas y te olvidas que en tu familia hay batallas todos los días. El último día, el viejo no dejaba de preguntar por vos. Le dijimos que tenías un final y por eso no podías ir. Imaginate si le decíamos lo de la marcha. ¿Sabes cuáles fueron sus últimas palabras?

—Sí, preguntó cómo me había ido en el examen.

—Eso es lo que te contó mamá. Lo que dijo fue ojalá hubiese rendido otro día así le daba un abrazo.

—¿Vos qué sabes? —dijo el Comandante haciendo un montoncito con la mano.

—Yo estaba ahí, pendejo —respondió su hermano y se golpeó el pecho con el índice—.

Y le respondí no te preocupes, hoy rinde bien y mañana viene a festejar con vos.

—Pensé que papá estaba feliz de que avance en la carrera.

—Claro que sí boludo, pero también quería verte. Aunque sea una vez más.

No dijeron nada más y respondieron los mensajes en sus celulares. La mamá les mandó un audio a los dos y Pablo lo reprodujo en altavoz:

—Hola chicos, cómo están. Bueno, me alegro muchísimo que estén bien, estaba muy angustiada, en la tele están diciendo cualquier barbaridad. Avisenme cuando lleguen a la casa de su amigo. No discutan con nadie, por favor, que deben estar todos medios borrachos. Mañana los llamo para hablar. Ahora que sé que están bien, nos vamos a acostar más tranquilos. Besos para los dos, los quiero mucho, cuidensé. (saludos, gritó una voz masculina más distante al micrófono del celular).

El audio terminó justo después de eso. El Comandante frunció el ceño y se giró hacia su hermano.

—¿Quién mandó saludos al final?

Pablo siguió caminando con la mirada en el piso y no respondió. El Comandante lo agarró del hombro y lo frenó.

—Eu, pará: ¿quién es el que mandó saludos?

Su hermano respiró profundo y respondió:

—Pensábamos contarte cuando fueras de visita y que lo conozcas personalmente. Se llama Eduardo, es el novio de mamá.

El Comandante se lo tomó en chiste, hasta que vio serio al otro y se le apagó la sonrisa.

—¿Vos me estás jodiendo? ¿Cómo que la vieja tiene novio? ¿Por qué no me dijeron?

Pero el cuerpo de papá todavía está tibio.

—Cortála con eso. A la vieja le hace bien y listo, eso es lo que importa. Es un buen tipo, se conocían desde chicos. Mamá había salido un tiempo con él antes de conocer a papá.

—¿Qué? No, no, creo que necesito sentarme un poco, son muchas trompadas juntas

—dijo el Comandante apoyándose contra la pared de una casa y bajó de a poco a la vereda. Su hermano lo ayudó a aterrizar.

—Lo que vos necesitás es un buen faso —le propuso Pomelo.

—No me jodas con esa boludez ahora.

—De verdad, te va a relajar.

El Comandante lo miró de reojo. Pomelo sacó una tuca grande, la prendió, dio una pitada y se la pasó a su amigo. La agarró con la mano izquierda, miró el cigarro armado unos segundos y a sus acompañantes. Pablo asintió con la cabeza.

—Son muchos meses sin fumar... pero creo que la revolución puede esperar un día más

—se llevó el faso a la boca y aspiró profundo hasta que le dio un ataque de tos. Tosió varias veces y empezó a reírse. Se tentó y no podía parar. Pomelo y Pablo se contagiaron de su risa.

—Así que la vieja tiene novio, la vieja tiene novio, la vieja sale con Eduardo —repitió riendo y procesó la imagen de su mamá con otro hombre—. Ahora quiero conocer a ese tal Eduardo. ¿Es un viejo facho?

—No. Es un laburante, la cuida a mamá y a ella se la ve feliz, renovada.

—Más le vale que la cuide —dijo serio el Comandante y se volvió a tentar.

Reía apoyado contra la pared y, de repente, la cara se le cayó y pasó de la carcajada al llanto. Pateó el suelo y se tapó la cara. Pomelo miró a Pablo y éste le respondió alzando los hombros. Se acercó a su hermano y le puso una mano en un hombro.

—Tranquilo, respirá. ¿Qué pasó?

—¿Cómo qué pasó? De todo pasó, la vida entera pasó —dijo el Comandante mostrando su cara desencajada—. Mamá tiene una nueva vida y yo ni enterado. Papá tampoco está para ver eso. Papá no está más para nada. Ni para abrazarme y felicitarme cuando me reciba, ni para ampliar su fábrica de pastas ni para jugar con los hijos que puedo tener algún día. El viejo se murió y yo me fui a una marcha, ¡a una marcha! ¿se puede ser tan pajero? Todo porque estaba caliente con una minita de una agrupación y me invitó a ir a Buenos Aires en su auto. Qué imbécil.

—Bueno, bro, tranquilo, ya está.

—¿Te la cogiste al menos? —quiso saber Pomelo.

—¡Ni siquiera! Histeriqueamos todo el viaje y cuando se enteró que estaba en pareja me dio un discurso de sororidad y no le toqué ni un pelo. Y me acuerdo que en la marcha pensé en papá, como que sentí algo y me dije que apenas volviera al departamento iba a sacar un pasaje para ir a verlo. Pero, al final, mamá me llamó antes.

El Comandante derramó lágrimas y aspiró mocos, con la cara roja y húmeda.

—Ya está loco, no te tortures. Si sabías que papá se moría ese día, seguro hubieses viajado.

La persiana de la casa se abrió de golpe y una voz de mujer gritó desde atrás de la ventana:

—¡Vayansé o llamo a la policía!

El Comandante se paró de golpe y le respondió:

—¿Qué te pasa, vieja ortiva? Andá a dormir que la calle es pública.

—Estoy llamando a la policía —amenazó la voz y la luz de un celular iluminó la cortina.

—No estamos haciendo nada malo.

—Vamos, vamos —dijo Pablo arreando a su hermano que quería seguir con la discusión.

Pomelo se puso a mear el árbol frente a la casa, se reía y miraba hacia la ventana.

— Le riego el arbolito, doña.

—¡Los policías son las mascotas del capitalismo! —gritó el Comandante y se fueron corriendo.

18

Nayla se acercó al Hueso por detrás con una lata de cerveza en la mano.

—Bueno, señor, se le acabó el tiempo.

—¿Ya? No pude hacer nada.

—Mmm, no te creo. Ahí en el celular te vi unos versos. Te traje una birra para que te humedezcas la garganta.

—Es muy poco lo que armé. No sé ni como suena — dijo y tomó un trago

—Tocá hasta donde tengas. Te di bocha de tiempo.

—¿Bocha? Esperá que acomodo unas frases, repaso algo y que sea lo que sea.

Nayla se sentó delante y cruzó las piernas. El Hueso probó la estructura de acordes, ajustó unas clavijas y respiró profundo.

RE – MI – LA – LA7

*no sé qué me pasa, cierro los ojos y veo tu cara
me chocaste los planetas, me volaste la cabeza
tu risa me ilumina, tu baile me engualicha
quiero que me sientas y lamerte como a una seda*

LAm – LAm maj7 – LAm7 – LAm6

*pero si no te rescatas de lo que siento, si este deseo se hace viento
si nuestras bocas no riman, si las mariposas se hacen polillas
si despierto y se termina el hechizo, si hoy es el adiós definitivo*

RE – MI – LA – LA7

*nadie me quita lo bailado con vos
nadie me quita lo que siento por vos
nadie me quita este recital con vos
nadie me quita... nada*

Nayla aplaudió y sonrió ruborizada.

El Hueso secó la transpiración de la frente con la manga del buzo y tomó un trago de cerveza.

—Muy bien, te felicito, cumpliste con el objetivo.

—Muchas gracias. ¿Y mi premio sorpresa?

—En realidad el premio era solo si me gustaba la canción.

—¿Y no te gustó?

—No tanto como para alcanzar el premio —dijo ella negando con la cabeza.

—¿Qué? ¿Hice todo esto para nada?

—Qué interesado, che. El premio era un truco en realidad, era para que te des cuenta de que sos capaz de hacer una canción en un rato y que hay gente que le interesa escuchar lo que haces.

—No sabía que esto era una clase de coaching.

—Te hice un favor, créeme. Y la canción fue linda, pero me han compuesto mejores.

—¿No era que nadie te había compuesto nada?

—Te mentí, los hombres hacen cualquier cosa para ponerla. Un chico con el que salí me dedicó casi un disco entero. Cantaba en una banda, se llamaban Los Orujo. Las primeras canciones eran para seducirme, las últimas eran lamentos de borracho despechado.

—¿Y vos nunca hiciste de todo para que alguien guste de vos?

—Sí, claro, como cualquiera. De piba. Ahora no me arrastro por nadie.

—Yo creía lo mismo, pero nunca se saben las vueltas de la vida.

—Vas a tener que probar con otra chica, yo ya tengo la mía. Además, ustedes no entienden de sexo. A los hombres lo que les gusta es el porno.

—¿Y el porno no es sexo? —preguntó el Hueso.

—No, el porno es un mercado para los hombres.

—¿Y el sexo no es una especie de mercado? Todo cuerpo es una vidriera. Dice un escritor francés que el sexo es un sistema de jerarquía social, que las relaciones son catapultas a una mejor calidad de vida.

—Es mucho más que eso. El sexo es salud. Pero salud en el sentido global como un estado de bienestar biológico, mental y espiritual. Una pareja debería mejorarnos en todos esos aspectos.

—Me parece que eso es pedirle mucho a una pareja. Cada uno tiene que cuidarse solo.

—A cada pájaro, su jaula —dijo Nayla.

—A cada pájaro su nido suena mejor.

—No, eso corre para los mambos familiares. Con las parejas es diferente: hay personas que son pájaros y otras que son jaulas.

—No conocía esa teoría. ¿Y yo que te parezco que soy?

—Pájaro, sin dudas. No tenés pinta de jaula.

—Gracias por el piropo —dijo el Hueso y le pasó la lata de cerveza.

—De nada. Igual no seas prejuicioso, todes podemos ser las dos cosas según en la situación que estemos. Algunes se enamoran de sus jaulas y está bien. Una jaula también puede ser un hogar, un refugio que protege del afuera.

—Una jaula sirve para encerrar cosas o seres. Por mí, cuanto menos barrotes y candados mejor.

—Una jaula puede no tener barrotes ni paredes. El mundo es una gran jaula. Necesitamos desarmar esa imagen carcelaria para habitar mejor las propias jaulas que nos creamos. También hay que deconstruir la palabra pájaro. Hay pájaros que no vuelan como los pingüinos o como los avestruces. Y algunas personas son unos pavos reales. Literal.

El Hueso se rio de la analogía y agregó:

—La vida es una cárcel con las puertas abiertas, dice Calamaro.

—No me digas que te gusta ese asesino de toros.

—Él no es torero, pero le gusta la movida de los toros como algo cultural. Todos tenemos nuestras contradicciones. Me parece que no le hace mal a nadie con sus canciones.

—Algunas están buenas, otras me parecen berretas o copias de temas viejos.

—Todo el mundo le roba a todo el mundo. ¿Quién no le robó a los Beatles?

—En realidad, sí me gusta Calamaro. Te jodía nomás.

—¿Para qué?

—Para ver qué decías —contestó ella alzando los hombros.

—¿Y para qué me provocás si no querés ni pasarme tu celular?

—A veces me dan ganas de pelearte —confesó Nayla.

—¿Vos decís que haríamos una buena pareja? —le preguntó él sonriendo.

—Paraaa, no te cebes, matelista. Te peleo porque somos competencia: a les dos nos gustan las chicas. ¿Sabes qué me jode de los músicos? Todos hacen canciones de amor, pero tratan como el orto a sus compañeras.

—Presentá tu reclamo en Sadaic.

—Uno de estos días voy a presentarles mi queja. Podés acompañarme y, de paso, registrás tu canción.

—¿Qué? Lo más probable es que mañana la borre. No me sirvió de nada. No gané ni un pico dulce.

—¿Estás loco? —dijo Nayla señalando su sien—. No la borres. Si querés mostrar tus obras, tenés que estar preparado para las críticas negativas y seguir a pesar de eso.

—Puede ser. Pero es difícil no escuchar lo que dice la gente.

—Tenés que cantar más fuerte y listo. ¿Sabes otra canción? ¿Algún cover?

—A esta hora tengo la memoria quemada.

—Dejá de quejarte y tocáte algo, dale, no seas ortiva.

—A ver si me acuerdo alguna...

El Hueso tiró unos acordes en la mano izquierda y unos rasguídos tímidos en la mano derecha. Hizo una intro y se largó a cantar. Nayla reconoció enseguida el ritmo de reggae y la letra de Niña de Tilcara. Se paró y empezó a bailarla, cantaba y contorneaba su

cuerpo. Bailó alrededor del Hueso y le rozaba la nuca y la espalda con sus manos. Cuando el Hueso terminó, lo aplaudió.

—Me encantó, te salió hermosa.

—Gracias, por suerte el Pity no es tan complejo con los acordes y tiene unas letras copadas.

—Sí, un grosso el Pity, lástima ese paco de mierda que lo desfiguró. ¿Sabés alguna de Virus?

—Mmm, que me acuerde ahora ninguna.

—Ay, venías bien, pero retrocediste casilleros. Vení, paráte —Nayla le dio la mano al Hueso y lo levantó—. Vamos a bailar uno de mis temas preferidos.

Activó el celular, apretó el ícono de Spotify y tecléo unas letras. Puso play y sonaron los acordes de Imágenes Paganas. Se abrazaron e improvisaron unos pasos.

—Temazo —dijo el Hueso y aprovechó a respirar de cerca el perfume del cuello de Nayla—. Muchos temas de Virus no los escribió Federico Moura. Los compuso un poeta que se llama Roberto Jacovy, un artista del palo del Instituto Di Tella.

—Estas arruinando el momento con tus chismes —dijo ella sin abrir los ojos.

Hubo un silencio incomodo y después se tentaron los dos.

—Un remolino mezcla, los besos y la ausencia. Imágenes paganas, se desnudan en sueños —cantó ella con un timbre de voz más suave que el del cantante de la banda.

—Cantas muy bien.

—Gracias, lo sé. Ah re.

Cuando terminó el tema, se miraron de cerca, sin dejar de abrazarse. El Hueso inclinó la cabeza hacia adelante y ella le puso el índice entre los labios.

—¿A dónde vas?

—A tu boca. ¿Cómo se hace para entrar ahí?

—Qué insistente que sos, eh. ¿Siempre sos así?

—Solo con lo que me gusta mucho.

—Sos más chamuyero.

—Pensá lo que quieras. No me importa. Yo sigo queriendo entrar.

—Ya te dije que me gustan las chicas.

—Está bien, pero, ¿no te gustaría jugar un rato conmigo?

—¿Jugar? ¿A qué? ¿A la escondida?

—Juguemos a la mancha y manchémonos juntos.

Nayla revoleó los ojos y mordió el aro del labio.

—Sos monotemático. Mejor vamos a devolver la guitarra.

Los fogones ya no eran tan poblados y la intensidad de la misa había mermado. Nayla entregó la viola y se acercó a Pato. Le dijo algo al oído y le dio un beso en la boca. Pato tenía un pedo notable y se colgó de Nayla con un abrazo. Miró de arriba abajo al Hueso, se llevó dos dedos casi hasta sus ojos, invirtió el sentido de la mano y lo señaló con los mismos dedos.

—No le des bola, está dada vuelta como una media. Seguíme —le dijo Nayla.

Se acercaron hasta una carpa iglú. Nayla abrió el cierre, prendió la luz del celular y se metió. Antes se sacó las zapatillas.

—Sacatelás vos también, no quiero que pises las bolsas de dormir. Guarda con la mochila.

El Hueso se sentó en el borde y se desató las zapatillas con una mezcla de entusiasmo y dudas.

—Lindo rancho eh. Rico perfume a faso.

—Sí, fumamos antes de ir al recital. Bueno, última prueba: tenés que elegir una canción.

—No sabía que había examen, señorita.

—Sí, examen sorpresa. Poné una de Los Redondos para escuchar ahora. Guarda con lo que elegís.

El Hueso agarró el celular y pensó un poco. Escribió un tema, pero se arrepintió, lo borró y escribió otro. Había poca señal y la canción tardó en arrancar. Sonó el comienzo de La Piba de Blockbuster y Nayla se sonrió y asintió.

—¿Aprobé?

—Está por verse. Usted se recuesta por acá y yo voy a pensar en otra tarea.

El Hueso se acostó boca arriba y puso la mochila de almohada. Nayla meneaba y metía las manos entre sus pelos. El aro de la nariz y el del labio brillaban en la penumbra. El Hueso disfrutaba del espectáculo.

—¿Qué te imaginás con esta canción?

—Ahora no puedo pensar en nada. Quiero mirarte y grabar todo en mi cabeza.

Nayla puso las rodillas a los costados del cuerpo del Hueso. Le apoyó una mano en la frente y la bajó por medio de la cara. Los labios se doblaron ante el peso de su índice. Siguió hacia el cuello, el pecho, la panza y la pelvis. La mano se topó con un bulto. Desabrochó el jean, bajó el cierre, agarró la pija y le empezó a hacer una paja.

—...silenciosos o muy sonoros, sus besos son suaves bendiciones. Su dedo me señaló, su lengua el dedo lamió y me llevó hasta el cielo...

El Hueso temblaba de placer. Le sacó el buzo, la remera y la calza a Nayla y se animó a manosear el cuerpo que tanto había deseado. Descubrió un piercing en el ombligo y tatuajes ocultos: una frase larga en el muslo, una copa con vino junto a una porción de pizza que chorreaba muzzarella en un gemelo y, en la espalda, tenía unas alas hechas

de flores. Le besó cada uno de los dibujos de su piel. Nayla frotó su concha sobre la pija. Subía y bajaba. Apoyó las manos sobre el pecho del Hueso y se movía a su antojo. Se arqueaba con jadeos acompasados. El Hueso sentía que el flujo caliente de ella lo mojaba. La agarró de los pelos y le metió su lengua en la boca, le mordió el labio y el aro.

Alguien vomitó afuera de la carpa, tropezó con una estaca, se cayó contra el iglú de nylon y casi aplasta a los amantes.

Nayla abrió un poco el cierre y vio el cuerpo de Pato junto a un lago de bilis y alcohol. Salió disparada y giró a su compañera para que no se ahogue con el vómito. Le pidió una mano al Hueso, que estaba casi desnudo y con la pija dura, y metieron a Pato en la carpa como si fuera una bolsa de papas. Pato balbuceaba palabras y lloraba. Volvió a vomitar y se tapó la boca, pero el vómito se le escurrió entre las manos y le manchó la ropa. Abrieron el cierre para que se ventile. Nayla sacó un rollo de papel higiénico, limpió todo con una mezcla de náuseas y asco y desvistió a Pato. Sus tetas eran más grandes y más caídas que las de Nayla, que sacó otra remera de la mochila y se la puso a su compañera.

—Estoy rota, me voy a dormir —dijo con voz lenta—. Si quieren garchen, pero no hagan ruido.

El Hueso y Nayla se miraron cómplices y se rieron. Ella cubrió a Pato con una campera y una parte de la bolsa de dormir.

—Qué inoportuna —dijo el Hueso mirando la espalda de la recién llegada.

—Todo pasa por algo —opinó Nayla y se volvió a poner el buzo.

—Bueno, yo parto —dijo el Hueso juntando su ropa.

—Si querés podés quedarte —le propuso Nayla.

—Gracias, pero no quiero joderlas.

—Si dormimos de costado les tres, entramos.

El Hueso dudó en qué hacer. Una parte de él creía que, si se quedaba, podía tener alguna chance de coger. Y esa idea le ganó a todas las demás.

Pato empezó a roncar. Antes de que Nayla se ponga de nuevo la calza, el Hueso le preguntó:

—¿Puedo ver qué dice esa frase? —ella se giró y él leyó el tatuaje en voz alta—. Puede alguien decirme: "Me voy a comer tu dolor" y repetirme: "Te voy a salvar esta noche".

Una frase fuerte para tatuarse. Muy buena. Me da curiosidad.

—Cosas del pasado.

El Hueso le acarició la pierna.

—Mirá que los redondos tienen frases. Te tatuaste justo esa. Espero que alguien te haya salvado.

—Por suerte hubo, y hay, muchas amigas. También aprendí a salvarme sola. Esa es la mejor parte.

—¿Da para un segundo round?

—No, y no insistas. Si te pinta, podés dormir acá, pero para coger ya pasó el momento.

Se vistieron y se durmieron en una especie de trencito de cucharas con Nayla en el medio. El Hueso se quedó con la sangre en el ojo, pero con la esperanza de cumplir su sueño al otro día.

19

Pomelo giró la llave en la cerradura y enseguida se prendió una luz adentro de su casa. Las perras ladraron y las mascotas de los vecinos respondieron con más ladridos. El

Comandante se chocó con un sillón y se tentó como un alumno en una clase. Pomelo lo calló. Mora apareció con la jeta trasnochada y abrazó a su hijo como si no lo viera hace siglos.

—Ay gracias dios mío, estás bien. ¿Están bien todos? ¿Por qué son menos? ¿No eran más?

—Hola má, ¿qué haces despierta a esta hora? Volvé a la cama.

—¿Qué cama? Estoy en el comedor hace horas. Dicen que hay un montón de muertos. Qué desastre dios mío. ¿Y tus amigos dónde están?

—Tranquila vieja, respirá un poco. Estamos todos bien. Uno se quedó con una chica y el otro se encontró con un grupo de amigos de La Plata.

Mario apareció con cara de dormido y despeinado.

—Por fin llegan. ¿Qué mierda pasó?

—Nada, todo bien.

—¿Nada? La tele no dice lo mismo.

—La tele miente —respondió Pomelo.

—Esta vez no. Yo vi con mis propios ojos cómo está la ciudad: rebalsada de villeros y drogadictos. Podrías haber avisado algo. Estábamos preocupados. Te llamamos y te mandamos mensajes. No sé para qué mierda tienen esos telefonitos.

—Me quedé sin batería. Y de memoria no me acuerdo ningún teléfono.

En Crónica mostraban imágenes del recital y la placa roja informaba que había muertos en el recital del Indio Solari en Olavarría.

—Qué vergüenza. Ese chanta tendría que ir preso. Pero como siempre, los que tienen guita, zafan. Es un psicópata. Cómo van a permitir que vaya tanta gente a ese predio.

—El campo era infinito. Nosotros no vimos nada malo, ningún quilombo.

—¿Tienen hambre? Quedaron unas empanadas de la cena. ¿Quieren que las caliente?
¿Les avisaron a sus familias que están bien? Llamen desde acá si quieren.

Los tres aceptaron comer las empanadas frías.

—¿Mili duerme? —preguntó Pomelo con la boca llena.

—Sí, no se quería dormir, pero no aguantó más pobrecita. Por suerte no vio nada de los muertos sino se hubiese puesto como loca.

Pomelo agarró el control, hizo zapping. Los canales informaban con urgencia desde el lugar de los hechos. Todos coincidían en sembrar terror y criticar a la banda y a los organizadores.

—Ese pelado es un asesino. Como los de Callejeros, todos drogadictos irresponsables.

—Ningún músico quiere que le pase nada a su público. El Indio paró un par de veces para ayudar a los que estaban apretados —dijo el Comandante que saciaba su gula con una empanada de carne.

—Dicen que la guardia del hospital está repleta de heridos —dijo Mora.

—Qué chamuyeros que son. Fue un recital, no una guerra. Nosotros estuvimos ahí. No hubo bardo ni peleas ni represión. El periodismo amarillento vive de la mierda que vende. El problema es colgarse viendo esto y creer que son programas que informan.

—Ese indio es como el flautista de Hamelin: los encanta con su música y todos lo siguen atrás como ratas —opinó Mario.

—Bueno, creo que ya escuché demasiadas boludeces por hoy —dijo el Comandante—. Gracias por la empanada, me voy a acostar.

Pomelo fue al baño a cagar. Los hermanos se tiraron en los colchones y se sacaron las zapatillas.

—Que facho ese viejo, por favor —opinó el Comandante.

—Sí, muy bocón. Si me quedaba un poco más lo clavaba.

—Creo que estás más cerca de clavarte a la vieja que al viejo —le respondió y se rieron.

—Con lo roto que estoy, no me puedo clavar a nadie.

Pomelo entró a la pieza y comentó:

—Che, acabo de ver que murió uno de apellido Bulacio.

—¿Posta? ¿Será familiar del Walter o mucha mala coincidencia?

—No sé. Cualquiera de las dos, es un bajón.

El Vasco seguía escabiando con su otro grupo de amigos. Las charlas habían devenido en balbuceos y gritos incoherentes. Sintió que se quedaba sin nafta y le preguntó al Chupa si alguno tenía un poco más de fafafa.

—Ya se la esnifaron toda, hermano.

—Qué drogadictos del orto —dijo el Vasco y salió en búsqueda de un tiro más.

Caminó entre las carpas con su detector de duraznitos encendido. Tropezó con raíces de arboles y estacas y se chocaba a las personas sin pedir disculpas. Lo miraban mal y él seguía en la suya, con los ojos como limpiaparabrisas, buscando una señal en los zombis que quedaban de pie: el relieve de un maxilar apretado, alguna quijada en pose de máquina de escribir, algún ñoqui asomado desde una nariz. Reconoció al Momo apoyado sobre el capot de un auto y le preguntó dónde podía conseguir un poco. Le respondió que lo siga. El Vasco fue detrás del Momo hasta que se acercó a hablar con un tipo que se parecía al Carucha Müller. Le habló cerca del oído. El otro asintió.

—Andá con él, tranquilo, es de confianza.

El Vasco siguió al desconocido como si fuese su sombra. Se metieron en un Renault 12 color gris oxidado. Le pidió probar un poco para ver cuánto le compraba.

—Primero mostráme la guita.

El Vasco sacó del bolsillo un puñado de billetes arrugados. El otro sacó una bolsita de la guantera y la abrió con cuidado. Puso un poquito sobre el torpedo del auto y la peinó con una tarjeta. El Vasco hizo un cilindro con un billete de Roca. Puso un extremo en la nariz y el otro sobre el lagarto. Aspiró y la línea desapareció. Esnifó un par de veces más, sacudió la cabeza y apretó la mandíbula. Se pasó la lengua por los dientes.

—Rica la porquería esta. Te doy todo lo que tengo por un gramo.

—No te alcanza. Puede ser un tiro más —dijo y cerró la bolsa.

—Pero para che, no seas ortiva. ¿De dónde querés que saque guita a esta hora?

—No es mi problema. Si querés más, juntá la plata.

—No seas malo —el Vasco lo agarró de la muñeca—. Decime que necesitas y lo arreglamos.

—No tenés nada que me interese.

—Dale, no te hagas el rudo. Todos necesitamos cariño.

El Vasco le miró el bulto. El otro entendió la indirecta, negó con la cabeza y le dijo que se vaya.

—Dale, dejáme. Vos relajá y decime cómo te gusta.

El Vasco hizo caminar a dos de sus dedos desde la rodilla hacia el muslo del dealer, siguió hacia la pelvis y fue un poco hacia el centro del cuerpo. Masajeó un poco la zona y notó que algo crecía debajo del jean. Desabrochó el botón, bajó el cierre con cuidado, corrió el calzón y agarró una pija endurecida. El otro parecía incómodo, pero se dejaba tocar. Se bajó el calzón casi hasta las rodillas. Le puso una mano en la nuca y le empujó la cabeza hacia su ingle. El Vasco puso resistencia y corrió la cara. El otro insistió hasta que el Vasco sintió la humedad hedionda de los huevos y le mordió el escroto. El tipo

gritó y se retorció en su asiento. El Vasco agarró la bolsa, abrió la puerta y corrió gambeteando todo lo que se le cruzaba. El dealer quiso seguirlo, pero antes tuvo que subirse el pantalón. Empezaba a perderse entre la gente, pero tropezó, salió eyectado hacia adelante y golpeó la cabeza contra un banco de cemento. No pudo levantarse por el dolor y los mareos. Se tocó la frente y vio su mano manchada de sangre. Se rio. No paraba de reírse tirado en el piso. La cabeza le latía. Algunos se voltearon al escuchar esas risas desencajadas. El del Renault 12 llegó y lo pateó en el suelo. Le dio en la espalda y el Vasco se reía. Le pateó la panza y el Vasco se reía más. Le tiró un par de trompadas hasta notar que estaba casi desmayado. Pero no dejaba de sonreír y de escupir sangre. Otras personas gritaron y se acercaron.

—Este gil me quiso afanar —dijo el dealer, que agarró su bolsa, más la plata y el celular del Vasco y se fue, con el cierre del jean bajo.

El Vasco reaccionó de a poco sin poder levantarse del piso.

—¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda? —le preguntó uno que se acercó a verlo.

—No, estoy bien.

—¿Querés que llame a una ambulancia?

—No. Dejá de joder y circulá.

El Vasco se quedó solo, con el corazón y la cabeza a mil, sin poder levantarse. Se limpió la sangre de la cara con la manga del buzo. Vomitó una mezcla de sangre con whisky. Se recostó sobre el cemento del banco y prendió un cigarro.

—Al menos le saqué un tiro —dijo mientras fumaba y miraba el arroyo.

DOMINGO

20

A las ocho de la mañana, un escuadrón de patrulleros y ambulancias llegó al Parque del Bicentenario. Se dispuso un cordón de policías que levantó y confiscó todo lo que se encontraba en el camino: carpas, parrillas, basura, conservadoras y personas que dormían a la intemperie. El ejército de zombis no opuso resistencia y fueron escoltados lentamente hacia la terminal.

Un policía vio al Vasco y lo tocó varias veces con el garrote. Lo sacudió con una mano y no reaccionó. Dio aviso al personal médico que se acercó a constatar que tenía pulso y las pupilas reactivas. Evaluaron el corte en la cabeza. Le revisaron los bolsillos y encontraron solo un encendedor y un atado de Marlboro con cigarrillos y una tuca. Lo subieron en una ambulancia y lo llevaron al Hospital de Olavarría. Lo bajaron y lo pasearon en camilla hasta un consultorio de la guardia. Una enfermera con ojeras le ató un guante por arriba del codo y le buscó vena para ponerle un suero. Otra enfermera le controló la temperatura, la saturación de oxígeno y la presión arterial. A los minutos, entró un médico panzón con los pelos revueltos y los dientes color café. Se puso guantes, limpió la herida del Vasco con agua oxigenada y se quejó por tener que suturarlo. Después le abrió la boca con un bajalenguas y miró con una linterna. El Vasco hizo una arcada y vomitó.

—La concha de la lora, borrachos de mierda —dijo el doctor y revoleó el bajalenguas. Pidió una sonda nasogástrica para hacerle un lavado gástrico y le dijo a una enfermera que llame al de guardia de imágenes para hacerle una tomografía de cerebro—. No se puede trabajar así. Tendrían que haber puesto más refuerzos de guardia sabiendo la locura que iba a ser hoy.

El médico metió la sonda por la nariz. El Vasco tuvo más arcadas y se levantó de golpe. Una enfermera puso la palangana justo a tiempo. Una mezcla de bilis con alcohol, sangre y chorizo en descomposición quedó flotando.

—Ey, ¿qué hacen? Saquenmé esto —dijo el Vasco y manoteó el brazo del médico.

—Tranquilizáte pibe, quedáte quieto porque si no es peor para vos. Te estamos tratando de ayudar.

—No, no, me quema, sacálo, sacálo.

Quiso arrancarse el suero, pero una enfermera se le tiró encima y lo frenó a tiempo. Otra enfermera llamó al de seguridad que se sumó y le agarró las rodillas y las piernas.

—Sueltenmé, hijos de puta. Matasanos de mierda. Soltáme, forro.

El médico pidió que le pasen medicación para los vómitos y ansiolíticos. Una de las enfermeras soltó al Vasco y corrió a buscar las ampollas. Las rompió con apuro, aspiró con una aguja y pasó el contenido por la vía. De a poco, el Vasco dejó de sacudirse y de gritar. Sus músculos perdieron tensión y quedó tan desmayado como cuando entró.

—Sigán con los lavados que yo lo suturo. Llamen al de Imágenes para que venga a hacerle la tomografía. A ver si este tiene algo en la cabeza y nos comemos un garrón bárbaro.

Un borceguí negro pateó varias veces la carpa donde dormían Pato, Nayla y el Hueso y ordenó que se levanten porque estaban en un acampe ilícito. Al no haber respuesta desde el interior, el policía forzó el cierre y se encontró con dos mujeres y un hombre. Recorrió las piernas de las chicas con una mirada libidinosa, se acomodó la gorra y dijo con un gesto apropiado para su trabajo:

—Hora de irse. Documentos en mano o los llevo a la comisaría.

El Hueso se despertó y se sentó como eyectado por un resorte. Lo primero que vio fue el medio cuerpo de un policía.

—Bueno, tranquilo, ya nos vamos —respondió y miró a las chicas.

—Hay formas más amables de pedir las cosas —dijo Nayla masticando su bronca.

—Amablemente, les digo que se apuren o los guardo a los tres.

Nayla despertó a Pato que, apenas salió de su letargo, arrancó a las puteadas contra el policía.

Los tres enrollaron las bolsas de dormir y desarmaron la carpa con apuro. Alrededor estaban todos en una situación similar. La banda del Chupa también juntaba sus cosas. Lo que unas horas atrás era una fiesta bajo las estrellas, ahora era un campo de batalla cubierto de colillas, botellas y rocío. El colectivo de las chicas salía recién al mediodía así que todo ese grupo y los amigos del Chupa partieron con las mochilas en sus espaldas hacia la YPF cerca de la terminal.

La ciudad estaba como si hubiese pasado un huracán. Los bares y confiterías tenían las persianas bajas. En las panaderías y las farmacias atendían por ventanillas. Toda la resaca ricotera se acumuló en el barrio de la terminal. Algunos dormían en zaguanes,

otros en pasillos y otros en los cajeros de bancos. Muchos vehículos hacían cola para cargar nafta o gas en la estación de servicio. Los playeros no daban abasto y el clima estaba tenso. Varias personas pedían plata para comprar un pasaje de vuelta o para comer algo. Otros pedían que los acerquen hasta Buenos Aires. Una fila de patrulleros rodeaba la zona.

El Hueso con las chicas entraron al bar de la YPF, pidieron cafés con leche y seis medialunas. El Hueso pagó con lo poco que le quedaba en la tarjeta y le preguntó a la cajera si podía dejarle el celular para cargarlo. Se sentaron en una mesa que se acababa de liberar.

—Muchas gracias por el desayuno —le dijo Nayla.

—Con lo que zafó de alojamiento anoche, nos debe varios —dijo Pato.

—En lo de mi amigo hubiese dormido gratis.

—¿Y ahora cómo te vas a encontrar con ellos?

—Cuando cargue el celular, les hablo. Si están cerca voy a pata, sino que me vengán a buscar.

Nayla tenía las mangas del buzo cubriéndole las manos. Agarraba la taza y se la acercaba a la cara y al pecho como una bolsa de agua caliente. Pato terminó su café y salió a fumar. Había unos expositores móviles con cds y casetes enganchados a una pared.

—Mirá eso —dijo Nayla—. De todos esos discos, hay solo tres de mujeres: Mercedes Sosa, Gilda y Celeste Carballo —el Hueso se giró y miró con atención—. ¿No te parece injusto? ¿O las mujeres no saben hacer música?

—Es injusto, pero el mercado manda. ¿Sabías que Celeste Carballo tocó en vivo por primera vez con Los Redondos?

—No, no sabía. Y si yo te digo el apellido Castro, ¿en quién pensás?

—En Fidel.

—¿Y alguien más?

—Su hermano Raúl.

—La Negra Poli se llama Carmen Castro. Se conocen los apellidos de Solari y Beilinson, pero no el de ella. Y ella fue tan importante para Los Redondos como ellos.

—Fue importante en la organización, pero ella no hizo las letras ni la música.

—Sin ella no hubiesen tocado ni en una plaza. O se hubiesen vendido a alguna discográfica.

—Ya que hablamos de los Redondos: ¿vas a contarme la historia del tatuaje? El de la letra de la canción.

—No da, no es interesante.

—Probá, me interesa saber todo de vos. Debe haber sido algo significativo, algo que te marcó.

—Me marcó más que la tinta del tatuador. Y no siempre algo significativo, es algo positivo.

—Ya lo creo, si elegiste justo esa frase...

—Entonces no insistas.

—Bueno. Si en algún momento, te dan ganas de hablarlo, soy todo oídos.

Nayla resopló y dio un último trago al café. Respiró profundo y exhaló como quien se prepara para empujar una puerta pesada.

—Te cuento solo por la canción que me hiciste anoche. Por suerte, esa frase está en un lugar que no la veo seguido —hizo una pausa para escuchar sus pensamientos y cambio de posición en la silla—. Cuando era chica, mi familia alquiló una casa frente al mar en

Santa Teresita. Fuimos con mis abuelos y primos. Mi tía fue pocos días. En esa época andaba de novia con un tipo: el Poroto. Era buena onda, hacía asados, ponía canciones que me gustaban y me sacaba a bailar. Me compraba churros y helados. Una mañana fuimos todos temprano a la playa porque mi abuelo y mi papá querían pescar antes de que se llene de gente. Yo jugaba con mis primos, pateábamos la espuma del mar y me dieron ganas de ir al baño. Corrí hasta la casa. Cuando entré, estaba el Poroto solo. Tenía una malla negra, tomaba mate y leía el diario. Me vio entrar y me preguntó qué necesitaba. Le dije que iba al baño. Antes de cerrar la puerta, se metió y dijo que tenía que hacer pis. No supe qué decir. Se bajó la malla y empezó a pajearse. Me agarró fuerte de la muñeca y puso mi mano sobre su verga. Me corrió la malla y me tocó por todos lados. Me agarró de los cachetes, dijo que abra la boca y metió su verga. Se pajeó mientras me manoseaba y se acabó encima mío. Nunca había visto el semen. Pensé que era como un pis raro. Al final, no pude mear. Me dijo que no le cuente a nadie. Si decía algo, no me compraba más helados. Cuando salimos del baño, mi vieja justo entraba a la casa. Me preguntó si estaba descompuesta. No llegué a responderle y ella supuso que era por el agua de mar, que yo no cerraba la boca y que nunca hacía caso. Quise decirle que eso ya lo sabía. Lo que no sabía era qué hacer si el novio de tu tía mete su verga en tu boca. A veces pienso que, si mi vieja hubiese sido más amable, le hubiera dicho lo que realmente había pasado. Pero ella estaba tan preocupada en tomar sol y leer sus revistas que no quise molestarla.

—Qué desastre, violín de mierda —dijo el Hueso y negó con la cabeza.

Nayla no dijo nada. Tenía la vista clavada en las migas de la mesa. Había un abismo en sus ojos.

—Es rara la sensación. No me sentí violada o abusada. Noté que había pasado algo malo, pero no sabía qué. Ni siquiera sabía si la culpa era mía o del novio de mi tía. Hasta tuve miedo de que mi tía se enoje conmigo por querer robarle el novio. Después de eso, corrí hasta la playa y me tiré al mar. Mi abuelo se enojó porque le ahuyentaba los peces. Quería que las olas me limpien y que se lleven al fondo del océano todo eso que sentía. Fue la primera vez que hice pis en el mar.

—Qué bajón pasar por una situación así. ¿Ese Poroto sigue con tu tía?

—No, se pelearon unos meses después de las vacaciones. Crecí y empecé a escuchar que otras chicas habían sufrido algo parecido y me cayó la ficha. Me pasaron más cosas, pero ya estaba avivada: un profesor de catequesis me pedía que vaya a su casa, un entrenador de vóley me ayudaba a elongar para tocarme, un pibe de la escuela me daba un chirlo en el culo en los recreos, un loco en el gimnasio me perseguía y así un montón de cosas más. Por eso no confío en los hombres, son todos unos pajeros, unos perversos, unos enfermos que solo piensan en cogerte sin importarles si estás de acuerdo o no —dijo Nayla gritando las últimas palabras. Bajó la cabeza y empezó a llorar despacio, con gotas grandes, como esas tormentas fuleras que oscurecen una tarde de verano. Se secó con la manga del buzo. El Hueso le ofreció el servilletero. Ella negó con la cabeza.

—¿Estás contento ahora? Ahí tenés la historia.

—Nayla, perdón, no tenía ni idea.

—Sí, justamente. A veces, es mejor quedarse con la duda. No se puede saber todo en la vida.

Nayla se paró. Él también.

—Pará, ¿a dónde vas?

—Al baño. Déjame en paz.

El Hueso se sentó en cámara lenta. Le pegó una piña a la mesa. El servilletero dio un salto y cayó al piso. Los de la mesa de al lado lo miraron raro. Alguien abrió la puerta y se volaron las servilletas. El Hueso se agachó a agarrarlas. Desde el suelo, se le ocurrió algo. Fue hasta el mostrador con una servilleta y le pidió una lapicera a la cajera. Escribió una frase y el número de su celular. Se volvió a la mesa y empezó a enrollar el papel. Metió dos dedos en el centro y con la otra mano giró el papel justo por debajo del extremo de los dedos. Cuando quedó bien ajustado, ya tenía un tulipán. Sacó un montoncito de papel del tallo y le hizo forma de hoja. El Hueso contempló el tulipán artificial con orgullo. Nayla salió del baño y él escondió el tulipán detrás de la cintura.

—Disculpá si te hablé mal —le dijo ella—. No me hace bien recordar el tema. Me voy con Pato.

—Pará, tomá, un regalo.

—Te agradezco, pero no me gustan que me regalen flores. Menos las de mentira.

—Esta no es de mentira. Es de verdad. Y viene con una sorpresa adentro

—Para mí luce re trucha y no me gustan las sorpresas.

—Bueno, llevala como un souvenir de Olavarría.

Nayla lo miró y después observó la flor del Hueso como quien mira un sorete de perro. La agarró, la hizo un bollo y la metió en un bolsillo de su campera.

—Gracias por el desayuno. Que tengas buena vida —dijo Nayla y lo abrazó.

—Gracias, igualmente, un gusto conocerte —dijo y se quedó parado sin saber qué hacer.

Sintió que el corazón se le frenaba y los pulmones se le vaciaban. Pero no quiso ser pesado con Nayla, que ahora charlaba con Pato afuera.

Fue hasta el mostrador y reclamó su celular. Lo prendió y le entraron muchos mensajes. Querían saber si estaba bien y esperaban su versión sobre lo que habían visto en la tele. Tenía un mensaje de Pomelo con la ubicación de su casa. Recién ahí tomó dimensión de lo sucedido y miró con atención el bardo que había alrededor de los surtidores. La cosa estaba caldeada. En una esquina de la cuadra, había gomas y tachos de basura en llamas. Del otro lado un cordón policial.

El Hueso salió y se acercó a la banda del Chupa y les preguntó qué pasaba.

—Mucha tropa riendo en las calles, eso pasa. Estos cobanis quieren rajar a todo el mundo. No entienden que muchos no tienen cómo irse. O recién tienen pasajes para la tarde.

Al rato, volaron las primeras piedras y cascotes. Del otro lado respondieron con gases lacrimógenos y balas de goma. Los vidrios de la estación recibieron varios impactos y se astillaron. La cajera se tiró al piso. Muchos se metieron debajo de las mesas. El humo irritaba los ojos y las gargantas.

El Hueso se tapó la nariz con el buzo y se alejó gambeteando a los cabezas de tortuga. Llegó a la avenida y vio a muchos heridos y otros que tosían, escupían y se lavaban la cara con el agua de una canilla. Algunos vecinos pedían a la policía que pare y otros vecinos gritaban que rajen de la ciudad a todos los ricoterros.

Unas personas ayudaban a una chica desmayada. Era Pato. Sangraba por encima de la frente. Nayla le ató un pañuelo en la cabeza, le gritaba que se despierte y la sacudía. El Hueso se acercó escurriéndose los ojos y tosiendo.

—¿Qué pasó?

—Estos hijos de puta le metieron un balazo.

—Hay que llevarla al hospital.

Levantaron a Pato y el Hueso la cargó. Nayla llevó la carpa y las mochilas. El embotellamiento era infinito. Se acercaron a los coches y empezaron a gritar. Nayla gesticulaba y juntaba las manos en forma de rezo. Un tipo de un Peugeot 504 blanco bajó la ventanilla y Nayla le suplicó que las lleven al hospital. El hombre se bajó y les abrió la puerta de atrás. El Hueso se tiró adentro con Pato encima, Nayla se acomodó a un costado como pudo y el auto encaró hacia el hospital. El chofer tocaba bocina a todo lo que se le cruzaba y Nayla sacó el pañuelo verde por la ventanilla que flameaba como la bandera de la sororidad. Pato reaccionó en el camino. Se agarraba la cabeza y lloraba. Nayla la acariciaba y la besaba. Estacionaron en la puerta de la guardia y bajaron del auto apurados. Estaba repleto de gente que demandaba atención a los gritos. Nayla fue adelante, abriendo paso. No había camillas ni sillas de ruedas disponibles. Un médico vio a Pato y les hizo señas con una mano para que pasen por un consultorio. Había una camilla chica, una balanza vieja, un escritorio y dibujos de nenes pegados en las paredes. El profesional hizo un breve interrogatorio, mientras evaluaba la herida. Escuchó el relato de Nayla y lavó la cabeza con suero y pervinox.

—Vamos a tener que suturarla y pedir una tomografía. Les pido que aguarden afuera, por favor.

—No, no, yo quiero estar con ella.

—Señorita, por favor, no me complique más la guardia. Deje que hagamos nuestro trabajo y en un rato los dejamos pasar —dijo calzándose unos guantes de látex y abriendo gasas.

Nayla estuvo a punto de reclamar de nuevo pero el Hueso le puso una mano en el hombro y ella se mordió el aro para no protestar más. Salieron del consultorio y se

sentaron en el piso. Ella lagrimeaba y se apoyó contra el Hueso que la rodeó con uno de sus brazos.

—Tranquila, no te preocupes, vas a ver que es un corte nomás. En un rato va a estar bien.

Nayla sacó el tulipán de papel de la campera, lo desarmó y se sonó la nariz con él.

22

En la habitación de la infancia de Pomelo volaba un vaho mezcla de alcohol y metano. Pomelo se sacaba los mocos y se rascaba las bolas con destreza de artesano. Se tiró un eructo que fue como el desprendimiento de un glaciar. Después se tiró un pedo y se rio de sus habilidades corporales.

—Uy, hijo de yuta, estás podrido. Abrí una ventana —pidió el Comandante.

—Que nadie prenda un encendedor, por que explota todo —respondió tentado y se levantó de la cama—. Creo que necesito un bidón de alikal.

Pomelo levantó la persiana y el aire olavarriense entró y oxigenó a todas las formas de vida dentro de la habitación. Abrió la puerta y salió en calzones, rascándose el culo. Se sentó en el trono del baño y descargó todo el veneno del fin de semana. Buscó en el botiquín un coctel antiresaca, se tomó varias capsulas y volvió a sacar otro eructo digno de un dragón.

Mora y Milagros, que estaban en la galería, se voltearon al escuchar el trueno en el baño.

Pomelo cayó al patio tomando agua de una jarra metálica. Birra y Branca le sacudieron la cola y le saltaron alrededor. Agarró una pelota de tenis rotosa, la tiró lejos y las perras

la corrieron. Mili dibujaba y pintaba en su atril de madera. Una radio chiquita sintonizaba una estación de AM local. Mora tomaba mates y hacía tareas de jardinería con una curita en la mano.

—Buen día, bebé, ¿cómo estás? ¿Quieres un café con leche o algo para tomar?

—Buenas. Está muy bueno Mili. Hola vieja, no, gracias, sigo con el agua por ahora. Después me sumo al mate. ¿El viejo?

—Tuvo que ir al campo. Parece que las vacas del vecino estaban pisando la soja.

—Qué cagada. Que se cuatrereé una para el mediodía.

—¿Se quedan a almorzar? Compré para hacer asado.

—Bárbaro. Antes tenemos que rastrear a unos amigos que no vinieron a dormir.

—¿Hablaron con ellos, les avisaron algo?

—Sí, bah, no. Pero deben estar bien. Uno se quedó con otros amigos y el otro debe estar culeando.

—Ay, no digas así que está tu hermana. Ojalá estén bien, por Dios, llamálos y vayan a buscarlos que afuera está terrible. Dijeron en la radio que hay enfrentamientos con la policía en la terminal.

—Buenos días, ¿qué tal? —dijo el Comandante recién salido del baño y peinándose el pelo mojado—. Che, ¿sabes algo de los chicos?

—Ni idea. No me mandaron ningún mensaje. Ahí busco el celular y vemos en qué andan.

—¿Querés algo para tomar?

—Te acepto un mate. Gracias.

Mora le cebó un amargo al Comandante. Dio un sorbo y la mateína le renovó el cuerpo. Se acercó al atril de Milagros.

—Muy lindo ese paisaje. Cuántos colores. Ya sé de quién aprendió tu hermano.

—Muchas gracias —dijo Mili con mezcla de vergüenza y alegría—. Lo que más me gusta es pintar con acuarelas, es increíble todo lo que se puede hacer con los colores.

Pomelo prendió la tele: vio la terminal explotada y el bardo con los milicos. Agarró el celular y le mandó un mensaje al Vasco. Con una rapidez poco habitual, el otro respondió con un “hola amigo, necesito plata, por favor hacéme una transferencia”

A Pomelo le llamó la atención la respuesta y se la mostró al Comandante.

—¿Plata para qué? Que nos diga dónde está y lo vamos a buscar en el Clio.

—Jamás me dice amigo, pero ahora que está seco se acuerda —analizó Pomelo.

Le pidieron que les mande la ubicación. El Vasco no la mandó e insistía con la plata. Les pasó el alias de una cuenta bancaria.

—Debe estar en pedo todavía, responde cualquier cosa.

—Llámallo y listo —sugirió el Comandante.

Llamaron y no contestó. Respondía los mensajes, pero no los llamados. Decía que no había señal y no entraban las llamadas, o que había mucho ruido alrededor y no se escuchaba nada.

El Comandante probó llamarlo con su celular. Sonó tres veces y una voz le contestó:

—Hola.

—Hola, Vasquito, ¿Cómo andas?

—No soy el Vasco. Vi que sonaba el celular y contesté.

—¿Y el Vasco? El dueño del celular: ¿está ahí con vos?

—Está dormido. O desmayado, no sé. Respira, pero no responde.

—¿Desmayado?

Mora y Pomelo se voltearon en dirección al Comandante, que puso el celular en altavoz.

—Bueno, no lo muevan. Decime dónde están y vamos a buscarlo.

—Estamos frente a la terminal de colectivos.

—Esperen ahí, ahora vamos para allá. Te pido que te quedes con el celular y respondas si llamamos.

El Comandante cortó, miró a los otros y dijo:

—Es una máquina de hacer cagadas este Vasco.

El Tío Hofmann se quedó a prender el fuego. El Comandante y Pomelo partieron en el Clio.

—Voy a llamar al Hueso. Por ahí sabe algo del Vasco. O está con él —dijo el Comandante y buscó a su amigo entre los contactos.

El Hueso dormía en una silla de la sala de espera y se despertó de golpe por el sonido del celular.

Nayla no estaba.

—Hola Huesito. Qué bueno que respondiste, ¿todo bien? ¿Estas con el Vasco?

—No, no, estoy en el hospital con las chicas de anoche. Ni idea del Vasco.

—¿En el Hospital? ¿Te pasó algo?

—Yo estoy bien. A una de las chicas le metieron un balazo de goma en la cabeza. ¿Me podrán venir a buscar? Me quedé sin un peso.

—Qué cagada lo de la piba. Nosotros tampoco sabemos dónde está el Vasco.

—¿Cómo?

—Nada, vos quédate ahí, que ahora vamos para allá. Cualquier cambio, nos avisas.

—Gracias, los espero en la guardia.

El Hueso estiró el cuerpo y fue hasta el consultorio: vio a Pato dormida sobre la camilla, una venda le rodeaba la cabeza. Nayla dormía sentada en una silla apoyada en el cuerpo de su compañera. Cerró la puerta y se fue para la entrada de la guardia.

Después de dar muchas vueltas por calles cortadas, Pomelo y el Comandante llegaron al barrio de la terminal. Llamaron al Vasco pero no respondió. El clima estaba tenso. Estacionaron a unas cuadras y caminaron hacia el ojo de la tormenta. Algunos patrulleros escoltaban a camiones con acoplados o con remolques a los que subían personas empujadas por los policías y partían hacia la ruta.

—Esto parece Auschwitz —dijo el Comandante.

El Comandante intentó comunicarse con su celular y tampoco tuvo éxito. Dieron unas vueltas por la terminal y ni rastros del Vasco. Les llegó un mensaje desde el celular de su amigo que decía que si querían recuperar el teléfono manden plata a esa cuenta.

Pomelo leyó el mensaje con sorpresa y bronca.

—La concha de la madre. A este pelotudo le afanaron el celular y nos están boludeando.

Decidieron ir a buscar al Hueso y después verían dónde encontrar al Vasco.

23

El Comandante dejó el Clio en el estacionamiento del hospital y los tres amigos se abrazaron como si no se vieran hace años. Se pusieron al día sobre las novedades de las últimas horas. Analizaron lo del boludeo telefónico y el Hueso concluyó que al Vasco le habían afanado el celular. Intentó llamarlo y le dio apagado. Fueron a la mesa de entrada a preguntar si sabían algo.

Hicieron cola un rato hasta que los atendió una señora teñida, con anteojos y cara de culo.

—Hola, quisiéramos saber si un amigo entró por la guardia o está internado.

—¿Nombre de su amigo?

Le dijeron y la señora chequeó la lista de ingresos y de los internados.

—No, nada con ese nombre. Siguiente.

Se corrieron de la cola sin saber bien qué hacer.

—Averigüemos en una comisaría —propuso Pomelo.

—Preguntá si apareció en lo de tus viejos —dijo el Comandante.

Pomelo le consultó a Mora y nada. De paso, le pidieron a Pablo que regule el asado porque no sabían cuando iban a volver. Antes de irse, el Hueso quiso despedirse de las chicas.

—Ay, cómo te pintó el amor —le dijo Pomelo.

—No seas gil, ahí voy para el auto.

El Hueso golpeó la puerta del consultorio y se mandó. Las chicas ya no estaban. El mismo medico atendía a otro paciente.

—Disculpe doc, ¿sabe qué pasó con las chicas que estaban acá?

—¿Vos te pensás que me puedo acordar de todas las personas que vi? Hace dos noches que no duermo y pasaron miles de pacientes por la guardia.

—¿Y sabe dónde puedo averiguar?

—Fijáte en mesa de entrada.

El Hueso cerró la puerta y se acercó de nuevo hasta el mostrador de la mujer teñida.

El efecto de la anestesia en el cuerpo del Vasco empezó a ceder. Le dolía mucho la cabeza. Movié los dedos. Levantó un parpado y se vio atado con vendas, con un suero puesto y una manguera en la nariz. Quiso pararse, pero no pudo soltar las muñecas.

—¡Enfermera, doctor, alguien que venga a desatarme! —gritó el Vasco.

Una enfermera entró en el consultorio.

—¿Qué pasa por acá? Calmáte un poco, no sos el único paciente.

—No me calmo una mierda. ¿Por qué estoy acá? ¿Por qué me ataron así?

—Tuvimos que contenerte porque estabas desorientado y agresivo. Lo hicimos para ponerte el suero y la medicación.

—Los voy a denunciar. No pueden tenerme acá en contra de mi voluntad. Soltáme y sacáme esto del brazo. Y la cosa esta de la nariz también.

—No te lo puedo sacar si el médico no da la indicación.

—Bueno, llamalo ya mismo, decile que me duele mucho la cabeza y soltáme un brazo aunque sea.

—Esperá un poco, ahí vengo —dijo la enfermera y se fue.

—No, no me dejes así. La puta madre. Alguien que me suelte.

El Hueso avanzó en la cola y preguntó en mesa de entrada. Estaba registrado el nombre y apellido de Pato y su documento, nada más. Ni teléfono ni dirección ni aviso de derivación a otro lado. Se dio media vuelta y arrancó a caminar con cara larga hacia el estacionamiento.

La misma enfermera se acercó a la camilla del Vasco con una jeringa.

—El doctor termina de atender a otro paciente y viene. Me pidió que te pase esta medicación.

—¿Qué mierda es eso?

—Es un analgésico, para que te calme los dolores.

—Antes necesito que me sueltes.

—En unos minutos viene el doctor y se lo pedís a él, no seas impaciente.

—¿Impaciente? No me puedo ni rascar un huevo. Me corta la circulación. Soltáme, carajo.

—Si me hablas de esa forma, no te respondo más.

—Ya te lo pedí varias veces, pero no me das bola.

La cara de la enfermera se ensombreció y bajó las cejas.

—Mirá flaco, estoy muy cansada y estoy desbordada de trabajo, así que te calmás y esperás como el resto de los pacientes o te pongo una gasa en la boca para que no te quejes más. ¿está claro?

Terminó de vaciar la jeringa en la vía y se fue apurada. Dio un golpe a la puerta, que se cerró y se volvió a abrir por la fuerza. Salió al pasillo, se le aflojó la tensión de la cara y se largó a llorar.

El Hueso caminaba hacia la salida, pensaba si el tulipán de papel seguiría en la campera de Nayla, y se chocó con una mujer de ambo que venía en la dirección contraria.

—Uh, disculpáme, no te vi. ¿Estás bien?

—Sí, sí, disculpe usted —dijo la enfermera con los ojos llorosos.

—Los voy a denunciar a todos. Matasanos —gritó una voz desde un consultorio.

El Hueso frunció la cara.

—No le de importancia. Es un maleducado.

—¿Le hizo algo?

—Me faltó el respeto. Pero ya está, gajes del oficio —dijo y siguió caminando secándose la cara.

El Hueso frenó la marcha y acercó la oreja a la puerta.

—Vieja conchuda —dijo el Vasco y apoyó la cabeza en el cuero de la camilla.

El Hueso reconoció la voz y se asomó adentro del consultorio. Vio al Vasco con la cabeza vendada, una sonda en la nariz y las manos atadas.

—¿Qué haces, narigón del siglo? ¡qué bueno que te encontré! ¿Qué te pasó?

—¡Hola Hueso! No sé qué mierda pasó. No me acuerdo de nada. Mirá cómo me tienen.
Soltáme.

—Esperá que voy a avisarle a los chicos, te estuvieron buscando como locos. Voy hasta el auto y vengo. ¿Necesitás algo?

—Que me sueltes las manos.

—Esperá, ya vengo.

—¡Soltámeeee! —le gritó el Vasco cuando se iba.

El Hueso corrió hasta donde estaba estacionado el Clio.

—¡El Vasco está acá! En la guardia —dijo agitado con las manos sobre las rodillas.

—¿Qué? Me estas jodiendo. ¿Lo viste? —preguntó incrédulo el Comandante.

El Hueso asintió con la cabeza, se irguió y puso los brazos en jarra sobre la cintura.

—Lo escuché desde el pasillo discutir con una enfermera. Tiene un corte en la cabeza y está atado.

—¿Atado? Uh a eso tengo que verlo —dijo Pomelo.

Corrieron hasta la guardia y el Hueso les indicó la puerta del consultorio. Abrieron y Pomelo le sacó una foto al Vasco con el celular.

—Bueno, listo, llegaron los tres chiflados.

—¡Hola Vasco, hijo de yuta! ¿Cómo estás? ¿Qué hacés acá? —le preguntó el Comandante.

—Espero al futuro.

—Dale, boludo, ¿te afanaron? ¿Te pegaron? —interrogó Pomelo.

—No me acuerdo un carajo. Lo último que me acuerdo es del whisky y de jugar a la pelota con una botella. Después son todas imágenes borrosas. Me desperté atado y con cosas por todos lados.

—Y todavía no te viste el culo —dijo Pomelo.

—No siento nada ahí.

—Por la anestesia, pero ya vas a ver.

—Suéltenme, por favor.

—Te suelto una sola. No hagas cagadas. Si te pusieron eso es por algo —dijo el Hueso y le soltó el brazo donde no tenía el suero.

El Vasco se tocó la venda de la cabeza, agarró la sonda que se metía en su nariz y la tiró hacia fuera. Tuvo arcadas, le saltaron lágrimas y todo el gusano de plástico le colgó en la mano. Sus amigos no pudieron frenarlo a tiempo.

—¿Qué hiciste boludo? —le preguntó el Hueso.

—No la necesitaba más. ¿Me traen un vaso con agua? Tengo un desierto en la boca.

Entró el médico secundado por la enfermera y preguntó:

—¿Qué es esto, un cumpleaños?

—Hola, doctor, buen día, somos amigos del paciente —dijo el Comandante.

—Bastante bravo este muchachito. Por lo que veo se sacó la sonda. Tuvo un traumatismo de cráneo severo con herida cortante en cuero cabelludo que requirió de sutura y vendaje. Le tuvimos que hacer un lavado gástrico para que no metabolice todos los tóxicos. Por el suero pasamos ansiolíticos como para dormir a un caballo, pero parece que este cuerpo está acostumbrado a los opioides porque ya está de nuevo rompiendo las bolas.

—Señal de que estoy bien, ¿verdad? ¿Ya me puedo ir entonces?

—Ni al baño puede ir usted. Hay que hacer una tomografía para descartar alguna fractura de cráneo o un hematoma subdural.

—Pero me siento bien. Puedo mover todo, salvo este brazo que todavía lo tengo atado.

—Lo tuvimos que contener por su propio bien. Estaba muy desorientado y no colaboraba con los procedimientos. Fuimos bastante pacientes con usted, así que ahora sea usted un poco paciente y espere. Si los estudios salen bien, vemos el tema del alta.

—No tengo nada.

—Eso lo vamos a saber cuando se haga el estudio —dijo el médico y se fue.

—Qué tipo forro, se cree que puede decidir sobre la vida de las personas —se quejó el Vasco.

—Bueno, tranquilo, si está todo bien, en un rato nos vamos. Por lo menos ya te encontramos —dijo el Comandante y le contó las vueltas que dieron con las llamadas.

El Vasco no sabía cuándo ni cómo perdió el celular. El Comandante le avisó al hermano que ya estaban los cuatro juntos y que regule el asado. El Hueso salió a buscar agua para el paciente y Pomelo fue al sector de imágenes a ver si conseguía hablar con algún conocido que apure el estudio.

El Comandante acercó un asiento a la camilla y le dio unas palmadas en la pierna al amigo.

—Ay, Vasquito, Vasquito, los problemas saben siempre donde estás.

—Yo no busco los problemas, ellos me buscan a mí.

—Sí, claro, vos hace todo perfecto, solo que tenés mala suerte —el Comandante hizo una pausa y cambió el tono—. Tenés que rescatarte, todos los fines de semana lo mismo.

—¿Qué? Primera vez en mi vida que termino en un hospital.

—No gambeteas ni un vicio, largaste la facu, no tenés un laburo formal...

—Un hermoso momento para dar consejos.

—Si no es ahora, ¿cuándo?

—La semana pasada.

—Estás tocando fondo y no te das cuenta. Te estás matando en cuotas.

—Y bueno, vivir solo cuesta vida. Igual no quiero morirme. Estoy muy lejos del suicidio.

—Con tanto veneno que te metes en el cuerpo no lo creo.

—Eso lo hago para boludear, porque disfruto de la abstracción y de olvidarme que soy humano por un rato. Si me mato no podría fumar más faso. Ni seguir con la gilada.

—Quizás no te mueras, pero si seguís tomando así vas a terminar más duro que Robocop.

—Duro puede que sí, pero vigilante jamás.

—Quiero que te caiga la ficha y te mejores.

—Yo me siento bárbaro. Además, lo que es mejor para vos, puede que no sea para mí. Con mi laburo de sereno gano guita y estoy tranquilo: fumo, dibujo y toco la guitarra. Nadie me jode ni me dice lo que tengo que hacer, como vos ahora que me estás rompiendo bastante las pelotas.

—Dibujas zarpado, podrías hacer algo con eso. Algo de diseño. O hacer tatuajes...

—Ahora solo quiero descansar, tomar agua y fumar unas flores, pero no puedo hacer ninguna.

—Lo que te digo no es para joderte, es para que te rescates.

—Vos delirás todos los días con tus sueños de revoluciones y socialismos y nadie te jode. En el mundo real, los pibes quieren guita fácil y un buen sillón para jugar a la play.

—Eso es consecuencia del capitalismo que genera necesidades donde no las hay y nos metió esa idea de que para ser feliz hay que tener plata y consumir.

—Admito que es un slogan convincente —dijo el Vasco.

—Todo marketing —respondió el Comandante.

—Todo droga.

—Todo imperialismo.

—Todo humanidad.

—Todo modas.

—Todo filosofía barata y zapatos de goma. Todos somos adictos a algo: algunos al trabajo, otros al deporte, al juego, a las redes sociales, a la religión, al sexo, al poder... el asunto es ver cual adicción es la menos mala —concluyó el Vasco.

Se escuchó la sirena de otra ambulancia que llegaba y retomó:

—Yo soy un contemplativo. Un observador. La mayor revolución es no hacer nada en absoluto. Una revolución sin armas, hay que bancarse sostener tanta quietud. Yo sé lo que soy y me la banco, por eso te sugiero que sueltes la lupa y agarres el espejo.

—No entiendo. ¿Por qué me lo decís?

—Porque hablás mucho, tirás discursos revolucionarios y marxistas, pero no te vi quemar el congreso o tirar una molotov al congreso.

El Comandante se enderezó en la silla, sacó pecho y apretó la mandíbula.

—Los socialistas del mundo estamos preparándonos para el momento propicio en que podamos iniciar una revolución internacional simultánea en todos los países sometidos por el capitalismo.

El Vasco se rio de su amigo.

Entraron el Hueso y Pomelo con agua, Gatorade y unas galletas.

—¡Gracias barba! Dame un trago que tengo más sed que un camello.

El Vasco se bajó media botella de un saque y después eructó. Dos tipos entraron con una camilla.

—¡Por fin! ¿Vinieron a dedo muchachos? —preguntó el Vasco sentándose.

—Metete onda Vasco así nos vamos más rápido —dijo el Comandante.

—Che, ¿es muy cerrado ese coso? Mirá que a mí me da un poco de claustrofobia.

El camillero le dijo que no se preocupe, le pidió que se acueste en la camilla y lo llevaron como a una momia en un museo.

Los otros esperaron en el pasillo. Pomelo se controló la herida de la ceja con la cámara del celular. Un hematoma empezaba a pintarle la piel. Sacó el celular y le mandó un mensaje a Josefina:

—Hola Jose, ¿cómo estás? Espero que bien. Lo que menos quería era complicar las cosas con vos. Ojalá podamos hablar más tranquilos la próxima vez que venga.

El Vasco volvió al rato: no se quiso hacer el estudio.

—El paciente no se queda quieto y así no se puede hacer la tomografía —argumentó un camillero.

—Es una bosta el coso ese, todo cerrado y hacía unos ruidos rarísimos.

El médico entró con el ceño fruncido y bufando.

—Con el quilombo que tenemos, encima se da el gusto de hacernos perder el tiempo.

—Ustedes me hacen perder el tiempo a mí.

—Bueno caballero, usted es libre de irse si quiere. Firme el alta voluntaria y se va a su casa.

—Perfecto, traigan papel y lapicera.

—Doc, ¿es importante el estudio para ver si tiene algo en la cabeza? —preguntó el Comandante.

—Sí, era importante, pero su amigo desaprovechó la oportunidad.

El médico escribió unos garabatos a modo de certificado. El Vasco firmó, le sacaron el suero y salió con una gasa amarilla que le cubría la herida y la cabeza vendada.

Partieron hacia la casa de Pomelo con una ciudad un poco más en ritmo de domingo pueblerino. El Vasco prendió un fasito que había dejado en el auto y lo prendió.

—No escarmentás más vos. Bajen las ventanillas, por favor —pidió el Comandante.

—Es un churrito terapéutico. La marihuana desinflama y alivia los dolores.

—Yo voy a darle una seca para prevenir el glaucoma —acotó el Hueso.

—Qué previsores son todos eh.

—A vos te vendría bien una seca: para dar menos consejos y escuchar más—tiró el Vasco.

—¿Ah, sí? ¿Y quién maneja a la vuelta si yo fumo? — preguntó el Comandante.

—Yo puedo manejar —dijo el Hueso pitando.

El Comandante se orilló contra un cordón y frenó de golpe.

—¿Sabés qué? Me hinché las bolas de este auto, que maneje el lugareño que tiene más idea.

Abrió la puerta, se bajó y fue para el lado del copiloto. Pomelo se hizo cargo del volante.

El Comandante subió del otro lado y le sacó el faso al Hueso y dio una pitada.

—Lo único que pido es que no quemen nada y busquen alguien que arregle el cierre de la puerta.

Pomelo acomodó el asiento y el espejo a su altura. Se alegró de manejar de nuevo por sus calles. Avanzó varias cuerdas, hasta que pasó por una esquina y giró la cabeza. Avisó que iba a hacer una parada para visitar a alguien y puso el guiñe. Dieron vuelta la

manzana y llegaron hasta la puerta de un chalet con ladrillo a la vista y techo de tejas rojas.

—¿Quién vive acá? —preguntó el Hueso.

Pomelo no respondió. Estaba hundido en un pozo de recuerdos. Miró el celular: Josefina había leído su mensaje y no tenía respuestas. Guardó el celular y bajó a la vereda. Tocó timbre. Una persiana se levantó y, después, se abrió la puerta de madera. Josefina salió en pantuflas, pijama, campera y con el pelo suelto.

—¿Qué hacés acá? ¿Qué querés?

—Hola, buen día, quería saludarte, hablar un segundo con vos, ver cómo está Hernán.

—¿Te mandó tu viejo a arreglar las cosas?

—No, ¿por qué? ¿Los llamó?

—Pasó más temprano y le dijimos que no tenemos nada que hablar con él ni con vos. Hernán duerme, está dolorido, pero ya no le sangra más la nariz. Por favor, dejá de mandarme mensajes porque no te los voy a responder.

—Yo no quería pelear. Hernán se zarpó, me bardeó mal y pegó primero.

—No me importa lo que digas. Siempre fuiste un desubicado y no vas a cambiar más.

—¿Yo desubicado? Mas desubicados ustedes que se pusieron a salir y no avisaron.

—No tenés derecho a reclamar nada. Yo elijo estar con él ahora y listo. Bancatelá. ¿Qué querías que haga? ¿Qué te espere toda la vida? Para que me tires tu leche una vez cada tres meses y mientras sea la niñera de tu hermana.

—No metas a Mili. No tiene nada que ver.

—Obvio que no. El problema sos vos. Vos decidiste dejar de viajar. Siempre tenías algo: un examen, un partido, un cumpleaños... vos me dejaste a mí.

—Un montón de veces te propuse que vuelvas a La Plata y te mudes conmigo.

—¿Y qué querías que hiciera allá sola? Vos te la pasabas cursando y haciendo maquetas.

—Sí, como cualquier estudiante de arquitectura. Podrías haberme dado una mano. Para mí tampoco fue fácil. Ni lo es ahora.

—Dejá de perseguir fantasmas, nene. Estas muerto para mí. Sos una mierda de persona.

—Bueno. Andá a cuidar al nabo de tu novio. Si le quedaron ganas de pelear, que me llame.

Josefina le cerró la puerta en la cara. Pomelo se tiró dentro del auto y cerró de un portazo. Nadie dijo nada. Agarró fuerte el volante con las dos manos y lo estrujó. Le pegó un par de trompadas al volante hasta que el Comandante lo frenó.

—¡Pará loco! Vas a hacer que salte el airbag.

Pomelo se giró, lo miró desencajado y con el puño cerrado. El Comandante le agarró la mano y le pasó el faso.

—Tomá, probá con esto, el Vasco dice que es terapéutico.

Pomelo aspiró, puso primera y arrancó.

—Creo que esa chica no quiere volver con vos —opinó el Vasco.

Hubo un silencio incomodo hasta que Pomelo se tentó y los demás también.

Llegaron a la puerta de la casa y las perras ladraron. Mili corrió a saludarlos. Mora agradeció al cielo que todos estaban bien. Aunque se preocupó por el vendaje en la cabeza del Vasco.

—No es nada, no se preocupe. Apenas un cortesito —dijo el herido impostando la voz.

Entre Mario y Pablo habían hecho el asado. Las brasas en la parrilla estaban blancas.

—Casi le tiro la carne a las perras —dijo Mario.

—¿Qué? Te mato, vengo con unas ganas de comer un asado.

—Che, yo arranco porque tengo un viaje largo hasta casa —le dijo Pablo al Comandante.

—Aguantá, picamos algo y te vas.

—Ya estuve picando acá con Don Mario. Me voy que mañana tengo unos proveedores que van a primera hora y seguro todas las rutas están explotadas.

Pablo saludó a todos y agradeció por el hospedaje.

—Gracias a vos por tantas alegrías —le dijo el Hueso y lo abrazó.

El Comandante acompañó a su hermano hasta la puerta.

—Buen viaje, avisá cuando llegues. Igual nos hablamos en el camino. Si tenés sueño, pará un rato, tomá un café. Disculpá por las cosas que dije. Tenía un pedo bárbaro. Tenés razón en muchas cosas. Todavía no caigo que mamá tiene novio. Ya quiero ir a conocer a ese Eduardo.

—No te pongas melancólico ahora, pendejo. Está todo bien. Vení a visitarnos, tomamos una birra y charlamos.

—Dale, quedamos así. Este mes no voy a poder ir porque ya me patiné mucha guita con esta gira.

—Si querés yo te banco los pasajes.

—¿Seguro? Me harías un favorazo.

—Sí, tranquilo. Te paso los datos de la tarjeta y la sacás. La vieja va a estar chocha si vas.

—Gracias, me organizo y veo si puedo ir el finde que viene. O el otro a más tardar.

—Dale, te esperamos. Fijate en tu agenda si no tenés alguna marcha.

Se rieron y se abrazaron.

Todos los demás se sentaron a la mesa. Mora cayó con un Malbec y su copa media llena.

El asado estaba seco pero comestible.

—Un aplauso al asador —dijo Mili y todos aplaudieron.

—Y un aplauso también a la que hizo las ensaladas, ¿no? —dijo Mora y volvieron a aplaudir.

—Y un aplauso para el cardenal Samoré —dijo Pomelo con un pedazo de costilla en las manos. Nadie aplaudió—. Parece que tenemos un mediador en casa y no lo sabíamos.

Mario se dio por aludido y respondió:

—Hablé para que las cosas mejoren y la pelea no afecte a las familias.

—Te pedí que no te metieras y fuiste igual.

—Lo hice porque me pareció lo más adecuado. Para cuidar las relaciones.

—Qué raro vos haciendo lo que es más adecuado.

Mora se tentó y se le escapó un poco de vino.

—¿Vos le dijiste algo? ¿Lo querés poner en mi contra?

—Yo no dije nada —dijo Mora y secó con una servilleta las gotas rojas sobre el mantel—.

Me causó gracia el comentario nomás. Ni sabía que habías ido a hablar.

Mili veía los dardos pasar como en un partido de tenis.

—Bueno, les pido que no se metan más. Son cosas mías y punto.

—Sabés la relación laboral que tenemos de por medio con tus tíos y primos. Al menos, tenés que ser respetuoso por eso y pedir disculpas.

—Ellos te cagaron con guita muchas veces y nunca los escuché pedir disculpas.

Un silencio tenso flotó hasta que terminó el almuerzo. Después juntaron las cosas de la pieza y prepararon el mate. Pomelo se despidió de las perras con unas palmadas en el lomo y varias tiradas de pelota. Mario se le acercó en el patio.

—No me gusta que te andes peleando. Menos con alguien de la familia. Si hablé con Hernán, no fue para generar más problemas. Lo hice porque me preocupé por vos y por el trabajo que nos une.

—No hace falta, vivo solo en La Plata hace años y me manejo bastante bien. Más vale preocupáte por la vieja. Que le afloje al escabio y haga algo con su vida.

—Cada uno soporta la vida como puede.

La pava empezó a silbar y Pomelo se fue a llenar el termo. Cargaron todo en el auto, los amigos agradecieron el hospedaje y el morfi. Pomelo le dio un beso a su mamá y le dijo:

—Ojalá vuelvas a las clases de tango.

Mili abrazó con fuerza a su hermano.

—Te voy a extrañar.

—Yo también, cuidáte y cuidá a los viejos.

Mili corrió el auto por la vereda, saludando con los ojos llorosos. Mario y Mora alzaron las manos desde el borde del cordón como quien despide a un barco desde un muelle. Mario le pasó una mano por el hombro de ella. Mora sintió el gesto y lo permitió, por unos segundos, pero después se corrió.

25

Salieron a la ruta y se metieron en un embotellamiento de autos, colectivos, motos y camiones que llevaban a personas en sus jaulas como ganado. Al volante ahora iba el Hueso y de copiloto el Comandante. Pomelo todavía masticaba la bronca del último

encuentro con Josefina. Sacó el celular, empezó a escribirle un mensaje, pero lo borró y tiró el celular en el asiento.

—Regresará a su ciudad en la caja de un camión, las estrellas ahí nomás, a su alcance, frías —cantó el Vasco y acomodó la cabeza entre la ventana y el cabezal del asiento con la intención de dormir.

Las sierras de Olavarría se alejaban. Los silos bolsa parecían ballenas albinas encalladas en los campos verdes. El sol de marzo caía de costado sobre el parabrisas del auto. La ronda de mates giraba y sonaba la música del Indio. A mitad de camino, pararon en una estación de servicio.

—Cargo nafta, sumamos todo y repartimos la guita, ¿les parece? —propuso el Comandante.

—¿Aceptas cheques a treinta días? —preguntó el Vasco— Voy a tener que comprarme un celular.

—Te salió caro el viaje —dijo el Comandante.

—Al menos no gasté en la entrada —le respondió sin abrir los ojos—. El que la sacó barata fue Pomelo: solo un par de piñas con un primo y una pelea con una ex.

Se tentarón todos, menos Pomelo, que contestó serio:

—Al menos no perdí plata ni me metieron una sonda en la nariz.

—Al que le gusta la falopa, se mete lo que quiere en la nariz —dijo el Vasco desde su asiento.

El Comandante pidió que llenen el tanque. El Hueso fue a mear con Pomelo y, después, cargaron agua caliente. Los colectivos entraban y salían de la estación y el Hueso los seguía con la mirada atenta. Al Hueso le pareció ver adentro de uno a Pato con su venda

y a Nayla. Se acercó apurado y vio que eran otras dos chicas y una tenía una almohada en la cabeza.

—Me estoy volviendo loco.

—¿Te pegó mal el faso?

—No, me quedé re manija con la piba esta. Y ahora creo que la veo por todos lados.

—Tranquilo, no hay enconche que no se pase con una rehabilitación de pajas. Si no escribíle para juntarse un día y ves qué onda.

—No me pasó nada: ni mail, ni celu, ni las redes.

El Hueso puso la ficha y el termo debajo del pico.

—Podés buscar a la novia en las redes y ver si así conseguís alguna data de la piba.

—Es buena idea. Aunque no quiero quedar como un pajero obsesivo perseguidor. Si no hay amor, que no haya nada.

—Si no hay amor que haya vino.

—Y flores.

—Buscate otra rollinga y listo: un flequillo saca otro flequillo —concluyó Pomelo.

El Hueso se rio, sacó el termo antes de que se rebalse y encararon para el auto.

—Ojalá el Indio vuelva a tocar así me la cruzo de nuevo.

—La veo difícil. Entre el Parkinson y estas muertes el viejo no hace más un recital. La va a quedar en su estudio rodeado de guitarras y samplers.

—Sería una muerte digna. Como si al Diego le diera un bobazo jugando al fútbol.

Antes de llegar al auto, al Hueso le llegó un mensaje de un numero desconocido. Lo abrió y leyó: un albañil se presentaba, le había pasado su teléfono un colega de Avellaneda, decía que coordinaba una cuadrilla de albañiles en La Plata y necesitaban un nuevo trabajo con urgencia. El Hueso sintió que se le aliviaba el cuerpo. Le respondió

que estaba en viaje y, cuando llegaba, lo llamaba para coordinar y pasarle la ubicación de la obra.

Los amigos salieron a la ruta otra vez. El Hueso seguía a cargo del volante. Atardecía y los campos de trigo reflejaban los últimos rayos naranjas. Las nubes cubrían parte del horizonte y el sol se filtraba y las encendía como si fueran algodones en llamas.

—¡Arrebol! —gritó el Hueso—. Esa es la palabra que no me acordaba.

—Ah, está buena, creo que la leí alguna vez —acotó el Comandante y tiró yerba adentro del mate, le sacudió el polvo y cebó el primero.

El Hueso pasó a un colectivo y chusmeó con curiosidad las caras desconocidas detrás de los vidrios.

—Che, Vasquito, ¿los martes te juntás con la banda de tu primo?

El Vasco respondió con un sonido gutural.

—Capaz me sume. Pasame el contacto y le escribo.

—Dale —dijo sin abrir los ojos y con la cabeza apoyada entre el cabezal y la ventana.

Por los parlantes sonaba una canción del último bondi a Finisterre:

—...gualicho de olvidar, apretado en las manos, las despedidas son esos dolores dulces...

El Hueso recibió el mate del copiloto. Aspiró la bombilla, disfrutó del sabor y miró por la ventana.

Venus brillaba en el cielo de la noche naciente.